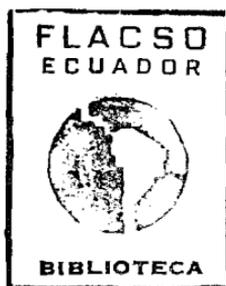


CARLOS PIÑA



**CRONICAS
DE LA
OTRA CIUDAD**

FLACSO
Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales

301
P63
y.2

REG. 5031
CUT. 2843
BIBLIOTECA - FLACSO

CRONICAS DE LA OTRA CIUDAD
© FLACSO

© Carlos Piña Riquelme

Inscripción N° 68.605

Diseño de la Portada: Ximena Subercaseaux

Composición: CESOC

Corrector y Supervisor: Leonel Roach

Primera Edición, Diciembre de 1987.

Derechos reservados para todos los países de habla castellana

Impreso en TAMARCOS S.A.

Parroquia 1641, Santiago

Impreso en Chile / Printed in Chile

A Cristóbal, Alvaro y Bernarda

PROLOGO

Pocas veces había leído de esta manera compulsiva, de un tirón, hasta exprimir, agotar y tragar los relatos.

Menos aún hacerlo adentrándome en un universo que para mí en cierta manera es familiar, redescubriéndolo a cada instante y reencontrándome con sus habitantes en una cercanía atravesada por ese respeto ya tan olvidado de todos.

Es que estos cuentos no-imaginarios de Carlos Piña tienen su razón de existir propia, fundada en un sólido equilibrio entre la solidaridad y el examen riguroso del cientista social que profundiza en una realidad camuflada y desgarradora.

El analista científico deja su rol (¿a pesar suyo?) -o, mejor dicho, lo redefine radicalmente-, involucrándose en las historias narradas con todo su ser. Pareciera que sus personajes-personas exigen de la memoria emotiva del autor un trato preferencial, sin trabas ni lejanías tranquilizadoras, golpeando la puerta de su conciencia y de las nuestras con la callada violencia de las cosas verdaderas.

Pero ...¿de qué ciudad habla?, ¿de qué país?

Hay, en un solo país, muchos países y nosotros, los habitantes de uno de ellos, cedemos a menudo a la tentación de encerrarnos en nuestro ghetto comfortable hasta que llega alguien que, a golpes de realidad, vuelve a poner nuestra mirada y nuestro entendimiento en su sitio: en ese lugar preciso en donde no existen escapatorias.

Al leer las breves historias de Carlos Piña se nota, línea tras línea, la magia del descubrimiento que, recién al escribirse, anuda paulatina y sucesivamente personas, situaciones y anécdotas, casi en un juego de asociación libre de ideas, en una especie de montaña rusa con sus

subidas y bajadas, que aparentemente no llevan a ninguna parte y que, sin embargo, contienen en sí mismas, en su forma, su curva y sus pendientes la esencia de su significado y de su función.

El cronista nos empuja, tirándonos de bruces en esa "otra ciudad", que nos negamos a conocer y que nunca aparece en los mapas turísticos. Esa que no se visita sino que se allana, que tiene sus puertas invisibles cerradas desde afuera a la comprensión y al respeto.

Sobre ella se construyen y cuelgan todos los prejuicios, hasta los por inventar. Sus habitantes están marcados en el cuerpo y en el alma con el estigma de la marginación y del olvido.

Es la ciudad marginada. Esa que nunca puede mezclarse con la otra, que se quedó afuera, rechazada o ignorada. Es la allegada indeseable, como esos parientes que se "quedan por mientras" y se instalan en tu casa para siempre, como un apéndice molesto y vergonzoso.

Este libro transita (como otros, ¡gracias a Dios!) por el camino de un reencuentro con nuestra heterogénea y dispar realidad cotidiana, con nuestra ciudad y nuestro país, en donde el horror y el humor, la muerte y la vida van todo el tiempo de la mano, confundiéndose mutuamente, y en donde a pesar de todo se sigue, con porfía, esperando, creando y pensando.

La simple crónica se profundiza, adquiere carne, se transforma en una manera de contar en la cual las cosas, las situaciones y las relaciones humanas se definen con nitidez y con rigor, dejando, sin embargo, un lugar de privilegio a la emoción.

Es más, creo que esa emoción constituye el eje alrededor del cual se estructuran todas las historias.

Da la impresión de que los personajes son conocidos, porque se hallan lejos de cualquier estereotipo, son amigos

con quienes en algún momento y en algún lugar hemos compartido una parte importante de nuestras vidas, su carácter se nos revela con pocas pinceladas, escuetas y certeras: apenas las indispensables para que sus rostros se vayan configurando paulatinamente hasta adquirir, en definitiva, la forma y la expresión de aquellos otros que vuelven a aparecer, pujando, a nuestro lado, desde algún rincón de la memoria.

Las historias contadas se amalgaman y se confunden con aquellas vividas por nosotros mismos. Sea cual sea el estrato social al que pertenezcamos, todos hemos tenido o tenemos algún contacto, por muy fugaz que sea, con la realidad que este libro nos revela. Nosotros también somos la otra ciudad, sus señas de identidad las llevamos grabadas a nuestro gusto o a pesar.

Las palabras vertidas en estos relatos entreabren una ventana por la cual mirar con nuevos ojos y con espíritu amplio un mundo al cual también nosotros pertenecemos, y en el cual tenemos responsabilidades compartidas por transformarlo en más vivible y humano.

Claudio di Girólamo

PRESENTACION

El conjunto de "crónicas" que aquí se presenta fue escrito entre los años 1985 y 1986, en el marco de una investigación que buscaba conocer, y dar a conocer, algunas dimensiones del mundo popular urbano desde el punto de vista cultural. La ambición que subyacía a este intento era la de explorar en determinados fragmentos de la vida urbana que a mi vista aparecían como relevantes, usualmente ignorados, o clasificados a priori a base de imágenes excesivamente esquemáticas y construidas externamente. Muy asociado a lo anterior, deseaba también poder recrear ciertas vivencias y ambientes desde una perspectiva cercana a la asumida por sus propios protagonistas.

Señalo la palabra crónicas entre comillas, ya que es evidente que tal nombre no refleja con absoluta precisión la naturaleza de estas páginas: no se trata estrictamente de "historias en que se observa el orden de los tiempos", según propone la definición de la Real Academia. Sin embargo, me resisto también a usar la palabra "cuentos", ya que nunca pretendí crear obras "literarias". Además, en su confección ocupó un lugar preponderante cierta lógica de indagación cercana al reportaje y a la investigación de carácter antropológico, de tal modo que la forma narrativa no se constituyó en una preocupación de peso ni en un objetivo demasiado consciente ni explícito (no en un comienzo, al menos). No hago tales afirmaciones porque el nombre o la categoría a la cual pertenezcan estos textos tenga demasiada importancia, sino debido a que en ciertas oportunidades he debido responder a la pregunta sobre su naturaleza, expresada generalmente en los siguientes términos: "pero, ¿qué es esto? ¿Realidad o ficción?" El

tener que dar una respuesta me ha llevado a una serie de consideraciones sobre el carácter de la creación literaria, en contraste con el de la investigación científica, las cuales no expondré aquí pues podrían ser tomadas como una introducción de tipo apologético. Parecería de muy mal gusto, y en definitiva inútil, que a través de una presentación el propio autor defina y defienda lo que su escritura tal vez no puede sostener.

En cualquier caso, y en términos muy generales, me gustaría limitarme a sugerir que todo texto o discurso puede considerarse como ficción, en el sentido de que su materia prima, su forma y contenido, están constituidas al mismo tiempo, y de modo indisoluble, por lenguaje, generándose un producto nuevo, que es más pariente de otros textos que equivalente o fiel reflejo de lo extradiscursivo, de otra realidad que se encuentra "más allá" de la escritura. Pero, también, todo texto es "realista", no en el sentido de que su existencia represente o se halle cercana a algún tipo de verdad externa a él, sino porque, en última instancia, es expresión de personas que proyectan en la escritura experiencias, deseos y sensaciones. Prefiero, entonces, plantear el tema no diciendo que aquí hay una combinación entre realidad y ficción, sino un montaje entre diferentes prácticas de trabajo, entre diferentes tipos de escritura, cada una de las cuales posee sus propios mecanismos de validación y sus propios criterios de representación. El lector podrá juzgar los aciertos, limitaciones o equívocos de tal mezcla.

Quiero aprovechar estas líneas para agradecer el esfuerzo de muchas personas que han hecho posible la materialización de este libro. Una enumeración sumaria no podría dejar de mencionar a todos los investigadores y funcionarios que pertenecen a la Unidad de Investigación para la Acción, del Programa FLACSO- SANTIAGO, quie-

nes con sus comentarios y sugerencias ayudaron a mejorar cada uno de los relatos, sin que tan generosa cooperación los torne automáticamente en cómplices. Deseo agradecer también a la Organización Holandesa para la Cooperación al Desarrollo (NOVIB), la cual apoyó esta iniciativa y otras actividades que FLACSO de Santiago realiza en torno a cuestiones de indole "poblacional". No puedo, sin embargo, agradecer aquí a las personas con las que he conversado y en cuyos relatos y vidas me he basado para construir estos personajes e historias. Cualquier agradecimiento tendría el tono de una retribución, y en verdad se trata de una deuda no pagada.

C.P.R.

SANTIAGO, 16 de noviembre de 1987.-

**HECTOR UN
“GUERRERO”
DEL PASEO
AHUMADA**

Ahora le duelen los tobillos; hasta hace un momento era la espalda, pero ahora le ha bajado una especie de calambre a lo largo de las piernas y se deposita en sus tobillos, para quedarse allí como un reclamo impostergable. Desde que lo subieron al bus lo han obligado a mantenerse sentado en el piso del pasillo, y el espacio entre los asientos no es suficiente. Le han prohibido conversar y moverse.

"Lo mejor es hacer caso, si no se ponen peor". Recuerda adolorido los palos y patadas recibidas cuando al fin lo agarraron mientras corría por Agustinas hacia el cerro. "Debería haber cortado hacia la Alameda -se dice-; siempre es más fácil perderse en lo más ancho". El castigo fue de rutina, no le pegaron especialmente fuerte, pero sabe que hay que andarse con cuidado... en cualquier momento la cosa puede ponerse fea.

Si estira un poco la cabeza, alcanza a ver un trozo de la puerta trasera, y a la gente que camina por el Paseo Huérfanos. El día es frío; hace varias semanas que no llueve fuerte y el aire del centro es una pesada y estática bruma de smog. Pero no le importa, está acostumbrado al frío, y para él los días de lluvia sólo representan una mala venta. La gente pasa apurada, casi corriendo y esquivándose, "como en esas películas antiguas" -piensa Héctor-, que gusta de hablar y caminar pausadamente. Algunos pocos transeuntes miran hacia el bus con curiosidad y, a través de las puertas con vidrios y enrejadas, se percatan que dentro de él hay varios hombres sentados en el piso; pero nadie se para a observar más detenidamente, ni a preguntar nada; el bus y su carga forman parte del paisaje habitual, nada que pudiera llamar especialmente la atención. El caminante cotidiano de esas calles céntricas sabe que allí es posible encontrar cualquier cosa: actores sin vergüenza, que parecen escapados de algún circo

pobre; paralíticos que se disputan por exhibir sus muñones, como si fueran trofeos de alguna Guerra Santa; fanáticos de nuevas religiones, que proclaman sus consignas inofensivas con ritmos pegajosos, propios de una causa más vulgar...; de todo, adivinos y profetas, artistas y comerciantes. En medio de tal feria, a quién puede llamarle la atención un bus verde, como jaula de zoológico, que en su interior guarda una cuantas siluetas silenciosas. La calle está sólo a dos metros de él, pero Héctor sabe que la distancia verdadera que ahora lo separa de ella es en realidad muy grande.

Lo detuvieron a las doce, y ya son las tres de la tarde; el bus se llenó pronto y ahora son más de quince los hombres que se apretujan en el pasillo, todos casi inmóviles, todos concentrados, pensando quizá en qué, o tal vez no pensando nada sino sólo aburridos de ver siempre lo mismo en torno a ellos. "Seguramente a las mujeres las llevaron a otro bus" -supone Héctor, quien vio como se llevaban a doña Rosalía y a su hija.

No es la primera vez que cae preso por vender mercadería en el centro de Santiago; pero había vuelto a lo mismo; siempre vuelve a lo mismo, como un destino que a él no le interesara desmentir. Cuando comenzó a vender en el centro, en el invierno del año 77, lo tomaban muy seguido. "Entonces yo era muy novato" -explica a quien quiera conversar con él-, "no sabía darme cuenta cuándo se acercaban los del bus o los de la Comisión Civil. En la calle uno se va avivando y después fue cada vez más difícil que me pescaran".

Pero hoy no hubo escapatoria; fue un operativo demasiado grande, y de nuevo está preso. Y volverá a lo mismo.

-¿Qué quiere que haga, señor? -le preguntó al juez la última que lo agarraron-; no me diga que busque otro

trabajo porque hace años que no puedo encontrar nada, y esto que hago es honrado, no le robo a nadie ni ando pidiendo limosna.

Terminó su larga frase casi sin aliento; la tenía preparada hacia rato y la largó de un tirón. Pero después que la dijo, de nuevo le entró el miedo: con los jueces nunca se sabe...

Pero el juez no parece impresionado, casi no lo ha mirado y sigue con la vista fija en sus papeles, murmurando algo respecto a los permisos municipales, a las penurias del comercio establecido, y agregando que no será un reo el que venga a decidir lo que es honrado y lo que no. Héctor no se atreve a hacer preguntas, y menos a contradecirlo explicándole que los permisos para vender en la vía pública no son fáciles de conseguir, son caros, tienen un número limitado, y con el permiso asignan al vendedor a zonas alejadas del centro, en donde no circula mucha gente, en donde no se vende.

"Para qué insistir -piensa-, el juez sabe esto mejor que yo, y si se enoja conmigo no va a aceptar que me devuelvan la mercadería". Igual le aplicaron la multa de \$600 pesos, lo que no le habría importado tanto como la requisición de lo que estaba vendiendo, con canasto y todo. Era reincidente, por lo tanto no hubo caso con la mercadería y ese día, el de la última vez que lo detuvieron, estaba vendiendo buzos deportivos y perdió más de siete mil pesos.

Eso ocurrió por allá por noviembre, antes de Pascua, que es una de las épocas en que los carabineros se ponen bravos, y la competencia también. Ahora es mayo; si hoy le requisan su mercadería, Héctor no perderá tanto como la vez anterior, porque esta mañana sólo tenía para vender unas muñecas de trapo y la novedad del año: las espátulas limpiavidrios.

Como todos los días, había llegado a las nueve y media a su esquina, después del viaje de más de una hora desde su campamento. Comenzó a sacar las muñecas y las espátulas de su mochila azul, y ordenó todo sobre el plástico que le sirve de mostrador. Las muñecas las hizo la Gladys con su hija mayor para la Pascua, pero como en esos días apenas los dejaron trabajar, le habían sobrado muchas. Las espátulas las compra en la importadora a \$700 las diez y las vende a cien cada una. Está pasando por un mal período, ha tenido muchos gastos de emergencia y no ha sido mucha la mercadería que ha podido comprar.

"Que buen tipo es don Rolando -piensa-, siempre me deja guardar en la noche la mercadería en su negocio".

Don Rolando tiene un kiosko de diarios en la misma esquina de Héctor, y se conocen desde hace tiempo; son los antiguos del sector.

Como es habitual, le avisaron con un poco de anticipación que ya habían llegado los del piquete, el grupo especial de carabineros destinado a detener a los "guerreros", como se nombra a los vendedores ambulantes que trabajan sin permiso. Primero vinieron los niños corriendo y gritando desde la Alameda, un poco más atrás sus padres, tratando de cruzar las calles sin perder los paquetes que apretan entre sus brazos. Héctor se siente aliviado al saber que su hija mayor aún no llega a ayudarlo.

Parte corriendo con su mercadería, ya que prefiere no entregársela a don Rolando para no comprometerlo; además, nunca le ha ofrecido guardársela mientras él arranca. También como ya es habitual los choferes de las micros tratan de frenar para dejarles el paso a quienes huyen en una carrera desordenada y tensa, que inspiraría a risa si no fuera por lo violento de los golpes, lo dramático de los gritos y garabatos, los llantos de los niños. Una señora medio elegante -entre el horror y la indignación- increpa

resuelta a uno de los carabineros; en un primer momento éste se aturde, pero luego reacciona con energía, y a empujones y palos exige que despejen el sector.

Pero no hubo caso: el piquete se había dividido y una parte ya los estaba esperando en la esquina de Agustinas con Miraflores.

"¡Silencio!", grita el suboficial que está a cargo del bus. Sin darse cuenta, Héctor ha comenzado a silbar; es una vieja costumbre en él la de silbar cuando espera, cuando camina, cuando se hunde en sus pensamientos y recuerdos... como ahora. De a poco se le ha ido quitando el susto del principio; una vez más reconoce que esto de caer preso es casi una rutina en su trabajo. Sus amigos del sector donde todos los días se instala, mañana se reirán de él, y le dirán bromas; él mismo se sonríe ahora pensando en lo que les responderá, y sabiendo que en el fondo todos ellos se alegrarán de que nada serio le haya pasado.

Las imágenes que se amontonan en su cabeza nuevamente hablan de su oficio, sobre esto de ser vendedor ambulante, "guerrero". Algunas veces, hace tiempo, intentó buscar otras alternativas, aburrido de su práctica dura y arriesgada. Pero siempre ha chocado con la ausencia de un trabajo estable que le conviniera, con que los pololos inevitablemente se terminan, con que el PEM no vale la pena. "Guerreros", eso es lo que son, perseguidos en una guerra desigual, en un combate de cada día por obtener un pedazo de calle, en una contienda en la que siempre son los vencidos. Pero su combate no es sólo contra los carabineros: es a la ciudad misma a la que deben arrebatárle una parte ínfima de su riqueza, y en ello sus contrincantes son también los otros pobres que compiten sin

dar ventaja, son los comerciantes que los odian, son los mayoristas que les quieren sacar el jugo... Los "guerreros" conocen un centro de Santiago que para el transeunte es invisible, es su espacio de lucha, de sobrevivencia, de amigos y enemigos, de lujos al alcance sólo de la vista, es su fuente de trabajo, su fábrica.

Antes, hace ya muchos años, trabajaba en la Posta Central de la Asistencia Pública; era camillero y auxiliar. Junto a otros fue expulsado meses después de "el 73", en una de las sucesivas reducciones de personal sobre cuyas verdaderas causas circulaban oscuros rumores que invitaban a retirarse sin reclamar ni preguntar nada. Algo le pagaron cuando lo echaron y eso les alcanzó para pasar un tiempo, a él, a la Gladys y a los niños. Entonces tenía 26 años y estaba casado desde hacía cinco; ya habían llegado dos niños. Hoy tienen tres: la Paula, de quince; la Carmen, de doce; y el Héctor chico, de siete. Todos ellos están en el colegio y por suerte nunca ha sido necesario tener que sacarlos para que trabajen o ayuden en la casa, aunque igual lo hacen cuando no están estudiando.

A menudo Héctor habla del pasado, y su mirada hacia atrás en el tiempo nunca deja de tener un aire triste y nostálgico, especialmente cuando se refiere a su época de trabajo en la Posta. "En invierno nunca se pasaba frío -recuerda en ocasiones-, y siempre había tiempo para un cafecito; pero no crean que no era duro, especialmente con eso de los turnos que a uno le enredaban la vida, porque nunca me acostumbré a dormir de día y la noche siempre se me hacía eterna". Pero se sentía más que compensado, porque dentro de su carácter tranquilo la conformidad ocupaba un ancho espacio. Después de todo, sabiéndose sin estudios y "de condición humilde", sentía que no tenía derecho a aspirar a mucho más. Por otra

FLACSO
ECUADOR

22

BIBLIOTECA

parte, un camillero no es cualquier persona y hasta algo de autoridad tiene frente al público.

A través de los años que siguieron, enfermo ya de realidad, fue convirtiendo ese período de su vida en algo ideal, porque durante él trabajaba con libreta, y pudo comprar muchas cosas que después, cuando se acabó la plata del deshaucio, debieron ir vendiendo de a poco. Primero fue la TV., después la radio, la máquina de coser..., hasta que su casa de madera quedó casi vacía, revelándose así nuevamente una frágil y precaria desnudez de la cual creían haber escapado. Es cierto que la pobreza los había acompañado desde siempre; pero el trabajo estable, los nuevos muebles y artefactos, los habían ido convenciendo de a poco que su mediagua de madera delgada era una casa; los había hecho olvidar el olor del pozo negro y el ruido de los vecinos. Además, se habían acostumbrado a comer todos los días.

Siempre sospechó que la verdadera causa de su despido fue el haber participado en el sindicato de trabajadores de la Posta. "A pesar de que yo nunca tuve pasta de dirigente y siempre me quedé callado -confiesa a sus más íntimos-; pero lo de los paros no lo podía aguantar y era de los que no fallaba; aunque tuviera que irme caminando porque las micros no funcionaban, siempre estaba ahí, firme en la pega".

De allí en adelante su historia casi no le pertenece, se funde con la de tantos que siguieron un itinerario parecido: la búsqueda tenaz y persistente de un trabajo, primero leyendo en los diarios y escuchando los avisos de la radio; después recorriendo las calles y encargando a los amigos, que a su vez le encargaban a él. A veces, el encuentro de algún "pololo" siempre esporádico: aseo de casas, pioneta, obrero en alguna construcción. Incluso llegó a poner inyecciones a ciertos vecinos de su campa-

mento, en donde le llaman "el enfermero", por su pasado como camillero y la habilidad que demuestra frente a algunas emergencias, cuando hay que aplicar primeros auxilios por una cortadura, alguien que se quema o se quiebra.

Después de los primeros meses vino la progresiva desesperación. "Fueron años muy malos -confiesa-; el 75 y el 76, sobre todo. Si incluso la asistente social del colegio de los niños me mandó llamar y me dijo que fuera al consultorio para que me trataran eso de la neurosis que le dicen. Es cierto que yo andaba muy nervioso; con la Gladys peleábamos por todo y al final los niños siempre pagaban el pato. Había días en que me la pasaba en cama, sin ánimo ni para levantarme y puro pensando. Fuí como dos veces al consultorio, pero no saqué nada; me dieron unas pastillas que tiré a la basura al tiro, porque a mí esas cuestiones me dan mala espina".

El bus comienza a moverse. Lentamente avanza por el medio del Paseo Huérfanos, esquivando fuentes de agua, kioskos y cabinas telefónicas; se dirige hacia la calle Bandera, va hacia la comisaría del sector. Héctor conoce a varios de los detenidos; a algunos sólo de vista y a otros porque ha conversado con ellos una o dos veces. Sus ojos se detienen un rato en Iván, un joven de mirada revuelta y gestos atolondrados, que está en la parte delantera del bus. Se conocen desde hace meses y ahora, al darse cuenta que también ha caído preso, Héctor comienza a darle vueltas a la discusión que sostuvieron hace unos días, en presencia de don Rolando. Sin saber exactamente por qué, Héctor siente simpatía por Iván; cuando lo conoció se sintió extrañamente unido a él y por eso lo ayudó en los primeros días que éste llegó a vender al centro: le

enseñó a estar alerta, lo previno de los carabineros, le recomendó que se fijara en sus caras para poder reconocerlos cuando anduvieran sin uniforme en la Comisión Civil, le explicó cómo se amarra el plástico de las cuatro esquinas para poder agarrarlo rápido y salir corriendo sin que la mercadería se desparrame por el suelo.

Su propio inicio como vendedor ambulante fue muy difícil. Héctor tiene fuertemente grabado en su memoria el recuerdo del primer día de trabajo en el centro. A sugerencia de un amigo del campamento, invirtió sus últimos pesos en doce frascos de acetona y 24 colgadores para ropa. Se instaló con un plástico en el suelo y allí se quedó, parado, casi inmóvil, con la boca seca y sus ojos buscando la mirada de la gente.

-Si no se corre altiro voy a llamar a los carabineros; me está tapando la vitrina.

No hizo falta más presión ni amenaza; la voz del dueño de la tienda frente a la que se ha instalado parece firme y decidida. Recoge sus cosas y lo primero que piensa es tomar una micro e irse a su casa.

"¿Y con qué cara voy a llegar?", se pregunta.

No puede olvidar que la Gladys ya no tiene cómo armar las comidas diarias, que los lavados que hace "para afuera" no son suficientes, que la deuda con el almacenero es tan antigua y elevada que trata de no pasar frente a su negocio, que los niños necesitan tantas cosas con urgencia, que los vecinos no pueden ayudarlos porque están igual de mal que ellos.

Da unas vueltas por las calles, recorre completo el Paseo Ahumada, lee los titulares de los diarios, mira algunas vitrinas y camina otro poco. De nuevo se instala con su plástico, ordena los frascos de acetona y los colgadores de ropa; esta vez se pone en una esquina, frente a un banco. El amigo que le dio las instrucciones

no pudo acompañarlo porque trabaja en el Persa, y tampoco pudo invitarlo a ese sector porque ya está lleno. Sin embargo, su consejo fue muy claro: "Tenís que gritar fuerte y entonado".

Pero la voz no le sale. Hace un esfuerzo:

-Acetona a diez.

Demasiado despacio, ni él mismo se ha escuchado. Carraspea, trata de sonreír y esta vez grita más fuerte, casi con brusquedad:

-¡Acetona a diez, a diez el frasco de acetona; colgadores de ropa, seis en cincuenta!

Siente que todas las miradas de la calle se dirigen hacia él, que más de alguien lo apunta con un dedo bur-lón, que cada uno de los que pasan a su lado se han detenido a observarlo con curiosidad, curiosidad que se transforma en reprobación, reprobación que recorre todo su cuerpo tiñéndolo de vergüenza y ridículo. Sus manos están rígidas, está transpirando mucho y su boca se resiste a gritar nuevamente. Pero grita, y de nuevo siente las miradas que lo cercan y la vergüenza que se apodera de su cara y de sus músculos... y otra vez más, ahora casi con rabia, vuelve a gritar.

Esa noche volvió a su casa muy cansado, pero el peso de su tensión e inseguridad cede ante el sólido argumento del dinero en el bolsillo. Ha vendido todos los frascos de acetona y más de la mitad de los colgadores; llega pensando en que tiene que entregarle una parte a la Gladys y dejar otra para su movilización, algunos cigarrillos y la reposición de la mercadería vendida. Sabe que al día siguiente volverá al centro y -como tratando de forzarse a sí mismo- se repite una y otra vez que es muy necesario dejar siempre un poco más de plata para comprar mercadería: ésa es la única posibilidad de ir ganando más.

-Duérmete, hombre, mañana tenís que levantarte temprano y no te hace bien fumar en la cama; el humo se te queda atrapado en la guata y después despertái a todos con la tos.

Héctor no responde. Le gusta el tono fuerte y cálido de la Gladys cuando se preocupa por él, y sabe que ahora está preocupada. Se quedó nerviosa desde la mañana al verlo partir hacia el centro, con su mercadería recién comprada y el plástico bajo el brazo. Cuando no llegó a almorzar imaginó que le había pasado algo; es cierto que él le dijo antes de partir que tal vez no llegaba hasta la tarde, pero ella ha conversado con algunas vecinas sobre las cosas que pasan en el centro con los ambulantes, y tiene miedo. Se alegró cuando lo vio volver, casi de noche; parecía que hubiera estado trabajando en alguna construcción por lo hambriento y adolorido que volvió.

Por costumbre no le habló nada de su miedo inicial ni de su alivio final; le sirvió un puré con huevos y un te con harto pan. Lo observa comer en silencio; los niños ya se han acostado, pero aún deben estar despiertos. Hasta que no se aguanta más y le pregunta, en voz baja pero con intensidad:

-¿Cómo te fue?

El tampoco se aguantaba más por contarle, pero quería que ella le preguntara primero. Se queda unos segundos en silencio, como disfrutando un triunfo infantil, y luego se mete la mano en el bolsillo, con un gesto solemne y profundo le entrega la plata: un montón de monedas, ningún billete, pero sí varias monedas suaves y tibias. Por costumbre, él tampoco le habló de su miedo ni de su vergüenza, sino sólo de lo que ha vendido, de lo que podrá vender, de lo que ha visto, de los otros ambulantes con los que ha conversado.

Ella lo escucha con atención; mientras le pone imágenes a su relato siente el peso de las monedas en el delantal, y no se atreve a confesar su ansiedad frente a un resultado tan escaso. Hacerlo sería una torpeza; sólo ella sabe cuánta irritación puede desencadenarse en él si cree que ella desconfía o no aprecia su intento. Pregunta algunas cosas y después va a lavar los platos, deja todo preparado para el desayuno, sale al patio para tirarle algunas sobras al perro y le pone una tranca a la puerta. Los niños se han dormido.

Ya en la cama, Héctor fuma en la oscuridad; le agrada la tibieza de la brasa en su cara. Se siente obligado a pensar en demasiadas cosas y ordenar en su cabeza este primer día en el centro, tan largo, tan lleno de novedades. Finalmente se duerme y, en la oscuridad, el hábito y el frío conspiran para que los dos bultos silenciosos se busquen.

Sus sueños de las noches siguientes -esos sueños que se tienen antes de dormirse- hablan de los lápices, bolsas de basura y chocolates que debiera comprar, ya que le han dicho que se venden mejor que la acetona y que los colgadores de ropa. Pero todo es mucho más lento que sus sueños; sus pequeñas ganancias no le permiten comprar en mucha cantidad y por eso a él todo le sale más caro. Además, ya se ha dado cuenta que cada día es diferente al anterior; a veces mejor, a veces peor; y desde su infancia sabe que el hambre es siempre constante.

Durante sus primeras semanas en el centro aprendió mucho. Supo que los mejores proveedores son las importadoras y distribuidoras grandes, que lanzan al mercado muchos artículos exclusivamente a través de los ambulantes, ahorrándose así algunos costos y muchos impuestos. Entendió entonces por qué en ciertos períodos casi todos los ambulantes venden lo mismo: en marzo son los cuader-

nos, reglas, lápices y gomas; en invierno son los paraguas y la ropa; y así, miles de baratijas traídas de Taiwán, Corea o quizá de dónde. Héctor trata de hacer caso a los consejos de que lo mejor es vender cosas importadas, que son las que la gente busca y, si es posible, comprarlas al proveedor en cantidades grandes, porque es más barato, dejando una parte en casa por si se cae preso. Se da rápidamente cuenta de que a los carabineros del tránsito no hay que temerles, sino sólo a los del piquete y a los de la Comisión Civil; que hay ciegos que no son ciegos y paralíticos que son sólo cojos; que hay que saber actuar humildemente cuando es necesario y agresivamente cuando conviene; que es preciso ser desconfiado con algunos y que es posible ser solidario con otros.

Es que con el correr de los meses, Héctor se va transformando, en una mutación cuyos signos no pasan desapercibidos para la Gladys ni para los niños. Es cierto, ha advertido que para ser "guerrero" hay que ser duro y firme; hay que pelear por todo y no descuidarse; hay que tener habilidad para mirar hacia todos lados a la vez, hay que saber cuidarse de los otros vendedores que en cualquier momento pueden intentar quitarle el puesto; hay que recibir insultos y golpes, tragándose la rabia y maldiciendo hacia adentro; hay que estar en pie durante muchas horas, pasando hambre y aguantándose hasta para ir al baño; hay, en fin, que saber correr rápido entre la gente, haciéndole el quite a las micros y tratando siempre de salvar antes la mercadería que el cuerpo.

Aprendió también que en el tapiz de miseria y agresividad que son las calles del centro, sus enemigos no son solamente los carabineros y el comercio establecido, sino también los otros ambulantes.

Con los meses, con los años, Héctor se ha llegado a sentir parte de los "guerreros"; defiende la honradez de su

actividad y el derecho que tiene a realizarla. Pero el temor y la vergüenza del primer día nunca han desaparecido totalmente. Quisiera tener otro trabajo -declara sin titubeos- "siempre que fuera algo más decente, una pega estable en la que pagaran bien. Poder estar tranquilo, que nadie lo moleste a uno; eso es lo que quiero". En las situaciones de emergencia los "guerreros" tratan de ayudarse mutuamente, y hasta hacen colectas cuando algunos pierden mucha mercadería y no tienen cómo empezar de nuevo. Pero Héctor también sabe, como todos, que "cada día son más los que llegan a trabajar aquí, y nunca falta alguien que intenta quitarle a uno su lugar. En esta pura cuadra somos más de 70 -reflexiona-, es cosa de ponerse a calcular cuántos habrá en todo el centro". A veces hay unión, a veces hay peleas; están en lo mismo, pero no pueden dejar de competir entre sí. Además, los ambulantes que tienen permiso y carros grandes no se mezclan con ellos: "los de los carros color naranja son como establecidos casi; tienen permiso, patente y un sindicato propio". Cada "guerrero" aspira a tener un carro o una mesita para poder agrandarse, pero ya no es posible conseguir permisos, no los dan más para el centro, las patentes son demasiado caras, hay que tener pitutos en la Municipalidad...

Antes de completar su primer año en el centro, en el 78, Héctor ya tiene su rutina establecida. Sale de su casa a las ocho y media; se va andando hasta el paradero de micros y llega al Paseo Ahumada antes de las diez; primero camina un poco para captar el ambiente y ver si acaso anda alguna ronda de carabineros. Espera a que se instalen otros vendedores antes que él, luego extiende su plástico y ordena cuidadosamente la mercadería, tratando de que se vea atractiva. Su acostumbramiento a ser ambulante también explica que en ocasiones declare que le fue

"tomando el gusto a esto de no trabajar apatronado, no recibiendo órdenes de nadie y con la libertad que da la calle, sin estar obligado al encierro en un lugar por un tiempo fijo".

A los primeros meses de estar en el centro, su hija mayor, Paula, comenzó a ir después del colegio para ayudarlo. Llega como a las tres, y así él puede ir al baño de una fuente de soda cercana y comer lo que le manda la Gladys. La presencia de su hija le es muy útil, especialmente porque ella vigila si acaso vienen los del piquete, cuida que no les roben, y algunas tardes de la semana lo acompaña a las importadoras a comprar. Vuelven a la casa como a las ocho o nueve, según como haya estado el día. A veces la Paula regresa antes si acaso tiene que ayudar a su madre, aunque ese panorama no le agrada nada.

A Héctor le gusta sentirse acompañado, pero tiene miedo -otro más- de que la tomen presa: caerían separados y le puede pasar algo. Por otra parte, le molesta y preocupa la atracción que Paula siente por el centro, la forma en que sonríe con fascinación ante los relatos de sus amigas que él observa desde lejos sin poder escuchar. Para Héctor, esas calles representan su áspero lugar de trabajo, lleno de peligros y amenazas; cree advertir que para ella, en cambio, se trata de una amplia vitrina repleta de tentaciones. A veces, cuando la ha dejado sola por momentos, la ha visto en compañía de algunos jóvenes que él no conoce, cuestión que luego ella ha insistido porfiadamente en negar. En una oportunidad le pidió permiso para ir a los juegos electrónicos, y sólo lo violento de su negativa inicial ha impedido que se vuelva a repetir la demanda. Está seguro que los salones de juegos electrónicos es el lugar de encuentro de lo más degenerado que habita por allí, y el punto de partida para una carrera plagada de vicios; no entiende cómo su Paula puede tener

interés en conocer eso. Varias veces han discutido por motivos similares: la ropa que ella se pone, las palabras que usa, las canciones que murmura... "La Paula está creciendo mucho -piensa Héctor cuando mira su cuerpo adolescente-, hay que ponerse firme ahora, porque después no va a haber quién sea capaz de pararla; y no estoy dispuesto a aguantar a una suelta por hija".

Desde que empezó de ambulante las peleas con la Gladys no se terminaron, aunque los motivos han cambiado un poco. Ahora Héctor casi siempre anda trayendo un poco de plata en el bolsillo, y no todos los días está dispuesto a entregar para la casa. A veces no gana casi nada, a veces prefiere comprar mercadería o le gusta dejarse un poco para salir el sábado con los amigos, y poder ser él quien invite la caña de vino.

La diferencia con su época de cesantía total es que ahora se siente más seguro y confiado de sí mismo; comenzar de ambulante fue un arriesgado desafío, y cada noche que regresa siente que tiene un pequeño triunfo a su haber. Para la Gladys, en cambio, el contraste no es tan notable: es verdad que ahora el dinero llega con más regularidad, pero también es cierto que mientras más plata entrega Héctor, con más derecho se siente para reclamar por cualquier cosa. Además, ella tiene clarísimo que, a diferencia de su marido, nunca podría decir: "hoy no voy a hacer nada", y esperar tranquilamente que la atiendan. No, todos los días ella tiene que preparar la comida, y hacerse cargo de la casa y de los niños. Si no es así, los gritos no tardan en llegar. "Antes él no era tan mal genio -recuerda a veces-, pero esa vida de guerrero que lleva lo ha trastornado su poco; no cuesta nada para que se altere. Si aquí no estamos en la feria, le he tenido que decir en más de una oportunidad, aquí nos hablamos como personas,

no nos tenemos para qué tratar a los gritos como los animales".

-¡A bajarse en fila los huevones!

La orden fue acompañada de nuevos empujones, patadas y garabatos. El bus se ha estacionado frente a la comisaría y, al entrar, Héctor se da cuenta de que tal vez no salga libre esa tarde: son demasiados los detenidos y ya son más de las cuatro.

En la fila espera su turno; Iván se encuentra algunos puestos antes que él, y avanzan lentamente. Siente frío, el edificio es alto y viejo; hay rendijas por todas partes y la puerta que da al patio forma corriente de aire.

-¿Nombre?

-Héctor Cifuentes Alvarado.

-¿Edad?

-Treinta y siete años.

-¿Profesión?

-Comerciante.

-¡Qué vai a ser comerciante, atorrante serís! Carné.

Lo saca de su billetera y se lo entrega al carabinero, quien escribe lentamente, con el rostro encima de las teclas.

-¿El domicilio es el mismo de aquí? -pregunta, señalando el carné de identidad.

-Sí, mi cabo.

-Yo no soy cabo de delincuentes, ¿entendís? Ya, desocupa todos los bolsillos aquí.

Saca su billetera plástica de seis divisiones, unas monedas, un cordel, fósforos, tres cigarrillos sueltos, muy arrugados y quebrados. El cabo cuenta el dinero y le hace firmar un recibo por \$390.

-¡Cordones y cinturón! -grita.

Sabe lo que eso significa: pasará la noche en el calabozo, en algún calabozo que él conoce, porque conociendo uno se conocen todos; que es como serán todos los calabozos que le tocará habitar en el futuro.

Pero no se trata de un trámite simple; en verdad aún falta mucho para que el día termine. Primero los llevan a todos a un galpón muy iluminado que está al fondo de la comisaría. Héctor calcula que hay más de sesenta hombres; las mujeres han tenido un trámite rápido y ya las han llevado al COF, el Centro de Orientación Femenina. En el galpón los hacen esperar de pie: tiene hambre, el no poder fumar le provoca aun más ganas de hacerlo, quiere ir al baño. Todos están en silencio, sólo se escuchan gritos y risas que vienen de fuera, el ruido de algún motor, órdenes dichas en voz alta, portazos.

Comienza a oscurecer. Un oficial y varios carabineros ingresan al galpón. Les ordenan salir de a uno, con un guardia, y dirigirse a la bodega a reconocer su mercadería y firmar el certificado de requisición. Pueden ir al baño por turnos. El proceso es largo.

Al estar todos de vuelta les ordenan desnudarse. La sorpresa se filtra entre las miradas, en algunos rostros atisbos de protesta alcanzan a notarse; casi todos pensaban que lo peor ya había pasado. No es así.

-¡Rápido! -grita el oficial-, todos en pelotas frente a la pared, los brazos y piernas separadas, apoyándose en puntas de pie y con dos dedos en la pared. Pobre del infeliz que se mueva.

A Héctor, como a todos, le cuesta mantenerse en esa posición; deben apoyarse en la pared y todo el peso del cuerpo cae sobre los dedos de las manos y de los pies. El trozo de pared que él mira, de un amarillo desteñido, está como arañado. Piensa en sus uñas duras y plomas, aunque sabe que las pequeñas líneas en la pintura son como las

que hay en cualquier pared. Corren los minutos y los carabineros se pasean tras ellos. Son ocho; por momentos se detienen y lanzan alguna pregunta, irónica e insultante:

-¿Desde cuándo andái de lanza en el centro?

-¿Dónde te robaste la mercadería que vendís?

-A ver vos, canta la canción del superocho.

El detenido al que se dirigen, uno de los pocos viejos del grupo, no tiene alternativa.

-Al rico superocho, a diez pesos el superocho.

-¡Más fuerte!

Risas y burlas; esperan atentos a que alguien intente cambiar de posición, apoyándose con la palma de las manos o bajando los talones. Cuando alguno no da más y lo hace, entonces le dan un lumazo en los tobillos y las muñecas.

Hace un esfuerzo para no ser el próximo. Con la ropa se le ha ido su última defensa y dignidad. Siente que en todas sus desgracias se encierra lo mismo: la posibilidad cercana y real de que todo siempre podría ser aun peor. Muchas veces esa constatación lo ha hecho conformarse, callarse, rebelarse en silencio; su miedo creciente convive en su interior con una rabia aguda que surge muda, sorda y solitaria.

Con la cabeza gacha entre los hombros mira ahora hacia el suelo de baldosas, y se sorprende de no sentir frío. Después gira un poco su cabeza y se asombra de que a su izquierda, bajo una hilera de brazos desnudos, sus ojos tropiecen con la cara de Iván, quien, unos metros más allá, le sonríe en una mueca de cejas y frente que inspira complicidad. Por segunda vez en este jueves recuerda la conversación que tuvieron hace unos días.

Parece que fue el lunes. Iván se acercó temprano a la esquina donde trabaja Héctor y don Rolando; ambos conversan sobre lo de siempre: una vez más el fútbol los

incita a emitir opiniones definitivas y juicios despectivos. Los dos habían anticipado el viernes la derrota del equipo chileno, pero aun así se sienten desilusionados ante este nuevo fracaso, justo al borde del triunfo. Siempre pasa lo mismo, y por eso no vale la pena esperanzarse demasiado; aunque tal vez ahora, con la Copa Libertadores...

La llegada de Iván los interrumpe un momento, se saludan y vuelven los tres al tema, repitiéndose a sí mismos, a los comentaristas, locutores y cronistas deportivos de su preferencia; a la radio, a la televisión, contradiciéndose con sus opiniones del lunes anterior, discutiendo un detalle, defendiendo a alguien, atacando a otro.

Después de un rato Iván le cuenta para qué ha venido. Le explica que varios "guerreros" se han juntado y están con ganas de formar un sindicato, que ya no puede ser esto que les pasa cada día, que no los dejan trabajar y que un sindicato podría hacer algo.

-¿Y qué van a sacar con eso? -interviene don Rolando que ha estado escuchando-. Ustedes saben que esa cuestión del sindicato ya se ha probado y no resulta, unos pocos cumplen y el resto no, no les interesa.

-Eso es verdad -confirma Héctor-, hace un tiempo se intentó hacer algo parecido, pero a la larga no resultó.

-Pero algo hay que tratar de hacer -insiste Iván-, y para eso lo primero es estar unidos, si cada uno anda por su cuenta con mayor razón estamos sonados.

-Mejor no meterse con nadie, oiga -afirma don Rolando, categórico-. Entre comerciantes es así la cosa, pueden ser conocidos, pero no amigos.

-Chi, ¿y cómo entre nosotros? -protesta sorprendido Héctor, mirando a don Rolando como si de pronto no lo reconociera-. ¿Acaso no somos amigos?

-Pero es que nosotros vendimos cosas distintas, pues.

Imagínese que yo me instalara a su lado a vender las mismas cuestiones; usted no me querría ver ni en pintura.

-Pero es que eso no puede ser -se queja Iván-. No puede ser que nos peliemos entre nosotros.

-Si no es cuestión de pelear -se explica don Rolando-, pero cada uno tiene que estar en lo suyo, si no los demás se aprovechan. ¿Y, además, para qué quieren tener un sindicato si no tienen patrón?; les resultaría recontra difícil conseguir que la gente cotizara, porque si les sobra algún peso se lo gastan en tomar, y si no les sobra también.

-¿Cómo que no tenemos patrón -reclama Héctor, repentinamente irritado-; si tenemos quien nos robe, si tenemos quien nos persigue y quien nos saque la cresta. Si eso no es tener patrón, yo no sé cómo se puede llamar.

-Pero un sindicato puede servir -insiste Iván, dirigiéndose directamente a Héctor, como si don Rolando no existiese-; podemos cotizar de a poco y organizarnos para lo de las colectas, podemos mandar una carta al Alcalde y a los diarios, algo se podrá hacer.

-Si reclaman los van a joder más todavía, porque esa cuestión es política y ahora ustedes saben cómo es la cosa: los pacos hacen lo que quieren no más -advierte don Rolando, nervioso.

-Eso sí que no -replica ansioso Iván-; ¿qué tiene que ver esto con política? Si estamos aquí no es por puro gusto, es porque no hay trabajo; entonces, lo menos que podemos hacer es pedir que nos dejen en paz. Y si nos sacan la cresta tampoco es pura cuestión de los pacos, es porque hay alguien que da las órdenes y el comercio establecido presiona contra los ambulantes. Nosotros también tenemos que presionar, entonces, y tratar de estar más juntos; si seguimos aguantando que nos pasen por encima cada vez nos va a ir más mal. Y si la gente alguna

vez toma, don Rolando, es de puro desesperados que están no más.

La conversación ha ido subiendo de tono y desemboca en un tenso silencio; don Rolando mueve la cabeza lentamente, en un gesto de negación total y definitivo; Héctor mira hacia el suelo sin verlo, buscando la verdad en medio de los pastelones llenos de desperdicios y colillas retorcidas. Iván espera, expectante. Ya circula mucha gente por la calle y es hora de ponerse a trabajar.

-Tal vez alguno no lo sepa, pero esto de hacer un sindicato de trabajadores independientes es totalmente legal. El sábado nos vamos a juntar después de la pega, como a las cuatro, en el boliche de don Manuel. Sería bueno que vinieras; y a usted, don Rolando, también lo esperamos.

Héctor queda de responderle y le explica que no está seguro de meterse o no, que no tiene mucho tiempo, que lo va a pensar.

Conversan otro rato e Iván se aleja a instalarse con su plástico un poco más allá. Héctor mira a don Rolando, que rehuye sus ojos. Sabe con certeza que éste no irá el próximo sábado a juntarse con los otros en ese boliche, porque sus problemas no son graves, él tiene permiso municipal para su kiosko y no va a querer juntarse con los "guerreros". Además, si lo ven sus amigos evangélicos de la capilla en una chichería, lo podrían acusar.

No volvieron a tocar el tema, ni ese lunes ni en los días siguientes.

Los llevan a los calabozos del subterráneo. Es más de medianoche y ya se produjo el cambio de turno en la comisaría. Bajan por una escalera profunda y angosta; tuvieron que vestirse a toda carrera y muchos van aboto-

nándose la camisa o los pantalones. Llegan hasta un pasillo frente al que están los tres calabozos. Dos de ellos son muy grandes, deben caber allí una cien personas; el tercero es algo más chico. Antes de entrar a uno de los calabozos grandes se fijan que en el de al lado hay un catre de campaña justo al centro, sobre el cual cuelga una ampolleta; un hombre está recostado boca arriba, en su inmovilidad figura casi perdido en lo extenso de la celda.

-Ese está por la "ley" -explica el carabinero que los conduce, sin que nadie le haya preguntado. Pero todos han entendido: se refiere a la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Después que todos han entrado se cierra la reja con una larga cadena; del techo cuelgan algunas ampolletas que iluminan poco y mal. El piso es de tierra y las altas paredes de piedra chorrean humedad; el suelo está sembrado de excrementos de ratones, y todo se mezcla en un olor indescriptible.

El carabinero de guardia se aleja y comienzan algunos tímidos murmullos; conversaciones de a dos, pequeños grupos que se sientan en el suelo o se apoyan en las paredes; unidos más por lo que callan que por lo que hablan.

-Puchas, aquí los ratones andan con montura -murmura alguno. Las risas aisladas producen un eco extraño.

Para nadie es una novedad todo lo que ha pasado en el día, ni siquiera para los pocos que han caído por primera vez. Sin embargo, no es lo usual un tratamiento tan duro como el que les han dado hoy.

No hay cómo calcular el paso del tiempo, a todos los que tenían reloj se los han quitado junto a sus otras pertenencias, en el momento de ingresar a la comisaría. Pero Héctor imagina que ya ha pasado un buen rato desde que los bajaron al calabozo, quizá más de una hora. Ni

siquiera piensa en dormir, no se explica cómo algunos otros se han echado sobre el suelo y hasta llegan a roncar; en el fondo los envidia. A él le molesta la luz de las ampollitas, lo sucio del suelo, el frío. Camina por el lado de la reja y se da cuenta de que el carabinero de guardia ha vuelto y se encuentra frente a él, apoyado en el banco que está en el pasillo. Se miran; en la penumbra Héctor contempla sus ojos oscuros y la piel porosa.

-¿Puedo ir al baño?

-Bueno, pero rápido, porque si me pillan que te dejé salir me va a llegar a mí.

Abre la reja y Héctor camina apurado hacia el fondo del pasillo en donde hay un water sin puerta, lavatorio ni nada, como si en un gesto insólito alguien lo hubiese dejado allí olvidado. A su vuelta da las gracias en una frase telegráfica y el carabinero se encoge de hombros. Pero, al descubrir la ansiosa mirada del otro sobre su mano, se la extiende a través de la reja:

-¿Querís la corta?

Recibe el cigarrillo con avidez y le da las últimas chupadas, mientras el carabinero se aleja hacia la escalera. Desde el fondo del calabozo le llega el sonido de algunas risas y bromas que no alcanza a distinguir, pero que sabe se dirigen a él. Son otros que tampoco han podido dormir esa noche, y miran con nostalgia la brasa del filtro quemado que Hector arroja al suelo después de estrujarlo hasta el límite. Se acerca a ellos.

Hace ya mucho rato que es viernes; piensa que tal vez esté amaneciendo, aunque desde la celda no puede distinguir ninguna luz natural. Espera que pasen rápido las horas y los suelten; primero les extenderán la citación al Juzgado de Policía Local, y como muchos otros, está seguro que no concurrirá el día que le corresponda, porque no le devolverán nada y le cobrarán la multa. Es

un riesgo, porque si cae nuevamente, y se comprueba que está en rebeldía ante el Tribunal, lo mandarán preso por muchos días, y sin ninguna opción de pagar multa. Pero no irá.

Cuando al fin lo sueltan, ya avanzada la mañana, camina por las calles que lo separan del paradero de micros más rápido que lo habitual; tropieza con algunos de los que caminan a su lado, todos con sus caras hacia adentro, con sus rostros amargos o apretados: las sonrisas escasean en las mañanas del centro. Nadie imagina la multitud de historias que se oculta tras cada uno de ellos. Llega al paradero y experimenta el poco usual placer de viajar en una micro desocupada, porque a esa hora casi todo el mundo viaja hacia el centro, y muy pocos se dirigen al sur de la ciudad.

Volverá para encontrarse con la Gladys, temerosa y firme, quizá con esas quejas que ella acostumbra a lanzar al aire y que tanto lo alteran porque sospecha que van dirigidas a él. Si acaso no terminan en pelea -porque en su inconsciente desea descargar algunos gritos y maldiciones- le contará lo que ha pasado y verán una forma de juntar algunos pesos para poder empezar de nuevo. Podrá comer algo y dormir.

Pero la micro no avanza tan rápido como quisiera. Desde su asiento contempla por el vidrio este viernes que es como cualquier otro día, no muy distinto de como fue ayer, de como será mañana. Los diarios traen las noticias de costumbre; si acaso llueve, el barro de costumbre se amontonará por los pasajes del campamento. Sobre el estante del comedor las cuentas no pagadas se seguirán juntando. La vecina pondrá la radio a todo volumen y le contará a la Gladys que el Jorge llegó borracho esa noche y trató de pegarle; ella pensará que ha tenido suerte con su Héctor, pues nunca ha intentado algo así. La Carmen

irá donde don Pepe a ver si les pueden fiar un poco de parafina; éste anotará el valor en un grueso cuaderno grasiento, que es el diario íntimo de las penurias de decenas de familias, un archivo que muchos quemarían con gusto.

La micro ya ha cruzado Av. Matta y el paisaje comienza a cambiar; la monotonía de las casas y del comercio aumenta a medida que se alejan del centro. Héctor continúa con la cara casi pegada a la ventana, ya no pensando en ese viernes que recién comienza, ya no masticando ese jueves que ha pasado, sino imaginando el sábado que vendrá, recordando a Iván y su invitación al boliche de don Manuel.

No sabe aún si irá o no a conversar lo del sindicato. Alguna franja de su ánimo se siente tentada por esa posibilidad: hacer algo, poder hacer algo. pero la duda y la sospecha carcomen sus ganas dispersas: presiente que don Rolando tiene razón y que nada sacarán con el intento; es mejor que cada uno se rasque con sus propias uñas, es peligroso tratar de juntarse.

Recuerda su participación en el sindicato de la Posta, pero fue hace tantos años que hoy sólo queda eso: un recuerdo que no quiere poner a prueba. Ahora todo es tan diferente que en su memoria esa experiencia está envuelta en una cálida atmósfera de irrealidad. En su mente, en cambio, está más fresca la frase que, casi al pasar, le dijo hace unas semanas doña Rosalía, un día en que tomaron presa a su hija:

-Con razón una se descrea; ¿cómo va a haber Dios, si aquí está el mismo demonio que nos persigue? Cada vez que pasa algo así, de lo único que tengo ganas es de matar un paco, es en lo único que pienso. Después me pongo a llorar y le ruego a la virgencita que me perdone.

Mientras la micro se desplaza, acercándose ya al paradero donde debe bajarse, su mente sigue girando en torno a la reunión del sábado, continúa debatiéndose entre su voluntad y sus dudas, entre el temor y las ganas. Tendrá que elegir, deberá realizar ese ejercicio al que no está acostumbrado: tomar una opción, optar por una alternativa.

De lo que sí está seguro, lo que sí sabe con la certeza que le otorga la necesidad de comer, es que volverá a vender, volverá a ofrecer su mercadería en las calles del centro.

**EL SUICIDIO
DE LA REINA
DEL TOPLESS**



SE SUICIDO HERMOSA REINA DEL TOPLESS POR AMOR SE TOMO COCKTAIL DE PASTILLAS

Santiago (14). *Impacto causó en la mañana de ayer sábado el hallazgo del cuerpo sin vida de Mercedes Araya Menéndez, soltera, de 24 años, con domicilio en esta capital, conocida en el ambiente de espectáculos de Santiago como "La Reina del Topless". Se presume que su muerte habría sido provocada por una ingestión excesiva de drogas y alcohol, mediante la cual Mercedes Araya decidió poner repentino fin a su vida, debido aparentemente a motivos sentimentales. El cadáver fue encontrado en el camarín del café-topless Barbazul por Alfredo Carvajal, de 28 años, quien se desempeña como portero y cumple labores de aseo en el mismo local en que trabajaba la occisa. Sin embargo, al no haberse encontrado junto al cuerpo ninguna nota que explicara las causas que arrastraron a la joven a su fatal decisión, la policía ha iniciado una serie de pesquisas tendientes a esclarecer las razones y circunstancias del fallecimiento. El cuerpo de la hermosa "Reina del Topless" fue trasladado al mediodía de ayer al Instituto Médico Legal, después que el juez correspondiente autorizara su levantamiento;*

se espera que dicho organismo evacue su informe en el curso del día de hoy, o en las primeras de mañana. En definitiva será la autopsia la que revelará con precisión la hora del deceso y las causas que lo provocaron.

Consultadas algunas de sus compañeras de trabajo, éstas manifestaron su sorpresa ante el suicidio de Mercedes Araya, ya que, según expresaron, a pesar de que estaban enteradas de la seria desilusión amorosa sufrida por la joven, nunca imaginaron la gravedad del momento que pasaba. Incluso algunas de ellas ponen en duda la hipótesis del suicidio, y estiman que bien pudo tratarse de una dosis excesiva de calmantes tomada sin conciencia de su peligro, ya que la muchacha no acostumbraba a consumir sedantes. Todas ellas coincidieron en describir a Mercedes Araya como una persona alegre e inquieta, que demostraba mucho sentido de superación y era excelente amiga.

Una cosa voy a decir de partida: nadie debe andar metiéndose en cosas para las que no le alcanza el cuero. Y no es que yo me crea muy gallo, pero sé perfectamente para qué sirvo y para qué no. Por lo que a mí me pregunten, la cosa es muy clara y no me gusta irme por las ramas: si alguien se la puede para algo, hay que echarle para adelante no más; si le falta buche y anda pensando

en palomitas de colores, entonces, lo mejor que puede hacer es retirarse a tiempo, o a la larga terminará por joderse. Y si no están de acuerdo conmigo, ahí está el caso de la Mercedes, y fíjense no más lo mal que acabó.

Es cierto que yo no intimaba mucho con ella, pero no importa; tarde o temprano aquí todo termina por saberse. Además, no era difícil darse cuenta en qué andaba la Mercedes; desde lejos se le notaba que era enferma de ingenua, y al principio más todavía. Digo al principio, cuando llegó a trabajar aquí al café, hace como un año. Me acuerdo de la fecha porque en ese tiempo el patrón estaba abriendo otro local y puso un aviso en el diario para contratar más chiquillas. Claro que cada unos cuantos meses él pone avisos porque no todas las cabras duran mucho.

Reconozco que al principio no le tenía nada de buena: se creía la muerte y me trataba a las patadas, como si yo tuviera que andarle haciendo reverencias. Pero yo no era ningún aparecido y hacía tiempito ya que estaba de portero aquí en el Barbazul. Después, apenas pasadas unas semanas, fue cachando que más le convenía estar en la buena conmigo, porque el trompa me pregunta siempre por todo y, bueno, yo sé que para eso me paga también: para que tenga las pepas bien abiertas y le ponga altiro sobre aviso si acaso andan pasando cosas raras.

No es porque sea fácil decirlo ahora, pero al verla uno se daba cuenta de inmediato que esa mina iba a terminar mal. No sé qué era, si su forma fácil de meterse en líos, si esos aires de artista que se daba, si esa onda que tenía de contarse cuentos y creerse corista de cabaret pituco. La cosa es que siempre se las arreglaba para meter las patas. Por ejemplo, como que miraba en menos a las otras chiquillas, que debería haber tenido de amigas, y, en cambio, era toda sonrisas cuando veía a un encorbatado de

esos de los que hay que saber defenderse porque son más peligrosos que mono con navaja. No sé qué era, pero para todo el mundo estaba claro que la Mercedes no se ubicaba mucho.

Después me fue cayendo mejor, y hasta llegué a sentir pena por ella; y eso que yo no ando sintiendo pena muy seguido que digamos. Por eso me dan ganas de contar su historia; pero, para entenderla, hay que conversar y contar esas cosas que a la gente no le gusta escuchar. También aquí en el Barbazul muchos andan a la escondida; vienen y se van para callado, como con susto y vergüenza al mismo tiempo... y eso no me gusta.

Como acostumbramos a decir aquí en el ambiente: éste es un negocio como cualquier otro, se trata de un trabajo igual a todos.

Pero, por si entre ustedes hay algunas de esas personas decentes, que no tienen idea lo que es un café-topless, habrá que explicar bien de qué se trata esto. Sin embargo, yo sé que la gente decente también se las arregla para hacer sus porquerías, aunque para ello tengan que pagar más de lo que pagan los que vienen al Barbazul.

Es que, en verdad, dicho así entre nosotros, este local es bastante rasca; más picante que aborto con sopapa, como dice la Mirta. Para empezar, estamos ubicados en el centro de segunda, el que empieza en la Plaza de Armas hacia el norte y que termina en la Vega. Son calles que parecen más angostas y sucias que las del centro de verdad; y es que siempre anda mucha gente, de esa que busca lo más barato; calles con edificios antiguos y galerías oscuras, con cines que dan tres películas por \$150 y fuentes de soda donde la oferta es un completo y una cerveza por \$75; calles que parecen ferias por la cantidad de ambulantes que se instalan en las veredas, especialmente ciegos, que cocinan y comen ahí mismo, dejando las

cunetas llenas de basura; calles donde casi no hay casas particulares, todo es puro comercio con olor a plástico, frituras y ropa usada. Centro de segunda, digo yo.

Esto es como un paseo para la gente más pobre, que viene desde las poblaciones a comprar de todo, lo que pueden, especialmente ropa. Yo creo que para los que visitan el centro para la muerte de un obispo, esto debe ser lo máximo. Se les nota en el brillo de sus ojos cuando miran las vitrinas, en la forma que hacen durar un paquete de papas fritas, devoran un pollo apanado, o escuchan a Luis Miguel en las tiendas de discos y cassettes. Y claro, se dejan encandilar por las luces, las vitrinas y las fachadas, y no se dan cuenta de que esto no es mucho mejor que la población de donde vienen y a donde tendrán que volver: puros colores que se destiñen al primer lavado, plástico que se deforma al menor uso, equipos de música que debieran vender por kilo. No se dan cuenta, como yo, que llevo años mirando todos los días patotas de gente que se arrastran de un lado a otro pidiendo a gritos que los hagan giles. Es curioso, siempre me ha parecido que hasta los mendigos de acá son más pelientos y se conforman con menos.

Claro que también hay edificios nuevos: los caracoles. Y ahí entramos en tema, porque el Barbazul está en un caracol, en el último nivel, el 4^o; está ubicado al fondo, frente a la entrada. Por este sector hay varios; pero más parecen babosas que caracoles, decimos nosotros, porque no son redondos sino alargados. Hasta hay algunos que tienen un ascensor transparente y todo. Yo encuentro que era super buena la idea esa de los caracoles, porque la gente vitrinea sin darse cuenta que pasa de un piso a otro, y eso es bueno para el comercio. Pero no hay caso, ya no son lo que eran en un principio ni se parecen a los

del barrio alto: siempre se ven mugrientos y oscuros, y la mayoría de los locales pasan desocupados.

Dicen que es la crisis. Y que va a pasar, también dicen. Pero parece que eso ya no se lo cree nadie. Ojalá que la cosa se arregle luego porque a nosotros la recesión también nos ha jodido harto. El problema es la competencia: hay cualquier cantidad de boliches vacíos y no cuesta nada para que aparezca un local de ropa usada o un café-topless. Eso hace que el negocio no marche muy bien, aunque sigue siendo negocio, creo yo. Pero ustedes saben cómo son los trompas: siempre quejándose de que la cosa anda mal; y cuando la cosa anda bien, nada que dicen algo. Entonces, no hay cómo saber cuando está entrando plata de verdad.

-Claro -me dijo un día el trompa-, como tú cortái las entradas te fijái en la plata que entra no más, pero yo que tengo que ponerme con los gastos, veo la plata que sale.

Esta es la clave de un buen negocio, digo yo, que la plata que entra sea más de la que sale; lo demás son chamullos. Así es que, por más que se queje, a mí el trompa no me hace leso -aunque muchas veces yo tenga que hacer como que no entiendo y me trago sus cosas, para no tener problemas-; algo debe ganar o si no, no seguiría con el negocio. Y el año pasado abrió otro nuevo, claro que más paltón, en el barrio alto.

El hecho es que acá en el Barbazul somos rascas, ¿para qué negarlo? Cobramos más barato que nadie: \$150 la entrada, y da derecho a una bebida. Cómo seremos de rascas que desde que se echó a perder la máquina del café, hace como dos años, servimos puras bebidas. Pero a los tipos les da lo mismo; lo único que quieren es ver mujeres en pelotas, y uno les podría poner pichí en el vaso y se lo tomarían igual, sin darse cuenta.

Cobramos barato, pero, para ser francos, las minas no son muy buenas que digamos; las mejores luego se pegan el pollo. Claro que las cabras de acá son empeñosas: le hacen la figura que les pidan.

Al principio yo no me daba cuenta de nada. Cuando llegué a trabajar aquí, en el 80, vine recomendado por mi tío, que era mecánico jefe del garaje que tenía don Esteban, el trompa. El garaje se fue a la cresta y el trompa decidió instalarse con esto.

-Necesito alguien de confianza -le dijo a mi tío un día-, alguien que pueda sacar cuentas rápido, que no le tenga asco a las escobas, que no se le queden pegados los billetes en los dedos. Y sobre todo, alguien que sea vivo y despierto.

Y así llegué yo. En un comienzo no me tentó mucho la idea, porque lo que quería era ser mecánico. Y mi tío me había prometido que apenas se pudiera me ponía de aprendiz en el garaje. Pero, en vez de necesitar gente, con el tiempo iban echando a los que tenían, y al final hubo que cerrar el garaje porque pasaba desierto. Mi tío se quedó cesante, y yo con los crespos hechos; si incluso me estaba estudiando un manual de mecánica y muchas veces iba a ayudar al garaje por las puras no más.

¿Qué le vamos a hacer?; no pude negarme al ofrecimiento de venirme de portero al Barbazul, porque desde que había terminado la escuela comercial no encontraba pega fija en ninguna parte. Antes estuve unos meses de junior en una notaría por la Gran Avenida; ahí aprendí bastante, pero me cortaron luego porque se trataba de un reemplazo.

De primeras pensaba que esto del Barbazul era por un tiempo corto, pero de a poco me fui despidiendo de la idea de ser mecánico; no me costó tanto, porque ya antes me había tenido que olvidar de poder trabajar en un

banco o en algo que tuviera que ver con lo que estudié. No me explico para qué tanto perder el tiempo y la plata estudiando, si al final ya ni me acuerdo de todas las cuestiones que aprendí, y la verdad es que es bien poco lo que me ha servido.

Por ese tiempo las cosas en mi casa no andaban muy bien, y mi papá ya no quería pasarme plata ni para movilización siquiera; se quejaba todo el tiempo de mí, de que era un vago, de que para qué había servido tanta educación, de que me la pasaba con mis amigos en la esquina. Pero él sabía que no todo era culpa mía -aunque le costara reconocerlo-, y se daba cuenta de que me pasaba leyendo los avisos del diario por si aparecía algo. Claro, entiendo que el viejo anduviera con la mala: tiene como sesenta y está más que podrido de echar el bofe todos los días del año en la oficina.

En mi casa creían que trabajaba en un restaurante, y sólo mi tío, que es un gallo muy paleta, sabía la firme. Al poco tiempo conté que en realidad era portero de un café-topless -me dí cuenta que no tenía por qué andarlo ocultando, y se los solté de golpe, como con rabia-, y a ellos no les importó mucho. Me echaron algunas tallas y nada más. Bueno, nunca les ha importado demasiado lo que pase conmigo; con tal que de vez en cuando me ponga con el billete para los gastos.

En esa época los café-topless eran grito y plata; ahora ya no. Como en ese tiempo eran más novedad y no había tanta competencia, el negocio andaba bien y pasaba repleto. En los primeros días aquí en el Barbazul me lo pasaba mirando con la boca abierta, y andaba con la cuestión más tiesa que pata de perro envenenado. Como al tercer día el trompa me paró el carro:

-¿Por qué no te quedái en la puerta mejor y te

dedicái a las entradas en vez de andarte paseando como perro caliente por todas partes?

Quedé todo achunchado, pero después se me pasó y me fui dando cuenta de que uno se acostumbra a todo, incluso a ver minas piluchas. Al poco tiempo ya ni miraba y me interesa más ver la cartilla de polla-gol con el Rogelio que andar sapeando adentro.

Pero cuando apareció la Mercedes anduvo quedando la escoba, y yo me volví a poner cachudo: era lejos la más bonita y joven que había llegado por aquí. El trompa la bautizó como la **Reina del Topless**, le puso un aviso grande afuera y la dejó que bailara menos que las otras. Además, no le exigió que se dejara toquetear mucho.

O sea, la estaba regaloneando, como a todas las recién llegadas, o tal vez un poco más. Por supuesto que a las otras eso les cayó bomba, pero como sabían que no le iba a durar mucho la dejaron no más. No alegaron; claro que no es mucho lo que se puede alegar aquí. Se hacen chanchadas por debajo no más; saben que para esto cabras sobran, y como no tienen libreta ni nada, las que se ponen difíciles, para fuera y listo. Yo creo que le tenían envidia porque era la más linda, y un poco de pica también por ese gusto que se daba la Mercedes en andar fabulando sobre amistades con plata, paseos en auto, fotos que le iban a sacar para algún diario y chivas por el estilo.

La cuestión es que en los primeros días que la Mercedes trabajó aquí, yo me pegaba sus arrancadas para adentro a mirarla. Estaba asustada; se notaba que se anduvo impresionando su resto, ya que ella no tenía idea de estas cosas y pensaba que el asunto era con muchas luces y pompones, puro baile y empelotarse un poco, nada más.

Lo que más le impresionó -como a todos los que vienen por primera vez al Barbazul- fue el show de la

Mirta. Pero partió asombrándose del local, de lo chico que es; y en sus comentarios y miradas se filtraba un poco de desilusión al darse cuenta de que con luz normal quedan a la vista los millones de hoyos, quemaduras y manchas en la alfombra. Todo lo que en la penumbra estridente del espectáculo parece terciopelo y metal, resulta en realidad ser sólo cholguán forrado con género o papel plateado. Adentro no hay sillas ni nada; en una esquina, inmediatamente después de las cortinas de la entrada, está el mostrador donde el cliente entrega el vale que le doy cuando paga, y le pasan una bebida de máquina en vaso plástico. Un poco más allá, en una caseta que está como a un metro de altura, el Joaquín maniobra los controles de música y luces. Y al fondo, un poco tirado para la derecha, queda el escenario, que está montado sobre una tarima y frente a algunos espejos.

El escenario está rodeado, como a medio metro, por una barra parecida a la de los bares, pero sin asientos; tras ella se amontonan los clientes babeando y estirando los brazos. Aquí las niñas tienen que hacer su numerito de veinte minutos y, como son seis, actúan cada hora y media más o menos. Tras cada actuación algunas se pasean entre los clientes y sirven más bebidas si alguien pide, porque el trago está prohibido; es ahí cuando aprovechan de hacer sus negocios particulares. Otras, entre baile y baile, se pegan su arrancá y van a actuar a otro local y después vuelven.

Y así todo el día, desde las doce hasta las nueve de la noche. Pero no todos los números son iguales, aunque siguen una misma rutina: hay música muy fuerte, luces intermitentes de colores, que siguen el ritmo de la música, y un par de focos que iluminan el escenario. La mina sale bailando con un trajecito o bikini y se lo va sacando muy de a poco, hasta que queda pilucha.

Eso es lo que hacen todas y eso es lo que se hace en todas partes. Pero como la competencia con otros locales es brava, y hay que saber pelearse los clientes, aquí en el Barbazul hay algunas chiquillas que se encargan de que la cosa vaya bastante más allá. Son las cabras que ya tienen más edad o que no son muy bonitas que digamos, y están medio obligadas a hacerlo. La Mirta es una de ellas. Cuando termina de empilucharse, empieza a caminar sobre la barra, de modo que sus piernas quedan a la altura de la cara de los tipos. Ahí los clientes se amontonan y llegan a empinarse para toquetearla; ella se deja, se abre de patas y algunos alcanzan a babosearla un poco; hasta llega a hablarles con una voz ronca, haciéndoles creer que se muere de gusto. Les hace las piruetas que le pidan y a los tipos les faltan manos y ojos: a más de uno lo he visto medio disimulado corriéndose la paja ahí mismo. Ella pone unas caritas como si no pudiera más de caliente, cierra los ojos, se llena las manos de saliva y comienza a acariciarse por entre medio de los muslos y las pechugas, se pone a gemir mientras gatea por el escenario, y después -estando ya toda transpirada- de nuevo se pasea por la barra, donde el garumajen está que aúlla. Pero no hay que creerle nada: le da todo lo mismo y en lo único que está pensando es en cuánto falta para que termine su turno.

Por eso que uno nunca puede saber cuándo estas cabras están hablando en serio o no: saben engrupir y contar verdaderas telenovelas. Es cierto que las chiquillas tienen sus problemas también: casi todas deben mantener críos o familias, y a una que otra no le falta el cafiche que se lleva su parte. Pero la verdad es que nadie las obliga a trabajar en esto, lo hacen porque les gusta. Claro, no es que les guste tanto eso de andarse empiluchando y que docenas de manos mugrientas, más calientes

casa. Lo que les gusta de verdad es el billete que reciben cada sábado, y saben que en ninguna otra pega podrían sacar las veinte o treinta lucas que por lo bajo se hacen al mes.

La Mercedes se anduvo tranquilizando cuando el trompa le aseguró que ella ganaría igual que las demás, pero que no estaba obligada a hacer lo mismo. Eso la hizo que se creyera más la muerte, y le permitió encerrarse en una atmósfera de dignidad y distancia que las otras bombardeaban a punta de tallas y secretos burlones. Debe haber necesitado harto la pega, porque se notaba que igual la cosa no le gustaba mucho.

Fue difícil para ella al principio, aunque nunca lo reconoció. Durante muchas semanas se le notó nerviosa con los clientes. Y en eso las demás chiquillas trataron de ayudarla, pero le costó aprender que desde el escenario podía hacer lo que quisiera con los gallos; que es muy rara la vez que alguno se sobrepasa y que para eso está el Eduardo, todo el tiempo vigilando, para echar a los curados que se ponen a hacer escándalo y proteger a las niñas. Es una pega delicada la del Eduardo, porque tiene que pararle el carro a los patudos, pero sin que se note mucho, porque cualquier boche puede ahuyentar a los clientes, que no quieren saber nada con peleas ni tiras.

Lo que pasa es que aquí viene de todo: viene el empleado, que en vez de ir a tomar su colación entre una y dos, prefiere instalarse aquí todo ese tiempo; viene el vago que anda todo el día aplanando calles, y que cuando se consigue los pesos necesarios se la pasa aquí adentro todo el día, hasta que hay que echarlo en la noche para poder cerrar; vienen los cabros que cuidan autos en la esquina; los juniors que andan por el centro y que, entre trámite y trámite, aprovechan de entretenerse un rato; los obreros de alguna construcción, que se aparecen en lote

después de la pega; en fin, vienen viejos jubilados con cara de reventados y mirada de locos, cabros de colegio y hasta uno que otro gallo con pinta de ejecutivo, hasta con maletín y lápices asomándoles por los bolsillos de la chaqueta. Y todos se mezclan y revuelven alrededor del escenario, más alborotados que cumpleaños de chimpancé.

Llevo tanto tiempo aquí en esto, que a veces tengo la sensación de que todos los días vienen los mismos; que no se cambian de caras ni de ropas; que algunas veces están más bulliciosos que otras, unos días gastan más, otros menos; pero siempre los mismos, como un rotativo que exhibiera todo el tiempo la misma película.

Algunas semanas después que la Mercedes llegó a trabajar aquí, pasó algo que rompió el hielo y nos hizo más amigos (es decir, que nos permitió empezar a tejer esas amarras mezcla de complicidad y dependencia que se llama amistad). Después de eso, se sintió agradecida de mí y se vio tentada a hacerme confidencias. Por eso yo no soy partidario de tener muchos amigos: no me gusta verme obligado a sentirme agradecido de nadie, ni andar contando mis cuestiones como las mujeres. Pero, en fin, se me olvida que no estamos hablando de mí sino de la Mercedes.

Como al mes de llegar la Mercedes, entonces, cierto día como a las cuatro de la tarde (tiene que haber sido a principios de semana porque había poco movimiento) vi que una señora ya mayor entraba al caracol y miraba directamente hacia el local nuestro. Ya les he explicado que, desde donde yo estoy en la entrada, puedo ver gran parte de los niveles del caracol porque estamos al fondo del último piso, frente a la entrada.

Cuando alguien entra al caracol, yo me doy cuenta al tiro si viene al Barbazul o no. Algunos se tratan de hacer los disimulados y primero vitrinean un poco, porque

les da vergüenza encontrarse con algún conocido. Esos, los vergonzosos, primero caminan despacito por el primer nivel y cuando pasan al segundo, donde los locales vacíos empiezan a ser mayoría, entonces, miran hacia todos lados y empiezan a caminar más rápido, hasta que en el tercero ya no tienen cómo disimular para dónde van, y caminan más rápido todavía, con la cabeza gacha. No todos son así; cuando vienen grupos de cabros, por ejemplo, suben riéndose y echando tallas en voz alta, sin que les importe mucho que se sepa a dónde van.

Por eso que esta señora me desconcertó. No sólo porque era mujer, sino también porque caminaba derecho al local, sin mirar a ningún lado, como si fuera a llegar atrasada. Yo le pegué un codazo al Rogelio, el de la peluquería del tercer nivel que a veces sube a conversar conmigo, y le dije:

-Mira, la vieja esa viene a buscar pega.

A veces le largo bromas al Rogelio sólo por verlo: se ríe con la garganta, como si se estuviera ahogando y de a poco se va poniendo colorado. Además, nos reímos de cualquier cosa, y eso es bueno porque a veces uno está aquí en la entrada más aburrido que caballo de feria.

-Esta bien buena la vieja -me dijo-, con las luces bien oscuras se le puede sacar trote.

La señora se me planta delante y me dice con la voz bien tirante y algo nerviosa:

-La señorita Mercedes Araya, por favor.

Ustedes la podrían reconocer: se trataba de una de esas viejas chicas, con bigote y guatona, con más rollos que botella de fanta, con pinta de buena para los gritos. De esas viejas que se sientan en el borde de las sillas, con las piernas cruzadas, y que se pasan dándole de tirones a la falda, como si a alguien se le fuera a ocurrir

cuartearse con ellas. Cuando me topo con una de esas altiro compadezco al marido, sin necesidad de conocerlo.

Yo caché altiro la situación; ya antes había pasado algo parecido.

-¿Cómo dijo? -le pregunté, haciéndome el pavo-, ¿Mercedes cuánto?

-Mercedes Araya. Trabaja aquí, ¿no es cierto?

Lo dijo como si la hubiera pillado robando. La desconfianza y la sospecha se reflejan en todo su cuerpo fofo; en sus ojos redondos con pliegues pesados y grasosos, en su boca entreabierta; en sus manos enrojecidas que no sabía dónde poner y que al fin terminaron estrujando su cartera negra y brillante, en la que se apoyaba como si fuera un bastón.

-No señora, aquí no trabaja nadie con ese nombre, debe ser en otro local.

-¿Está seguro?, ¿éste es el Barbazul, no? Me dijeron que era aquí.

Alegó un rato, pero terminó yéndose no muy convencida. Por suerte todavía no habían fotos de la Mercedes en la entrada, porque la vieja también les echó un vistazo antes de irse murmurando algo de que éramos un antro de atorrantes y degenerados.

A la Mercedes casi se le cayó el pelo cuando le conté; no se imaginaba quién podría haberle ido con el cuento a su mamá.

-Cualquiera puede ser -le expliqué-, seguramente algún gallo de tu población que te vio aquí.

Se le pusieron los ojos redondos como huevo frito, igualitos a los de su mamá: parece que nunca se le había ocurrido que algún conocido la pudiera ver allí. Entonces fue que me contó que quería irse de su casa, poder hacer su propia vida, seguir con su carrera (así mismo dijo, ¡imagínense!: su carrera), quería estudiar baile moderno,

tener un lugar decente donde poder recibir a sus amigas y no en su casa llena de perros, plásticos en lugar de vidrios y cabros chicos con los mocos colgando y olor a caca. Todo eso la ponía enferma y no se aguantaba las ganas de demostrarles que ella era otra cosa y que no pensaba quedarse enterrada en el barro.

Pero todavía no era posible; estaba juntando plata pero no le cundía mucho. En su casa no sabían que trabajaba en un café-topless, y si su madre se enteraba se iba a armar la grande. Parece que ella andaba todo el tiempo criticándola y tratando de controlarla: que cómo se vestía, que qué horas de llegar son esas, que las amiguitas que tenía no le convenían, que la música no se puede poner tan fuerte, que no porque estuviera trabajando tenía derecho a descuidar sus deberes en la casa ni faltarle el respeto a sus mayores. Yo creo que eso es lo que pasa cuando no está el hombre en la familia; a la Mercedes el papá le había faltado desde siempre y entonces fue la mamá la que tuvo que hacer todo... y así al final no se termina haciendo nada bien.

El hecho es que de ahí para delante tuvo cada vez más problemas en su casa; además, de a poco le dio por el trago. El asunto se fue poniendo más jodido cuando empezó a volverse tarde, desde que se levantó al guarén ese que le hizo la cochinada. Al fulano yo lo había visto varias veces en el local, pero eso no me extrañaba para nada, porque es bastante común que los clientes se repitan el plato. Me llamó la atención cuando empecé a verlo llegar como a las nueve para esperar a la Mercedes. Primero se me ocurrió que era cuestión de un negocio particular de la cabra, porque aquí las chiquillas tienen libertad para verse con los clientes después de la pega; así muchas de ellas se hacen sus pesos extra. Claro que no dejaba de ser raro, porque nunca había visto a la

Mercedes en esos trotes, y las demás siempre le echaban tallas por eso.

Pero después caché que no se trataba de eso. Una noche yo estaba en el paradero, en la esquina de San Antonio con Huérfanos; eran como las once, hacía frío y desde un buen rato esperaba que pasara la micro, más helado que candado de potrero. Cuando en eso los veo pasar, saliendo de un cine y abrazados como jaivas en lucha. Puchas, me dije, de tanto tirar el anzuelo parece que a la Mercedes le picó algo.

El tipo no volvió más a mirar el show. Venía un día de cada tantos y la esperaba a la salida. La chiquilla andaba contenta; antes de salir se pintaba como payaso y cantaba canciones en voz baja todo el tiempo. Eso debe haber durado como uno o dos meses, no me acuerdo bien. De un repente el tipo no se apareció más y la Mercedes se empezó a poner más saltona que canasto de güatitas. Y triste; andaba barriendo el suelo con la cara y cuando se iba invariablemente me preguntaba:

-¿No ha venido nadie a preguntar por mí?

-Sí -le dije una noche-, vino Vodanovic a preguntar si quería acompañarlo a animar el festival de Viña.

-¿Por qué no te metís tus bromitas por el culo mejor?

Mal genio la cabra. Pero yo no me enojé; cuesta re'harto para que yo me enrabie. Y la firme es que la Mercedes andaba volando tan bajo que daba pena. Yo nunca opino si no me preguntan; y si ella me hubiera preguntado yo le habría dicho que a mí esa cosa siempre me olió mal. Pero no me preguntó nunca nada, y yo nada que le dije tampoco.

Y no es porque sea adivino; pero me fijo y ya sé que siempre pasa lo mismo. Los tipos no pueden tomarse a ninguna de estas cabras en serio, a no ser que ellos sean del mismo ambiente. Es lógico, no son chiquillas que se

puedan presentar a la familia ni a los amigos; son mujeres para hueviar no más. Las mujeres para pololear son otras, y los hombres las buscan en otras partes; a nadie le puede parecer bien que la mujer de uno se ande empelotando en público, ni puede pensar en casarse con alguien así. A no ser que le ande fallando alguna tuerca en el coco.

Y no es solamente por vergüenza, no es cosa que los gallos no sean patudos ni se atrevan: es que, en el fondo, los fulanos desprecian a estas cabras. Vienen a verlas porque no les queda otra: no tienen con quién echarse un polvo tranquilo o la bruja de la casa los tiene aburridos. ¿Y para qué estamos con cuestiones?, las chiquillas también los desprecian a ellos y se ríen en su cara de cómo los manejan a su pinta desde el escenario.

Por eso es que el asunto no cuadraba.

El último día que los vi juntos fue como dos semanas antes de que la Mercedes se despachara. Eran como las diez de la noche y ya no quedaba casi nadie en el Barbazul. Apenas se cierra el local las chiquillas se cambian de ropa y parten corriendo, porque algunas tienen que llegar a sus casas y otras siguen con la pega en boites... o en la calle.

Yo estaba limpiando los baños antes de irme. No se equivocan si piensan que es la parte de la pega que más me carga. Deberían verlo: hay que barrer y trapear el piso que está lleno de vasos plásticos, puchos y cuanta porque-ría se imaginen; hay que sacar y vaciar el canasto lleno de papeles y mugres; hay que echarle cloro a los water y todo ese tiempo estarse tragando un olorcito más fuerte que caballo de bandido. Y a pesar de que uno limpie bien, cosa que no hago muy a menudo, el olor sigue y se mete hasta en la ropa.

Cuando tocaron el timbre no quise salir a abrir; pero después empezaron a golpear la puerta como si fueran a

romper el vidrio. Y ahí estaba el gallo, con el mismo terno que andaba siempre, y un tonito de voz como animador de quinta de recreo. Si quería engañar a alguien se podía esperar sentadito: se notaba que era igual que uno no más, aunque anduviera con uno de esos relojes a cuarzo enormes y con muchas teclas. Tuve que dejarlo pasar porque la Mercedes me pidió que le permitiera esperarla adentro mientras ella terminaba de arreglarse.

Para que ustedes se ubiquen: el baño de los clientes que yo estaba limpiando está pegadito al camarín de las niñas, y así fue que yo pude escuchar toda la discusión que tuvieron. Tuve que tragarme el olor todo ese tiempo, pero sabía que valía la pena. Hace ratito que aprendí eso: mientras de más cosas se entera uno, mejor le pueden servir cuando menos se imagina. Por momentos no escuchaba nada, porque ella le pedía que bajara la voz, pero al minuto ya estaban a los gritos de nuevo. De partida, él entró puteándola:

-¿Por qué andái preguntando por mí en la pega?; ¿no te dije que no te aparecieras por ahí? Me estáis jodiendo harto y ya me tenís medio aburrido.

Y de ahí se fueron como por un chorro: él hablando golpeado y haciéndose el enojado; ella entre lloriqueos y amenazas, dolida y cobrándole sentimientos.

Era evidente a todas luces que el tipo quería virarse, pero algún miedo tenía también. Le gritó que no lo molestara más, que esa cuestión entre ellos ya se había acabado, que él no tenía ninguna obligación de andarla ayudando ni sacándola de los corchos en los que se metía. Si todas las mujeres son iguales, se quejó, creen que uno es huevón; quizá a cuántos otros ella le iría con la misma chiva; pero que él no tenía ni un pelo de tonto y que no se atreviera a seguirlo molestando en el trabajo; que había sabido que ella andaba preguntando por su dirección, pero

que si se le ocurría aparecerse por su casa la iba a sacar a patadas.

Ella también le hizo su numerito. Que por qué no le contó que era casado, que se equivocaba si la tomaba por una más del ambiente, que si acaso ella no tenía derecho a exigir que la respetaran, que por qué no se daba cuenta que se había entregado por amor, que no tenía vergüenza de hacer lo que hacía porque la vida había sido dura con ella, y si ahora se estaba sacrificando era por su vocación de llegar a ser una artista...

Yo no sé si la Mercedes se creía o no todas esas cosas. Capaz que sí, porque la voz le hacía hipo y decía "amor" como si estuviera transmitiendo por un parlante: era como para salir arrancando, y estaba claro que eso era lo que el tipo iba a hacer. Especialmente después que ella le dijo que tendría que apechugar porque el cabro que estaba esperando era de él.

Y claro, el tipo tenía su cuento más preparado que testigo falso:

-¿Y cómo sé que el huacho ese es mío? Si no te sabís cuidar es asunto tuyo; yo no voy a andar poniendo la cara por cada puta que le pasan un gol.

Con eso la hizo de oro: ahí vino el llanterio y la cuestión parecía película mexicana. Yo le iba agarrando pica al tipo, pero también a la Mercedes, porque no se puede ser tan pava y daban ganas de gritarle que se ubicara un poco, que debería saber que en el momento de los quiubos esos tipos son más inútiles que condón de mimbre.

Además de asfixiarme, a esas alturas me estaba acalambrando de estar tanto rato parado dentro del baño. Así es que me alegré cuando el tipo se fue dando un portazo, y al rato partió la Mercedes, con olor a pisco y lloriqueando.

En los días siguientes traté de fijarme en ella, pero andaba muy corrida y contestando a puros gruñidos. Me enteré que el trompa la anduvo retando porque las otras cabras le fueron con el cuento de que estaba actuando medio borracha. En realidad, es harto frecuente que las chiquillas trabajen con algo de trago en el cuerpo -para relajarse y combatir el frío, dicen-, pero parece que a la Mercedes se le anduvo pasando la mano porque un día hubo que sacarla del escenario cuando se cayó, y ahí mismo se puso a roncar.

Es curioso, habían pasado unos meses apenas desde que llegó, y a la Mercedes se le había quitado para siempre ese aire de niñita que le encantó a don Esteban al principio. Ahora parecía otra persona; la carrerita que otras se pegan en años, la Mercedes se la hizo en meses: estaba más gorda, más vieja; ya no ensayaba los bailes como acostumbraba a hacer antes, y le daba lo mismo que los tipos la tocaran. En los primeros tiempos, partía corriendo a lavarse después de cada número; en cambio ahora, se paseaba entre los clientes con una mirada burlesca y los brazos caídos, en una pose que sólo un imbécil podría confundir con cansancio.

Yo estoy seguro de que la Mercedes se suicidó. Es cierto que no dio ningún aviso, ni dejó la típica carta de despedida, pero por lo mismo: la gente que hace muchas amenazas y alharacas, es más lo que busca impresionar que lo que hace al final.

Ese viernes yo había revisado bien todo antes de cerrar, como siempre, y -tal como le expliqué diez veces al detective que me interrogó- no la vi por ningún lado. O sea, tiene que haberse escondido en alguna parte para quedarse sola de noche en el local. Puede haberse fondeado en el baño después que yo lo limpié, o debajo de la tarima, o detrás del mostrador, o qué sé yo dónde.

El sábado en la mañana la encontré. Llegué aquí como a las ocho, igual que de costumbre, para terminar de hacer el aseo, ver los pedidos de compras que hagan falta y todo eso. Siempre trato de llegar temprano, porque el trompa se aparece por aquí como a las once y le gusta que a esa hora esté todo listo y ordenado.

Y ahí me topé con la Mercedes, acostada con su ropa de calle en el sofá de la oficina; parecía una guagüita por lo acurrucada que estaba.

-Levántate Mercedes -le grité, sorprendido de verla ahí-, si te pilla el patrón durmiendo aquí te va a llegar.

Pero en eso me voy fijando en el colorcito que tenía; el rimmel todo corrido, vomitada por todas partes y con una posición medio rara de los brazos, como una grotesca pirueta de trapecista, paralizada a medio camino. Le grité de nuevo y me fui acercando lentamente; la empecé a zamarrear... y nada. Me anduve asustando bastante; al principio no sabía qué hacer; le eché agua, viento; pero para mis adentros yo ya estaba seguro que la cabra estaba muerta.

Partí corriendo al teléfono público del primer nivel, para llamar al trompa a su casa, y le conté todo. Tuve que repetírselo, porque al principio creyó que yo estaba curado. No sé qué se habrá imaginado, porque lo primero que preguntó es si acaso había desaparecido algo. Me insistió en que no me moviera del local ni le contara a nadie más; que él vendría altiro, después de llamar a los pacos y a la ambulancia.

-Una cosa sí podís hacer- me dijo, antes de cortar-: llévala para el camarín mejor, mira que si los pacos la ven en mi oficina, pueden andar pensando cuestiones raras.

No se le va una al trompa. Me costó harto trasladarla, pesaba mucho y estaba medio tiesa. Se me resbalaba a

cada rato y tropecé varias veces, estuve a punto de caerme a la pasada de la puerta; nunca me habría imaginado que era tan difícil acarrear un fiambre. Terminé arrastrándola de los sobacos mejor; y ahí me di cuenta que estaba a pata pelá y con las uñas de los pies pintadas color morado. Le hacen juego con el color de la cara, pensé. Cuando la dejé en el sillón del camarín, casi me cago de susto, porque se le abrió la boca, le asomó la punta de la lengua y cayó un poco de vómito en un hilito amarillo y espeso que le corrió por el cuello hasta la ropa.

Volví a la oficina a limpiar el sofá y el piso; estaba todo más pegoteado que perro de garaje. También ordené un poco porque habían varias sillas por el suelo y puchos apagados en cualquier parte: en la alfombra, la mesa, el borde de la lámpara. Encontré una botella de pisco vacía y la llevé para el camarín. Y ahí me quedé, sentado en el suelo, cansado, medio tiritón y respirando por la boca. Estuve así hasta que llegó don Esteban, como a la hora parece, aunque a mí se me hizo eterno. Todo ese tiempo esperando, sin poder dejar de mirarla, y sin atreverme a cerrarle los ojos. Y dále pensar y pensar; en la cabeza todo me daba vueltas y no lograba encontrar una respuesta. Todavía no lo consigo.

No podía explicarme por qué hizo eso la Mercedes; por más que sigo pensando, ahora tampoco puedo. En realidad, su situación no era tan desesperada; iba a tener que hacerse un aborto y para eso le falta plata, pero esas cosas se pueden arreglar. No sería la primera que saliera de un corcho como ése, ¿no? En todo caso, eso era más fácil que pensar en tener un crío, como están los tiempos y con esa mamita de oro que se gastaba la Mercedes.

Es cierto que también estaba el problema de la pega, y con eso se le ponía más difícil la pista: hacía como dos días que el trompa la había echado y tenía sólo hasta fin

de mes en el Barbazul. Claro, a don Esteban no le gustan los líos, y cuando yo le conté el rollo en el que estaba la Mercedes a él no le gustó nada la cosa, y supuso que vendrían los problemas. O tal vez la echó porque le dio pica que la Mercedes se metiera con otro tipo, cuando a él nunca le aguantó el salto. A mí me sorprendió que la echara, pero en esas cuestiones no me meto, él tendría sus razones y yo tenía que contarle lo que le conté; es parte de mi pega, ¿no?

Puede que hayan sido muchas cosas juntas para la Mercedes. De un repente todas sus ilusiones se fueron a la cresta: el tipo que se vira, el aborto que tendría que hacerse, el trompa que la despide. De un día para otro cachó el cuento en el que estaba metida; le apretó el zapato por todas parte y ahí debe haberse dado cuenta de que todas sus películas las veía ella no más. Se pegó la palmada de que por ese camino iba derechito a puta y no a artista.

Así, de golpe, se debe haber visto con todo el pastel en la mano y no supo qué hacer. Aunque, ahora que lo pienso de nuevo, quizá no es que no se haya visto capi de hacerle frente a todo eso que se le venía por delante, sino que prefirió morirse en lugar de resignarse. Quizá el asunto del aborto y su despido sólo le vinieron a mostrar lo que verdaderamente era, de dónde venía y para dónde iba. Entonces se suicidó, no por loca, porque loca había sido hasta ese momento, sino por rebeldía, por la rabia e impotencia que sintió al ver que se le cerraban todas las puertas; al ver que ningún camino le permitía huir de la pobreza para ingresar a ese mundo de fantasía al que se aferraba con desesperación. Al revés, pareciera que todos los caminos que hubiera podido recorrer iban a enterrarla más todavía en el barro, como decía ella.

Por eso yo siempre digo que hay que saber en lo que

uno se mete, y tener el cuero que haga falta. Si no están de acuerdo conmigo, piensen en la historia de la Mercedes -así como yo he pensado hasta gastarme el coco-; ella andaba por el lado de los quesos y, cuando por fin vino a aterrizar, no fue capaz de apechugar, o no quiso porque andaba con la cabeza puesta en que la vida es como en las teleseries. Pero la vida no es como en las teleseries, aunque a veces se le parezca, y eso la mayoría lo sabe, por eso no se suicidan. Pero hay otros que esperan en vano la llegada del jovencito que venga con el final feliz debajo del brazo, y envuelto en papel de regalo. Y a la Mercedes no le llegó ningún jovencito a salvarla, sino una pura patota de picantes que lo único que quería era hacer con ella lo que ustedes están pensando, para después ahuecar el ala. Entonces, tiene que haberse dado cuenta lo sola que estaba.

Pero en fin, que me perdonen pero algo bueno hay en todo esto al final y al cabo; y es que el trompa se dio cuenta de que puede contar conmigo y que para hartito le sirvo, si es que acaso no se había dado cuenta antes. Ya le he hecho demasiadas paleteadas y no podía negarme de nuevo la gauchada que le tenía pedida hacía tiempo: me va a llevar a trabajar con él al otro local del barrio alto.

Allí cambia la cosa: se gana más, corren las propinas, se conoce gente y hay más personal, no es todo tan sacrificado. Voy a empezar haciendo el aseo, las compras y los trámites; podría tomar más responsabilidades, la cosa es saberle cumplir. Claro, yo tengo que pensar en mí mismo y no me la puedo pasar toda la vida igual; ya me voy acercando a los treinta y no quiero ser portero toda mi vida. Allá, en el otro local, voy a tener más posibilidades, y debe ser más enchado trabajar en el barrio alto. Total, éste es un negocio como todos y mi trabajo es como cualquier otro.

dades, y debe ser más encachado trabajar en el barrio alto. Total, éste es un negocio como todos y mi trabajo es como cualquier otro.

**LA VERGÜENZA
DE LA SEÑORA
ANA**

La historia de la señora Ana y su vergüenza no es una gran historia. Ustedes saben: es de ésas que no aparecen en los diarios ni se comentan en los paraderos de micros; de esas cuyos desenlaces no mantienen intrigado a nadie. Pero, aun tratándose de una historia mínima, sigue siendo de aquellas que no pasan inadvertidas al atento ojo del cronista, que con su pluma las rescata del anonimato y las vuelca al papel.

Incluso, si alguno de ustedes fuera a preguntarle a la propia señora Ana por la historia de su vergüenza, lo más probable es que lo mire desconcertada y no sepa qué responderle. Y sería verdad; ella no es de andar ocultando cosas - al menos no más de lo que lo hacemos ustedes y yo-, y si le jura que no tiene idea qué es lo que le está preguntando, es porque no tiene idea. En serio.

Bueno, podrán alegar legítimamente los lectores que a estas alturas aún dirigen sus piadosas miradas hacia los garabatos de un servidor, ¿en qué quedamos?, ¿es que acaso existe una historia o no? Y el cronista responderá -resbalosamente como si fuera un baboso intelectual- que sí, que en algún sentido sí existe una historia que contar, y que intentará hacerlo tal como la conoció él, sin añadir ni quitar nada substancial, sino sólo poniendo uno que otro toque de ambiente al asunto cuando no se aguante las ganas. Sin embargo, por todo lo dicho hasta ahora, no vayan a creer que se trata de una historia simple y corta. El cronista, empeñado en ahorrar tinta propia y paciencia ajena, se siente obligado a ser breve, presentando sólo algunos gruesos brochazos; pero en verdad el comienzo de la historia se remonta quizá a cuándo, su desarrollo no tiene nada de simple, y todos los días podría tener un final nuevo y diferente.

Pero, como todo relato necesariamente ha de tener un principio, supongan que éste se inicia en la mismísima

casa de la señora Ana, más específicamente en la cocina. Se trata de una mediagua de madera, con ventanas estrechas y un patio más pequeño que grande. Frente a la cocina está el comedor, sin que ninguna puerta los separe; un poco más allá, dos piezas divididas por un delgado tabique forrado en papeles de colores; en las paredes hay fotos de antiguos calendarios cuyas páginas fueron arrancadas. En esas imágenes, en alguna época brillantes, se observan figuras religiosas, mujeres elegantes con vestidos escotados y sonrisas impecables, escenas de Navidad en tierras lejanas, donde se mantiene la hermosa costumbre de recibir al viejito pascuero con nieve limpia y redonda como algodón. También hay algunos muebles en los que el tiempo ha dejado una huella evidente, y un televisor enorme -de esos antiguos enchapados en madera-, ubicado de modo que se pueda ver simultáneamente desde el comedor y la cocina. Sobre el único mueble sólido de toda la habitación, un estante que está pegado a una de las paredes, se aprecia una foto enmarcada en un opaco metal y bajo un grueso vidrio: el retrato es en blanco y negro, muestra a una pareja sonriente tomada de la mano en una de las terrazas del cerro Santa Lucía; se nota que es un día de verano porque ella viste una falda clara y una blusa de manga corta; él lleva una polera de cuello redondo y un suéter colgado a su espalda, con las mangas enlazadas sobre su pecho. Las líneas de sus rostros dibujan una expresión apresurada, mezcla de alegría nerviosa, candor, pudor también y algo de atrevimiento.

Pero hay que volver a la cocina. Si ustedes pudieran verlo en vivo y en directo, observarían que está anoche-ciendo y que la señora Ana se encuentra acompañada de un hombre, su marido. Ambos se ven bastante diferentes a la pareja de la foto; pero no es sólo que el tiempo ha recorrido con paciencia sádica cada franja de piel, no es

sólo que ahora no se vean jóvenes. Es que el paso de los años, y con ellos la anhelada madurez que al final se termina por detestar, ha neutralizado los recuerdos, hasta hacerlos irreconocibles.

Los niños no se divisan por parte alguna; es posible que estén en casa de algún vecino, con su tía que no vive lejos de allí, o en la "plaza": nombre mitad irónico, mitad pretencioso, con el que se designa a un duro peladero en desnivel, con algunos bancos, piedras pintadas con cal y el infaltable monolito para clavar un mástil generalmente ausente.

Sea como sea, está la cocina con sus paredes tiznadas y el vapor que se encarama hacia el techo, está la noche que se aproxima rápidamente y está la señora Ana con su marido. A ella el cronista ya la ha mencionado, aunque no ha dicho que es morena, delgada y baja, que tiene 32 años, pero representa mucho más, que su pelo es corto, y que cuando ríe -en más ocasiones de las que podríamos creer-, lo hace sin temor de que se vea su despoblada dentadura, triste recuerdo de tres embarazos y sus respectivas lactancias en un cuerpo insuficientemente preparado.

El tiene un par de años menos, pero se ve bastante más joven que ella. Está sentado en la orilla de un banco de madera, muy cerca de la cocina, casi pegado al calor de una olla en la que hierven algunas papas. Ella camina de un lado a otro del estrecho cuarto, limpiándose a cada momento las manos en el delantal, en un gesto constante, nervioso y automático. El banco rechina fuertemente a cada movimiento del hombre, y, cuando eso sucede, la mujer alza el volumen de su voz, mientras sigue cocinando, en un accionar que se torna cada vez más enérgico.

Los rasgos del hombre, con su boca entreabierta y los ojos fijos en el suelo, revelan sorpresa y disgusto; la expresión de ella muestra irritación y decisión. Están

discutiendo (¿qué falta hace decirlo?), y al parecer llevan un rato en ello. El está acostumbrado a que las peleas con su mujer sean breves. La rutina de poder decir siempre la última palabra lo ha habituado a no tener que responder siempre con argumentos, y a confiar en los inevitables efectos que tienen sus amenazas cortantes: frente a ellas, la señora Ana baja los ojos y se muerde sus opiniones, en una falsa sumisión que tiene por objetivo que las cosas no pasen a mayores.

El se da cuenta de que esta noche no es tan fácil; también tiene muy claro que la transformación ha comenzado ya hace un tiempo, cuando ella comenzó a asistir a esa extrañas reuniones en la parroquia. Desde esa época, más de una vez, al volver a casa en la tarde, no ha estado para servirle una taza de té; incluso una noche debió calentar él mismo la comida. De manera lenta y progresiva, ha estado cada día menos dispuesta a ceder tan fácilmente en las discusiones, y él intuye que no es conveniente insistir sobre el tema. De a poco la discusión ha ido disminuyendo de tono y el silencio se ha apoderado de la habitación.

De improviso se levanta del banco, como si el puro ir y venir de las frases hubiese bastado para acumular motivos suficientes; se acerca rápidamente a la puerta y, antes de salir cerrándola con un golpe, la rabia asoma nuevamente a sus labios en forma de sentencia inclemente e inapelable:

- A mí no me esperen a comer.

Afuera hace frío; la noche está despejada y la presencia enorme y cercana de la luna derrama sueltamente su luz blanca sobre la ciudad. Aun así, maldice por lo bajo a quienes han apedreado las ampolletas del alumbrado, en una de las primeras protestas que hasta ahora siguen causando tanto revuelo. La Municipalidad, por supuesto, no

ha repuesto las luces quebradas y, en los días nublados y sin luna, las calles de la población se ponen tanto más peligrosas por los cogoteos que por los hoyos y pozas que en la oscuridad desafían al transeunte.

La población está situada en los márgenes de la ciudad, encaramada en los primeros cerros que anuncian muy gradualmente la cercanía de la cordillera. Desde esa altura, en noches claras como ésta, puede divisarse un mar de puntitos brillantes que parece tener vida propia: miles de calles y avenidas se amontonan allá abajo; casas y edificios, poblaciones, campamentos y barrios residenciales. A esa distancia, la existencia luminosa e imprecisa de la ciudad la hace aparecer como si fuera un conjunto ordenado y homogéneo.

Por estar en altura, aquí suele correr una fresca brisa que escasea en el resto de la ciudad. Mientras el hombre camina con paso apresurado y las manos en los bolsillos, esa brisa se torna helada y atraviesa fácilmente su delgado suéter, envolviendo su pecho y cuello. Se arrepiente de no haber cogido la parka antes de salir. Ahora no puede regresar a buscarla; no sabría explicar por qué, pero hacerlo sería como reconocer una pequeña derrota.

En cortos minutos recorre las cuatro cuadras que lo separan del clandestino de don Jaime. A medida que se acerca, su lengua fría y árida siente con más rigor la necesidad del cálido vino. Entra al local y se dirige con seguridad al mesón que atiende Marcelo, hijo mayor de la familia: un joven gordo y prematuramente calvo, como su padre.

-¿De qué tenemos sed don Efraín?

-¿De qué va a ser pues?, tinto no más.

-¿Una caña?

-Un loro grande mejor; ¿pa'qué vamos a andar a

medias? Claro que voy a tener que quedarte debiendo, pero el fin de semana te pago todo junto.

-No hay problema don Efraín.

Efraín -ahora ya saben su nombre- se resbala sobre una silla y mira a su alrededor, decepcionado de que entre los clientes no se encuentre ninguno de sus amigos. Enciende un cigarrillo y comienza a beber a tragos breves y profundos, tratando de que le dure lo más posible. Pero sabe que eso es difícil, porque a medida que el vino recorre su boca y se detiene en su garganta, para luego desbordarla e inundar todo su cuerpo, cada rincón de sus músculos, cada fibra; a medida que sus huesos y tendones se contagian de un dulce flotar en la nada, siente más y más sed.

Don Jaime entra al local, habla en voz baja con su hijo y saluda con un gesto a los otros. El clandestino está instalado en el patio de su casa, en una pieza que construyó especialmente hace algunos años, cuando se aburría de intentar vender los muebles que él mismo fabricaba y metió todo su magro capital en unas cuantas chuicas, la pieza, algunas sillas, jarros y vasos. Es verdad que en ese sector ya existían varios clandestinos, pero a él le traen directamente un pipeño en toneles desde Rancagua, por lo que puede ofrecer precios ventajosos. Además, todo el mundo sabe que siempre hay lugar y clientes para uno más. Apenas unas semanas después de haber comenzado a funcionar confirmó su presunción de que se trataba de un negocio redondo y, simultáneamente, como si le bastase ver beber a los demás, fue perdiendo poco a poco el gusto por el trago, hasta que dejó de tomar por completo.

Varias veces los vecinos lo han denunciado por la bulla y las peleas que se arman con frecuencia; pero don Jaime posee decisivos contactos y misteriosas influencias que actúan como un manto protector. En la población se

especula sobre la estrecha amistad y los tratos que mantiene con la jefa de la Unidad Vecinal, la cual, a su vez, tiene llegada directa en la Municipalidad. Y todos saben lo que eso significa: vale la pena andarse con cuidado, en la población nunca se termina de conocer a la gente: cualquiera puede ser delatado... cualquiera puede ser delator.

-Dicen que nos van a cortar a todos los del POJH.

El recién llegado que le habla a su espalda es Pablo, vecino del sector y muy compinche de Efraín, desde que hace unos meses trabajan juntos en el POJH de la comuna. Lo invita a sentarse a su lado y pide un vaso para él.

-Así andan diciendo -replica luego de unos momentos-, parece que tenemos hasta fin de mes no más.

-Pero no importa -dice Eduardo, burlón-, total, hay harta pega en todas partes.

Y ante la mirada entre sorprendida y sospechosa del otro, agrega en tono de extrema confianza:

-Lo que pasa es que con tanta cesantía no se nota.

Ambos ríen con ganas. Efraín se siente bien y mejor a cada momento; le gustan esas risas, esa alegría liviana, ese ambiente que le acoge sin reproches ni demandas, esa complicidad silenciosa que se palpa en el aire, que los une a todos, que lo comunica a él con el resto del mundo, con el universo entero que se torna comprensible, al alcance de su mano, redondo y transparente como una verdad incuestionable.

-Y usted, ¿no ha encontrado nada por fuera? -pregunta Pablo, ya más serio.

-Ninguna cosa, ¿qué voy a encontrar? Y además oiga, lo peor, aquí entre nosotros no más, es que la vieja anda con la idea fija de meterse en la olla común, esa que funciona en la casa de don Víctor, en el pasaje que está cerca de la cancha.

-Mala cosa, con todos los líos que hay ahora, seguro que a la gente de la olla la tienen toda fichada.

-Y, además, con esas cosas la mujer pasa más fuera de la casa que dentro. Si yo no le niego que la necesidad tiene cara de hereje, pero no es de andar pidiendo limosna en la parroquia y que todo el mundo se entere de las pellejerías que pasa uno.

-Pero esa olla no es de la parroquia, ¿no?

-No estoy seguro; funciona en la casa del Víctor, pero yo creo que es la misma cuestión no más. Se pasan metidos en reuniones, hay que pagar cuotas, hacer turnos pa'cocinar, y dicen que hasta lo obligan a uno a salir a la calle en los días que hay protesta.

Pablo asiente, más que nada porque no quiere llevarle la contra. Después de todo, está bebiendo de su vino. Efraín continúa hablando, estimulado por sus propios argumentos, que le recuerdan vívidamente la discusión que tuvo hace un rato en su casa.

-Y yo no puedo hacer nada. Así es la huevá; recién me acabo de agarrar con la Ana por eso. Pero ella está firme en la cosa; y usted sabe, cuando a las mujeres se les mete una idea en la cabeza, no hay caso.

-Bueno, pero no será tan malo. Total, algo habrá pa'comer todos los días por lo menos.

-No sé, oiga. Como uno anda cortón con el billete y no se pone con la libreta ni con el familiar ni na'... hasta las gallinas me miran pa'bajo en la casa. Todo el mundo anda con cara de hambreado y cuando uno llega después de la pega lo único que encuentra son líos. Ni ganas de buscar trabajo tengo; no sé qué va a pasar cuando nos corten en el POJH. Lo que sí tengo re-claro es que si la Ana se mete en esa cuestión va a quedar la grande. Y de esa comida yo no pienso ni probar.

La conversación sigue por un largo rato, cada vez más lenta, plagada de silencios prolongados que los hombres aprovechan para beber y continuar el diálogo en su interior. De pronto los ojos de Efraín se iluminan, su frente se despeja y exclama, como resucitado por una fuerza portentosa:

-De lo que sí tengo ganas, es de partir a probar al sur.

-¿Tiene familia usted por allá?

-No, pero tengo un hermano que anda trabajando en lo forestal, pa'l lado de Concepción. Es una pega dura parece, pero el sur deber ser bonito, y por acá la cosa se está poniendo color de hormiga.

-Hace tiempcito ya que estamos color de hormiga, ¿no?

-¡Parece que nosotros los pobres nacimos de ese color! Pero es que las cosas están muy re-jodidas ahora. Y usted sabe que yo en política no me meto; nunca me ha gustado eso. Y ahí andan esos cabros que dejan la cagadita pa' cada protesta, con ese cura que en vez de cantar misa se la pasa en bluyines y llamando a cuanta reunión se le ocurre. Y ¿quién paga el pato?, pregunto yo; ¿a quién cortan del POJH?; ¿quién tiene que andar fondeándose pa' cada balacera que se arma?

Ya no queda casi nadie en el local; Pablo está silencioso y contempla incrédulo el tercer jarro de vino que ha quedado vacío, desvergonzadamente desnudo por dentro. Por el palpitar agudo de su estómago, que presiona hasta su cerebro, Efraín presiente que ya no importa lo que diga y que ha llegado el momento de retirarse.

Con visible torpeza se para, dejando caer una silla que nadie levanta. Se aleja hacia la puerta sin despedirse; en la cara de don Jaime aparece una risita burlona que dura sólo unos instantes. En una danza titubeante sale de

la pieza y avanza hacia la calle. De memoria, como un agotado caballo de paseo, toma la dirección de su casa. En su boca se ha plasmado una mueca que, en un acto de generosidad o descuido, podría suponerse que es una sonrisa; sus ojos brillan con un resplandor líquido y rojizo que no tenían antes.

Los mismos perros, que en su viaje de ida lo miraron con indiferencia, ahora le ladran amenazantes: sus piruetas al caminar les han desconcertado o, tal vez, le reprochan su aspecto desastrado y vacilante. Con dificultad se agacha y recoge algunas piedras que lanza sin fuerza ni puntería; los quiltros huyen atemorizados, pero le siguen ladrando a prudente distancia. Se ríe con ganas y los desafía a luchar; él está con las manos limpias y puede hacerles frente si son lo suficientemente hombres como para pelear de a uno. No le responden, señal inequívoca de cobardía o, quizá, un reconocimiento sensato de su superioridad.

No tiene idea de cuánto ha caminado; quiere llegar pronto a su casa pues está sintiendo frío de verdad y tiene miedo de caerse. Sabe que si eso ocurre, levantarse nuevamente será un ejercicio imposible, y el suelo lo mantendrá atrapado en sus redes de gravedad hasta mañana, cuando se despierte medio tieso, con un hacha clavada en la frente, dolores en todas partes, cubierto de polvo y rodeado del zumbido de las moscas y de las curiosas y divertidas miradas del vecindario.

Sin duda avanza en la dirección correcta; premonitorios signos así lo confirman: frente a él está el parrón de la casa de la señora Cristina, más allá se divisa el resplandor rojizo y violeta de la televisión en colores de don Omar, un poco más lejos logra enfocar la muralla de ladrillos de la casa de don Hernán, abandonada a medio construir. Ya está cerca, una cuadra más y habrá llegado a su casa.

Sin duda podría ir más rápido, si acaso ese maldito suelo no insistiera en moverse tanto y las luces a lo lejos dejaran de bailar y de acercársele, rodeándolo para confundirlo. Lucha contra la súbita rigidez de sus párpados que de pronto se han vuelto tan pesados, y una vez más mira hacia la ciudad.

Desde esa distancia siempre se ve igual: inmutable, persistente, fortificada y sostenida por las sólidas estructuras que le permiten continuar respirando día a día. Pero la lucidez clarividente que le produce el vino ha invadido irreversiblemente su cerebro, y ahora es más consciente que nunca de que en realidad la ciudad no es la misma. Está seguro de que otros deben compartir esta visión esclarecedora y penetrante, pero nadie se atreve a comunicarlo: díganlo o no, misteriosas e importantes transformaciones han estado ocurriendo; cambios imperceptibles, pero rodeados de un halo de peligro y advertencia.

Los días por ejemplo, ya no se diferencian unos de otros; antes, no había comparación entre un martes y un domingo; ahora hay que mirar el calendario para poder saber qué día es. Ya nadie planta flores en los patios de las casas y parece que no importa si el suelo poco a poco se va pelando y endureciendo. La gente ya no se llama en voz alta de una casa a otra, los vecinos murmuran ocultando sus bocas, y da la impresión de que hasta los niños se están olvidando de gritar. Los que tienen parientes fuera de Santiago ya no reciben sus visitas; casi nadie viaja al centro y no se hacen planes para el futuro. Se comenta que las polillas ya no comen sólo lana, sino que engullen todo lo que encuentran a su paso, con una voracidad increíble. En medio de murmullos se rumorea que algunas mañanas los vidrios de las casas aparecen con extrañas marcas que ya no se pueden borrar jamás.

A lo lejos, una histérica sirena de dudoso destino rasga el silencio nocturno con su chillido amenazante. Como un estallido en su conciencia, Efraín siente que algo indefinible se ha estado preparando a su espalda; se atemoriza y ahoga al no poder precisar el perfil de aquello que lo acecha; trata de correr hacia su casa, pero su cuerpo está paralizado, en medio de tiritones fugaces. Se concentra en el amargor de su boca y hace esfuerzos por gritar; cierra los ojos y en su mente se dibuja con claridad la silueta de un anhelado tren que vertiginosamente se dirige hacia el sur; veloz, con un rugido monótono e irreversible, va desplazando cerros y parajes que no conoce, se desliza en medio de bosques húmedos y tibios, por sobre suelos fértiles que lo esperan. La inmensa mole de hierro conquista presurosa la distancia que lo separará para siempre del infortunio; su rigidez metálica lo protege, y en su interior aguarda el amanecer de otras tierras.

El comienzo de la segunda parte de esta historia sorprende a la señora Ana mirando por una de las ventanas de su casa hacia la calle. Su mirada vigilante observa con atención el caminar de sus dos hijos mayores. El cronista debe confesar que no conoce con certeza la cantidad de tiempo que separa esta secuencia de la anterior; bien pueden haber transcurrido semanas o meses desde que Efraín abandonó su hogar, sin anuncios ni explicaciones, escapando a un lugar mucho más remoto del que efectivamente arribó.

Puede suponerse, sin embargo, que ha pasado el tiempo suficiente para que su ausencia se conozca, se acepte e integre a las viejas y nuevas rutinas que ordenan el mundo de quienes lo rodeaban. Ahora, por ejemplo, ella contempla a sus dos hijos mayores que se dirigen al

colegio y recuerda que ya es hora de vestir al menor para que la acompañe a "la olla", pues hoy corresponde cumplir su turno de cocina. Volverá después de las tres de la tarde, cuando los otros dos ya hayan regresado del colegio y la estén esperando para almorzar.

Pero, es conveniente proceder en orden y no embrollar innecesariamente el relato. Hay que decir, entonces, que en un principio, a medida que rápidamente se deslizaban versiones contradictorias de lo acontecido, y circulaban fragmentos de información, quienes la conocían se dividieron entre los que pensaban que Efraín había desertado de su familia porque ella empezó a participar en la olla común, y quienes afirmaban que se había visto obligada a hacerlo debido a la súbita desaparición de su marido.

También hay que decir que la gente tomó rápidamente partido entre los que le encontraban la razón a él -o, al menos, lo comprendían generosamente- y quienes favorecían con su juicio a la señora Ana. Unos y otros coincidían en mirarla con una mezcla de compasión y distanciamiento que ella supo retener. Es cierto que no se encargó de darle explicaciones a nadie y -aparte de unas pocas confidencias llorosas a algunas amigas y familiares más cercanos- mantuvo un silencio tal que incrementó las interpretaciones más contradictorias. No faltó, incluso, quien hizo mención a presuntos enredos judiciales que habrían precipitado la partida de Efraín. Pero nadie le otorgó mayor credibilidad a esa versión, y en corto tiempo el asunto cayó en el olvido, sin que se siguiera hablando de él. En realidad, la continuidad de las costumbres siempre termina por superar la anormalidad de las rupturas y, en este caso, la vida de la población siguió transcurriendo; para todos, un nuevo abandono no era más importante que otra decena de acontecimientos que mantenían ocupados sus miradas y sus lenguas.

Para todos, excepto para la señora Ana y sus hijos.

Para ella se trató de un cambio crucial, cuyas verdaderas consecuencias aún hoy no termina de percibir, esta mañana que sale de la casa con su hijo menor de la mano y se dispone a caminar en dirección a la cancha; se dirige hacia la casa de don Víctor. Le parecen hermosos los destellos de luz que el sol produce en el barro, esa irregular costra de tierra que a esta hora comienza a entibiarse, despidiendo vapor de sus pequeñas pozas, de entre sus grietas húmedas en forma de caprichosas rocas. Imagina cada grieta un abismo, cada línea un pequeño sendero.

Desde un comienzo, supo que en los pelambres y la compasión de sus vecinos, se vinculaba estrechamente la partida de Efraín y su ingreso a la olla común. A pesar de que ambos hechos se dieron casi al mismo tiempo, inmediatamente ella fue consciente de que la relación que unía esos acontecimientos no era el fondo del asunto.

Para decirlo más claro: si Efraín se había ido -pensaba, con la lucidez y crudeza de que la dotaba su desconcertado malestar-, era porque ya no daba más. Entonces, el inminente despido del POJH y su decisión de entrar a la olla común, fueron las dos últimas gotas que rebalsaron el vaso en donde él había ido acumulando hambre, rabia y frustración. Sin duda que para ella se trató de un cambio importante; llevaban nueve años casados y desde hacía cinco vivían solos, cuando la madre de él murió y su hermano partió al sur, dejándoles la casa a ellos. Y las deudas también. Pero, como formando parte de ese cambio, también se dió cuenta de que entre su tristeza y alarma, un sereno alivio se propagaba en su interior, porque vislumbró que, en la práctica, su partida no provocaba muchos más problemas de los que solucionaba.



De hecho, desde hacía ya un buen tiempo, era ella la que más se las rebuscaba para mantener la casa, y cada día la responsabilidad última de que hubiese algo para comer era más suya. Los aportes de él eran cada vez más escasos y esporádicos; mientras que sus borracheras, enojos y abusos, se tornaban más intensos y frecuentes. Fue muy rara la vez que él quiso pegarle y, al revés, cuando llegaba muy curado se envolvía en un sopor temeroso y lloriquiento, se aterrorizaba por imaginarias amenazas y se revolcaba en un rincón, temblándole los labios, tapándose los oídos para no escuchar las siniestras profesías de presuntos espectros. En las primeras oportunidades que ocurrió algo así, ella reaccionó con alarma y preocupación; luego, no le producían más que fastidio y desprecio. Al día siguiente de una curadera semejante, él mismo era el primero en reírse, quitándole importancia al suceso y alegando que sólo se trataba de una pesadilla.

No, ni en su cama ni en su economía -ambas tan estrechas como precarias- la señora Ana lo extrañaba.

No es fácil conocer a una persona. Mucho menos lo es describirla en la ambigüedad de sus contradicciones. Tal vez algunas de estas páginas hayan orientado al lector a formarse la falsa imagen de una señora Ana tristemente sumisa. Nada de eso: su sometimiento era casi siempre más que nada una estrategia; y, en definitiva, si hubiera que caracterizarla, habría que poner más énfasis en la vitalidad, fortaleza y agitación con que se enfrentaba a los malos tiempos (y a los buenos también), que en su conformismo resignado. Ante los extraños, sin embargo, acostumbraba a mostrarse con recelo o pacíficamente quejumbrosa, si acaso de esa forma podía obtener algo de ellos.

Para decirlo de otra forma: su rebeldía se disfrazaba cada vez menos, y asomaba con más facilidad ante el estímulo de la urgencia o el conflicto. Sus peleas, por

ejemplo, eran progresivamente fuertes, y en ningún caso se acostumbró al silencio ni a la pasividad. Así, como repartía su tiempo entre múltiples ocupaciones de las que yo no le daba cuenta a nadie, fue construyendo una frontera alrededor de sus hijos y de sí misma; fue apropiándose de un universo cada vez más ancho, frente al cual él se sintió excluido y rechazado.

No habían pasado ni dos días desde su ausencia, cuando una noche, después de lavar los platos y acostar a los niños, salió al patio y recogió una caja de cartón que había pedido en un supermercado. La puso sobre la mesa del comedor y, con vigor meticulado, fue buscando en cada rincón y mueble toda la ropa que él dejó. Sólo entonces se dio cuenta de que entre las pocas cosas que se había llevado figuraban los bototos que tanto cuidaba y que tenía por costumbre guardar bajo la cama. Recibió ese gesto como un signo definitivo y concluyente. Se encogió de hombros y prosiguió su tarea, motivada por una urgencia subterránea; metió en la caja la escasa ropa que encontró y otros cuantos objetos personales: una vieja máquina de afeitar, un cortapluma oxidado, un banderín del club deportivo.

Nuevamente en el patio, buscó dos piedras de regular tamaño y el cordel que usaba para colgar la ropa; volvió al comedor e introdujo las piedras en la caja, luego la amarró con fuerza. La tomó entre sus manos para dejarla cerca de la puerta y comprobó que tenía el peso necesario. Mañana, las aguas del canal cercano sabrían dar cuenta de ella.

Vino el tercer día, el siguiente... y otro más. Se sintió extraña y sola frente a todos; se aferró aún más a sus hijos, como queriendo protegerlos de toda amenaza externa, y para que a ellos no los contagiara el vulgar estigma del que se creía objeto. A su pesar, pensaba en él con

frecuencia; imaginaba dónde podría estar, qué estaría haciendo, ¿volvería? Según por donde deambulaba su imaginación y qué respuesta inventase a sus preguntas, lo recordaba, alternadamente, con nostalgia, ira o lástima. En fin, en esos momentos el componente dramático y novelesco que siempre había acompañado la visión de su vida, se hizo más fuerte que nunca, y su actual situación de víctima y sacrificio coincidía casi plenamente con la imagen que de ella misma se había formado.

En todo caso, su irritación no provenía solamente de que él se hubiera marchado; le reprochaba fuertemente que se hubiera aferrado a su falsa dignidad y a su vicio, sin ser capaz de seguir haciéndole frente al hambre ni de ver que la olla común no era una ofensa personal, sino una posible ayuda que ni siquiera se atrevió a probar. Es que ya no daba más.

Pero, entendámonos, el hambre que acosaba a Efraín y a su mujer no es la misma de quien ha pasado por una agotadora jornada laboral y espera ansioso llegar a ocupar su puesto en la mesa a la hora de comida; no es el hambre del que despierta su aburrido apetito a medida que se estimula imaginando sofisticadas recetas; no es, en fin, ni siquiera el hambre rutinaria del que siente que su boca se inyecta de saliva hiriente ante la perspectiva del alimento deseado y previsible.

Se trata de un hambre radical y perpetua, que tiene que ver con el umbral que divide lo vivo de lo muerto. Es un hambre que involucra no sólo el vacío del estómago o la boca, sino también un pálido temblor en las rodillas y en las manos. Es el hambre de quien ya no piensa en la comida como un acto de placer gustativo, sino como un recurso extremo que mitigue ese calor hueco y ardiente en el centro del cuerpo, esos dolores agudos que suben desde el vientre hasta la garganta, esas tripas que reclaman con

ruidos sordos, gorgojeos líquidos y retorcijones espasmódicos.

Es también el sobresalto de quien ha visto caer de uno en uno los dientes de su mujer, porque ya no tienen a su alrededor carne de donde agarrarse; la impotencia del que ha advertido en sus hijos un sueño permanente y un desgano pesado en los huesos; porque el hambre se las ingenia para camuflarse de flojera. Es la ansiedad del que no puede ni fijarse en lo que está comiendo en ese momento, porque su mente está ocupada en preguntarse si podrá comer mañana; es la maldición de quien no puede olvidarse nunca de su necesidad, porque cada rostro que le rodea actúa como un espejo que le recuerda la imagen de su propia hambre.

Es así. No le eche la culpa el lector a efectistas recursos narrativos: en la ciudad, para Efraín, la señora Ana y muchos más, la realidad más real que se impone a sus vidas, que les ordena su rutina, sensaciones y temores es ésta: el hambre... sin mayores calificativos ni mediaciones, como un lastre del que no es posible deshacerse.

No faltará quien exclame, como para pillar una grieta en el estricto rigor del cronista, que no se trata de ninguna novedad y que siempre ha sido más o menos igual.

Eso puede ser cierto; sólo que el tiempo ha ido transcurriendo y el hambre no es igual cuando ha durado tanto; cuando su marcha irreversible y atenta invade al vecino de aquí al lado y al pariente de más allá, no descuidando ningún detalle; cuando frente a ella todo esfuerzo parece insignificante, todo cambio imposible. Es un hambre que se cuela en los sueños y en los chistes; que une y divide a los que la padecen; que proporciona a algunos el placer sublime de ver comer a los personajes de la televisión, y a otros un odio cerrado al comprobar que la ciudad se divide estrictamente entre ricos y pobres.

En fin, ¿qué se le va a hacer?; el hambre es algo a lo cual cuesta acostumbrarse; por mucho que se practique, el cuerpo siempre se revela y el deseo de comer, prolongadamente insatisfecho, imprime un particular sello en el caminar y en la mirada. Es más, hay algunas personas insistentemente desadaptadas que no se acostumbran jamás. La señora Ana es una de ellas.

Y así sucedió que en las reuniones de la parroquia -a las que desde hacía unos meses asistía a un curso de primeros auxilios- le recomendaron que se inscribiera en la olla común de su sector. El consejo se lo dieron un día en que, una vez finalizada la reunión, se acercó a la "señorita" que dirigía las clases y le preguntó por la posibilidad de recibir un paquete de alimentos, una ayuda de las que ella había escuchado que entregaban allí o en la Vicaría.

La "señorita" le respondió que no, que ella sabía que las ayudas en alimentos generalmente no se entregaban así individualmente, sino que a través de organizaciones como las ollas comunes, por ejemplo. Ella conocía la existencia de las ollas -como todos- y la sugerencia la decepcionó: preveía que su marido estaría contra la idea y a ella misma el asunto no la entusiasmaba demasiado. Pero el cierre del POJH se veía venir, y a ella le iba cada día más mal con sus trabajos. Hace poco la habían despedido de la casa en la que hacía aseo una vez a la semana y los lavados de ropa que le llegaban eran cada vez menos frecuentes. Lo único que le seguía dando algo de plata era la venta de empanadas y dulces, que cocinaba los viernes y salía a vender -ante la oposición tenaz de Efraín- los fines de semana entre el público que asistía a los partidos de fútbol de su población y otras canchas cercanas. Empezó a pensar lo de la olla más seriamente y tomó la decisión de ir a conversar con su directiva. Eso ocurrió una semana antes de que Efraín se fuera.

Días más tarde le avisaron que la habían aceptado y que se podía incorporar desde ese mismo momento. Rápidamente se enteró de que la olla funcionaba de acuerdo a un reglamento que ellos mismos inventaron, supo que tendría que cumplir turnos para cocinar, ir a una reunión semanal, formar parte de alguna de las comisiones en que se dividía el trabajo, pagar una cuota de cien pesos al mes. Le contaron que los hombres de la familia también debían participar; pero con ella eso no corría... ya se encontraba sola.

Para entender la vergüenza que vivió al principio de su ingreso hay que tener en cuenta que para ella, como para tantos que miraban su funcionamiento desde lejos, participar allí era una desgracia que ponía al descubierto la magnitud de su necesidad, exponiendo a la vista de todos la intimidad de sus urgencias, la humillación de confesar el fracaso ante un hambre superior a sus fuerzas, desnudando en público los secretos de su precaria existencia.

Esa punzante sensación se hizo especialmente nítida y fuerte en los primeros días, al tener que caminar al final de la mañana hasta la casa de don Víctor, con una olla vacía en la mano para recibir las porciones correspondientes a su familia, y volver por el mismo camino con la olla llena, tomándola esta vez con las dos manos y recibiendo -imaginaba- las miradas de todos los vecinos que la señalaban con sus dedos burlones.

Sin embargo, al mismo tiempo casi, en esa primera semana, su vergüenza empezó a quebrarse, transformándose rápidamente en una especie de arrogancia furiosa. Sucedió un día viernes, cuando, poco después de la una de la tarde, su hijo mayor volvió corriendo del colegio, dejando rezagado a su hermano menor que le seguía a una cuadra de distancia. Llegó con una urgencia especial, que le hacía

fruncir la frente y agitar las aletas de su nariz con intermitente vehemencia. Entró tan apurado, que ni siquiera se detuvo en el patio para el ritual saludo a su perro, el cual, en una comprensiva actitud que mucho habla de su humilde y a la vez noble estirpe, se echó en un rincón, dispuesto a esperar que el destino le deparara mejores momentos.

Dio un par de vueltas por el interior de la casa y terminó dirigiéndose al dormitorio que comparte con sus hermanos. Se apoyó en el umbral y, desde la profundidad e impertinencia de sus nueve años que no aparenta, miró a su madre con insistencia. La señora Ana no se dio cuenta de que a su hijo algo le inquietaba, no advirtió la ofuscación en sus mejillas, y continuó concentrada en la rutinaria función de retarlo por la forma apresurada y salvaje en que destruía su único par de zapatos, como si tuviera algo personal en contra de ellos y los quisiera pulverizar lo antes posible. Pero su hijo no le escuchaba sus retos; los zapatos rotos no le preocupaban, especialmente ese día en que juntaba fuerzas para desenredar su lengua e interpelar a su madre.

-Mamá, ¿por qué ahora estamos en la olla común?

-Porque hay que almorzar todos los días pues, ¿o acaso no te habíai dado cuenta?

Reaccionó con visible irritación; los ojos de su hijo la presionaban y turbaban, mientras ella trata de comprender.

-Es que un cabro del colegio anduvo diciendo que nosotros comíamos de la olla. Y se rieron en el recreo por eso.

-¿Quién te dijo esa estupidez?

El niño bajó la cabeza y no respondió. Y la señora Ana sí comprendió; se agachó con agilidad para quedar a su altura, lo observó con lentitud, como si fuera la primera vez, y lo abrazó tan fuertemente que se sintió aprisio-

nado entre dos tentáculos que le impedían respirar, que lo estrechaban casi hasta hacerlo gritar. Sus manos recorrieron el pequeño cuerpo, como queriendo comprobar que seguía estando completo. Luego, ambos se quedaron quietos; ella mantuvo la cabeza de su hijo pegada a su cuello. El niño se quedó allí, agazapado en esa cavidad caliente, con sus mechaz oscuras, cortas, y agudas; sentía el respirar pesado de su madre y, al mirar hacia arriba, contempló el par de lágrimas que se deslizaban por su rostro, láminas paralelas y cristalinas, esferas líquidas que brotaban desde el fondo de su indignada impotencia, recorriendo los surcos de su cara como antiguos viajeros con experiencia, sin que de ella surgiera ningún sollozo, como si se le hubieran caído en un momento de descuido.

En las semanas siguientes, el participar en la olla común se fue incorporando a sus hábitos. Tuvo que hacer su turno de cocina una semana de cada cinco; en esos días llegaba a la casa de don Víctor alrededor de las diez de la mañana e inmediatamente se ponía a conversar y a cocinar con las otras cuatro mujeres de su grupo. Don Víctor siempre se reía y repetía su broma favorita como un estribillo:

-¡Por eso es que los mudos nunca van a tener ollas comunes, porque aquí se viene primero a conversar y después a cocinar!

La olla funcionaba en su casa desde hacía varios años, cuando después de un gran temporal con inundaciones, una docena de vecinos del sector, que antes iban al comedor de la capilla, se juntaron a cocinar en común, en lo que creyeron sería una contingencia de algunas semanas. Don Víctor ofreció prontamente su casa para instalar allí la olla, en esa inmediata solidaridad que suele aflorar espontáneamente ante cada catástrofe, pero que choca con el límite de la propia carencia. La emergencia del temporal

fue pasando, pero la emergencia de sus vidas continuaba, por lo que siguieron con la olla adelante y de a poco se fue incorporando más gente, hasta que, con el ingreso de la señora Ana, ya sumaban 32 familias.

Se cocinaba en el patio de la casa, bajo un techo que construyeron los hombres y sobre algunos mesones de madera. Se las rebuscaron para obtener muchas cosas: fondos, ollas y un mínimo de cuchillos, cucharones y tenedores; también consiguieron una cocina, pero cuando fallaba el gas debían volver al fuego a leña.

En el primer turno que le tocó cumplir, de inmediato apreció la ayuda de la señora Adriana; ella le enseñó a calcular las cantidades exactas y necesarias para cocinar en los grandes fondos, cuidando de que la comida no quedara ni muy aguada ni muy seca. No era sólo asunto de cocinar; además trataban de hacerlo bien y se las ingeniabán para mejorar el sabor de las comidas a pesar de que los recursos no siempre alcanzaban.

-Hay un menú fijo -empezó explicándole la señora Adriana-: los lunes hay que hacer porotos, los martes carbonada (no siempre con carne, se entiende), los miércoles pantrucas...

A veces fallaba algún ingrediente; entonces debían idear algo a partir de lo que tenían a mano. Era evidente que lo que se juntaba con la cuota de cien pesos mensuales por familia, apenas alcanzaba para el gas y uno que otro gasto. Gran parte de los alimentos los recibían de la iglesia, y también de lo que ellos mismos obtenían recolectando en las ferias, organizando rifas y actos culturales.

Ella se sorprendió de que en torno a la olla existiera un mundo de personas, historias, entusiasmos, dramas y alegrías que antes le eran por completo extrañas. Se dio cuenta de que si todos cumplían su parte, de lunes a

viernes sus hijos y ella podrían contar con un almuerzo seguro. Aprendió y se convenció de que no estaban comiendo de limosna, sino del fruto del trabajo de todos y de la solidaridad de muchos. Empezó a asistir a las reuniones semanales de la olla y a algunas asambleas con gente de otros sectores; supo que no estaban solos, que en torno a muchas ollas comunes se agrupaban cientos de familias unidas por una misma necesidad y el mismo desafío. Pero el lazo que las mantenía juntas iba mucho más allá de las amarras del hambre: la olla no era sólo un lugar que permitía comer, sino también donde se ampliaba generosamente el horizonte de todos, permitiéndoles ver el presente y pensar el futuro de un modo distinto.

Conoció de verdad a mujeres y hombres que antes pasaban por su lado sin que ella supiera nada de sus vidas, apenas sus nombres; se acostumbró a poder hablar de sus intereses e inquietudes, de sus miedos y sueños, sabiendo que en ese grupo contaba con quienes la escuchaban y comprendían, con los que tenía más cosas en común de las que imaginaba. Se sorprendió al ver que algunos hombres tomaban la olla como algo propio, y que incluso uno que otro cocinaba codo a codo con las mujeres, sin que por ello se sintiera menos hombre.

Se puso contenta al percatarse de que había cosas que ella podía enseñar, ideas que aportar y defender; comprobó que existían alternativas y que entre varios todo es más fácil que por separado; aceptó que no estaba pidiendo ni aceptando un regalo compasivo, sino construyendo un derecho; su temor disminuyó y abrió su casa con confianza; aprendió a usar palabras nuevas que antes la intimidaban. Poco a poco fue adquiriendo la seguridad de que la olla dependía de ellos mismos.

Se asustó al ver que en la olla las peleas y las tensiones no estaban ausentes, que había quien no cumplía;

que en alguna oportunidad se sorprendía algún robo; que las discusiones también eran frecuentes. Pero, junto con eso, vio que todos podían hablar, que se podía criticar a los dirigentes, que los conflictos se enfrentaban y se seguía adelante. Supo que el hambre de todos no era un problema individual y que la culpa no era de ellos, pero que sí podía ser de ellos la responsabilidad de que las cosas cambiaran; que no eran los únicos.

El cronista quisiera resistirse, como frenético gato de espalda, al riesgo de caer en cualquier idealización. Se niega a la tentación de inventar héroes que a la larga resulten ser caricatura o falsas maquetas. Por eso, el final de esta pequeña historia no puede olvidar que las angustias y sufrimientos de la señora Ana no han terminado; que cada día amanece con nuevas dosis de materia prima para nutrir tantas necesidades, frustraciones y aflicciones; que es más que probable que ella siga transitando entre la escasez y la inseguridad.

Sin embargo, algo importante ha cambiado; ella está viviendo todo eso de un modo diferente, y esta mañana camina a cumplir su turno en la olla con más orgullo que vergüenza. Y eso no es poco. La mano de su hijo presiona la suya, en un contacto tibio y confiado; ella mira las hileras de casas que custodian su trayecto y sabe que en la población también existe un espacio -al cual ella siente la certeza de pertenecer-, un hueco en donde con rabia e impaciencia se defiende el derecho a vivir con dignidad; en donde el hambre se rechaza con energía y cada almuerzo es una batalla ganada a la miseria y a la desesperación; en donde la esperanza es acogida con calor, preservada con persistencia y proyectada hacia el futuro con alegría y cólera.

**INFORME
DE UNA
BARRICADA**

El fulgor de mi vida plena sólo duró unas cuantas horas; ahora veo acercarse mi agonía final y mis restos humeantes son apenas un pálido vestigio del brillante ardor en el que me consumía hasta no hace mucho. Es seguro que cuando termine de amanecer ya habré dejado de existir. No lo lamento. Es cierto que mi existencia como barricada no ha sido muy larga, pero por sobre todo aspiro al descanso, ahora que he dado más de lo que podía. La penumbra liviana del amanecer se evapora con rapidez y la ciudad comienza a despertar, sin ningún esfuerzo aparente, como una rutina que por previsible se torna intrascendente. Los militares, que vigilaban cada esquina unidos en pequeños grupos y cubriéndose mutuamente las espaldas, ya se han retirado (sus rostros infantiles cubiertos de tizne, ropas siempre oscuras y esos cuerpos demasiado pequeños para fusiles tan pesados: los apretan con firmeza, como si quisieran empaparse de la dureza opaca del metal). Se escuchan los primeros ruidos que anuncian el movimiento de los autos y micros madrugadores; algunos pobladores salen de sus casas y caminan hacia el paradero que está en la esquina de La Rotonda con Avenida Las Gaviotas, a seis cuadras de aquí. Sus cabezas ladeadas me miran desde lejos con temor o reprobación; avanzan con paso apresurado, no queriendo contagiarse de mi presencia; algunos desvían los ojos, simulando que no me han visto, tratando de que su indiferencia pase por inocencia. Pienso que no debiera ya asustar a nadie, soy apenas un montón de basura en extinción. Con más soltura me observan los carreteneros, que a esta hora casi forman una fila al encaminarse hacia los barrios residenciales en su diario recorrido en busca de papel y cartón; ellos comienzan muy temprano, para ganarle a los camiones de basura y a las bandas de competidores con

los que se disputan la soberanía de las calles y la propiedad de los desperdicios.

Si alguien contemplara por vez primera este pedazo de ciudad, no fijándose mucho en algunos detalles (sangre sobre el pavimento, vidrios rotos y cadenas colgando de los cables de electricidad), no podría imaginar que recién hace un rato atrás, en medio de la oscuridad sólo interrumpida por luces de bengala, estas calles, pasajes y casas que me rodean eran el escenario de un desigual combate entre ráfagas de metrallata, balines, bombas lacrimógenas y tanquetas, de una parte; y piedras, bombas molotov y gritos, de la otra. Ahora, después de que las botas de los uniformados apagaron mi fuego; cuando sólo el humo y el olor de aceite quemado denuncian mi presencia; ahora, cuando mi muerte se acerca sin dolor, me parece muy lejano e irreal el tiempo en que era un radiante neumático que recorría las calles de Santiago.

Nunca imaginé que terminaría mi vida cumpliendo una función absolutamente opuesta de aquella para la que fui creado: en vez de ayudar al tránsito de los vehículos, mi vocación última ha sido la de impedirlo, no permitiendo que los buses de los carabineros ni los camiones de los militares ingresaran a la población. Creo que lo hice bien: por lo menos hasta después de la medianoche nadie pudo pasar por esta calle que yo estaba bloqueando; aunque debo reconocer que no fue tanto un mérito mío, sino el hecho de que las arremetidas más fuertes comenzaron por el sector sur. Fue después de eso cuando cayó Ismael. A pesar de la oscuridad y los balazos, a pesar del miedo paralizante que excitaba a todos, la noticia se metió en el aire y atravesó las cuerdas, pasó de boca en boca entre sus amigos, mientras a mí la consternación y la aflicción me invadían con franqueza: dos balas le habían atravesado el estómago, la población estaba rodeada y era imposible

llevarlo a un hospital; las banderas blancas no tenían ningún poder. Mientras tanto, los minutos pasaban y su sangre formaba un espeso barro allí donde el polvo la capturaba, en esa esquina que ahora sigue frente a mí y que de día es igual a cualquiera, al lado de ese poste donde él estaba tendido aún con vida. Si muere, pensé al contemplar mis llamas cada vez más débiles, tal vez nos volvamos a ver pronto: quién sabe si acaso hay un lugar en donde se reencuentran los difuntos.

La noche ha sido larga; he podido evocar sin nostalgia el extenso e inesperado recorrido que me terminaría convirtiendo en lo que hoy soy: una barricada moribunda. He recordado con vergüenza, por ejemplo, el día en que salí de la fábrica convertido en un impecable y arrogante neumático nuevo. Eso sucedió hace años, en un país lejano del que no alcancé a conocer casi nada, porque de inmediato me pusieron junto a otros dentro de una enorme caja de madera. Sólo volví a ver la luz del sol cuando nos desembalaron en Santiago, muchas semanas más tarde, después de un agitado viaje por mar y otro más corto por tierra. Eran interminables esas jornadas en la bodega del barco; en la negra humedad de la caja yo prefería mantenerme ajeno al chismorreó incesante de los otros; especial cuidado puse en tomar distancia de uno que insistía en presumir de su cercano parentesco con un neumático de avión; la seguridad de mi fina alcurnia me evitaba la obligación de responderle y ponerlo en su lugar. En cambio, me deleitaba en soñar con mi futuro; ufano imaginaba que sería apasionante el oficio interminable de girar y girar, admirando siempre nuevos paisajes, conquistando superficies indómitas y dejando mi huella imborrable sobre históricos caminos. Es claro que entonces nada sabía de la vida; mis ingenuas pretensiones pronto se revelarían como lo que verdaderamente eran: fantasías infantiles.

Nada sufrí cuando me separaron de mis compañeros y, junto a tres de mis hermanos, me vendieron al dueño del que sería mi primer auto: un flamante Fiat Argenta. Es una verdadera ironía pensar en mi actual situación cuando me vienen a la mente los sucesos de esa época y el dicho que los neumáticos nuevos acostumbrábamos a decir a aquellos viejos y gastados con los que frecuentemente nos encontrábamos en algún estacionamiento o frente a un semáforo: "estás listo para la fogata". Generalmente ellos nada respondían; en nuestras risas se transparentaba el orgullo vanidoso de la juventud, la soberbia de lucir nuestros dibujos profundos y bordes rígidos, el desprecio que nos inspiraba sus superficies lisas y delgadas, el asco que sentíamos al contemplar sus parchadas heridas. No teníamos compasión alguna y ni imaginábamos el sufrimiento que podían producir nuestras burlas. Al pensar en ello, mucho tiempo después, supe que muchas veces la belleza y la crueldad están unidas por un hilo invisible y poderoso; pero que, en cambio, la fealdad y la vejez no necesariamente conducen a la bondad. Tal vez sea de esos a los que la experiencia se les ha ido convirtiendo en sinónimo de pesimismo; sin embargo, no siento amargura alguna, sólo desilusión al comprobar que, para nosotros los objetos, la vida nunca transcurre según nuestras voluntades.

Sólo cuando, algunos años después, Ismael y sus amigos me llevaron con ellos y me dejaron tirado durante varias semanas bajo el fresco y polvoriento parrón de su casa, sólo entonces, y contra mi férrea incredulidad inicial, empecé a considerar en serio la posibilidad de acabar convertido en barricada. A pesar de que a esas alturas la vida me había sorprendido con muchas humillaciones y malos tratos, aún en esos momentos me resistía tenazmente ante la pura idea de tan denigrante perspectiva.

Con mi primer auto no alcancé a estar ni siquiera un año, hasta que un feroz percance comprometió seriamente mi integridad y mi desempeño. Viví esa época como algo emocionante, corta pero pródiga en nuevas experiencias; no pensaba en la vejez ni en el futuro; cada día surgía ante mí como un manantial de descubrimientos y mi ambición se veía realizada al suponer que todo el que me miraba reconocía mi valor, lo imprescindible de mi tarea y lo descollante de mi destino. Poco atento al paso de los meses, no me daba cuenta de que para mí ya se había echado a andar ese inevitable mecanismo que comenzaba a adelgazar mis paredes. El irreversible transcurrir del tiempo me lanzaba sutiles señales de advertencia que me eran indiferentes: paulatinamente me afectaba más y más la alta temperatura del cemento en verano, comenzaba a sentir los agudos perfiles de las piedras en el camino, mi malla interior de metal a veces crujía con un sonido infantil que sólo yo podía escuchar. Pero todos esos signos pasaban ante mí como si le estuviesen hablando a otro. ¡Yo no podía envejecer!, ni menos con recién unos cuantos meses de vida. Como queriendo alejarme de las tristes certezas que produce la conciencia de las propias limitaciones, mi espíritu se complacía en medio de vanidades e ilusiones: pensaba que ser neumático de un auto tan elegante me convertía en un bien insustituible, lo cual es otra forma de soñar con inmortalidad.

Mi dueño era lo que se dice un hombre joven, de caminar enérgico, zapatos siempre elegantes y cuidados, que golpeaban fuertemente el suelo al andar, que sabían apretar con decisión el acelerador cuando algún otro auto pretendía superarnos en velocidad y destreza (hay que considerar que nosotros los neumáticos siempre conocemos a los seres humanos por lo que podemos escuchar de lo que se dice a nuestro alrededor y por lo que alcanzamos a

ver de ellos: sus piernas y pies, la línea recién marcada de un pantalón, la sucia suela de un calzado viejo, el paso cuidadoso de un peatón tímido, el ritmo apresurado de un caminar ansioso...). Estaba orgulloso de nosotros, de su auto casi nuevo y de los neumáticos recién comprados. No era para menos, no cualquiera tiene un Fiat Argenta. El había decidido que ya era necesario cambiar los neumáticos y eso marcó el comienzo de mi vida útil. Casi de inmediato me di cuenta de que era así con todo: siempre atento para botar o cambiar lo que no sirviera; esperaba que todo funcionara impecablemente; le parecía natural que cada cual cumpliera en lo suyo y, así como otros no se sorprenden de que el sol aparezca cada mañana, para él lo lógico era que el día transcurriera de acuerdo a sus estrictos planes. Siempre estaba consciente de la hora y se enorgullecía de adivinarla con precisión sin tener que mirar el reloj; era un fanático de la puntualidad y no perdonaba un atraso, como si éste fuera una ofensa personal; sus importantes obligaciones precisaban que estuviera atento al pasar de cada minuto y se mantenía sumamente ocupado todo el tiempo; trabajaba mucho y daba la impresión de estar constantemente sometido a un severo control interior, acorralado tras una sólida tensión que sólo se quebraba cuando su mal carácter asomaba ante una evidente irregularidad que le era insoportable. "Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar", era una de sus frases favoritas; también acostumbraba a decir: "Una buena planificación es el secreto de que el tiempo alcance para todo".

Para nosotros el día comenzaba cuando el mozo de la casa entraba al garaje muy temprano para limpiarnos, en un ritual que no por rutinario dejaba de ser meticuloso. Tal vez deba aclarar que cuando hablo de "nosotros" me refiero al auto y a sus neumáticos, porque cuando a uno

las tuercas lo aprisionan con firmeza, es como ser la más sólida continuidad del eje, pareciera que se está unido al centro mismo de la dirección, es como estar conectado al palpitar de cada bujía, comunicado con la fuerza armoniosa del cigüeñal; uno forma un todo con el vehículo, uno es el vehículo; por eso después cuesta tanto separarse de él...duele como una mutilación. El hecho es que me encantaba esa limpieza matutina, poder salir a la calle con la seguridad de que el sol se reflejaba limpiamente en cada cromado. El tenía un plumero largo y un suave paño de gamuza con los que se esmeraba en eliminar todo vestigio de polvo, cada mancha o basura.

La limpieza debía estar terminada antes de las ocho; a esa hora partíamos a la oficina, que no quedaba lejos de la casa, pero él se esforzaba cada día en hacer el recorrido en menos de veinte minutos. Para nosotros era una vida aliviada: en la tarde volvíamos a casa y a veces salíamos de noche; algunos fines de semana íbamos a la playa o subíamos a Farellones, pero eso no era ningún esfuerzo, más bien una variación entretenida. Periódicamente nos llevaba a un garaje especializado donde nos revisaban minuciosamente; también allí nos lavaban a fondo una vez al mes. La vida me sonreía. Además, su esposa tenía su propio auto, por lo que pocas veces nos tocaba ir de compras al supermercado y a los niños debíamos soportarlos sólo cuando salían todos juntos.

El no permitía que nadie más nos manejara y aceptaba de mala gana que se fumara en nuestro interior; en la mirada de su mujer ocasionalmente surgía un brillo de celos o desprecio al contemplarnos. Con frecuencia lo acusaba de ser un maniático, pero al parecer él no consideraba que ese calificativo fuera un insulto. Cuando discutían arriba del auto generalmente era por los reproches que ella le hacía por su exceso de trabajo, que le

impedía estar con los niños. "Están creciendo sin ti, le insistía, te los estás perdiendo, y cuando tengas tiempo para dedicarles no los vas a reconocer ni te vas a poder comunicar con ellos". El replicaba aludiendo a obligaciones impostergables y compromisos ineludibles ya que, decía, "en estos tiempos no todo es tan fácil como tú crees ni tan seguro como antes". A veces se quejaba de su incomprensión y de que al volver a la casa "después de trabajar como una mula todo el día, lo único que encuentro son críticas y malos ratos". Después de eso, fácilmente pasaba a echarle en cara los atrasos e incumplimientos, y lo que él llamaba sus "ineficiencias".

-Yo no soy empleada tuya ni esta casa es tu oficina- le respondió ella una mañana, al tener que recibir el desborde de su ira.

La disputa había comenzado cuando el mozo no tuvo el auto limpio a tiempo porque ella le había pedido que la ayudara a preparar el desayuno; la empleada nuevamente estaba enferma y no se podía contar con ella.

-Entonces hay que despedir a la Marta y contratar a otra persona -sugirió él, enfático, cuando la impaciencia la ardía en las manos al ver que eran las ocho veinte y recién estábamos saliendo de la casa.

-Claro, como tú no estás nunca, no tienes idea lo que cuesta encontrar a alguien que sirva y sea de confianza; y, además, la Marta es una chiquilla estupenda, se lleva regio con los niños y sólo está un poco enferma; eso no es un delito, ¿no?

Ese día nos demoramos menos de quince minutos hasta la oficina; por momentos creí que chocaríamos, porque bajamos por Avenida Kennedy a más de noventa y nos pasamos dos luces rojas. La pelea siguió esa noche, al salir de una comida a la que estaban invitados. Lo tengo

presente con claridad porque fue la noche de mi accidente casi mortal.

-¿Se puede saber por qué has estado con cara de pescado toda la noche? -preguntó ella apenas se subieron al auto; se notaba que había tomado un poco porque le hablaba con una soltura no frecuente.

El se demoró en responder; por unos momentos ella debe haber pensado que, al igual que tantas veces, esa sería su respuesta: un silencio pesado y cortante, una forma de decir tantas cosas sin decirlas, un mutismo tirante lleno de censura y desprecio. Pero no, esta vez iba a responder, con un tono calmado, como si le estuviera explicando algo muy simple a un niño retardado. Pero antes de hablar encendió el motor y comenzó a manejar con rapidez, siempre con rapidez; no era tan tarde pero había muy pocos autos en las calles; desde la mañana yo sentía que ese día no era como todos.

-No he estado con cara de pescado toda la noche, sólo preocupado por lo tarde que es. Parece que te olvidas lo que pasa hoy.

-Pero si nos demoramos tanto.

-No, no nos demoramos tanto; tú te demoraste tanto, no yo. Quedamos en que nos vendríamos a las once y ya son las once y treinta y ocho; nadie puede demorarse media hora en despedirse; estuviste a punto de batir tu propio record.

-Pero si es casi lo mismo -protestó ella-; además, no quedamos en venirnos a las once, tú dijiste que nos vendríamos a las once, que es muy diferente.

Al parecer decidió pasar por alto esa última argumentación; a veces percibía con claridad que ella lo imitaba en su forma de razonar; decía cosas tal como él hubiera podido decirlas. Dudaba de si a ella se le había ido pegan-

do su manera de discutir a través de los años, o si se trataba de una discreta estrategia de burla e ironía.

-Ya sé que para ti es lo mismo: te da lo mismo las once que las once y media, te da lo mismo diez que veinte mil pesos, te da exactamente igual si se cumplen o no mis instrucciones de que el auto esté limpio antes de las ocho.

-Dáale con lo del auto, pero si lo cuidas como si fuera un hueso de santo, a veces pienso que te importa más que tus hijos; ya te expliqué que la Marta amaneció enferma y tuve que pedirle a Raúl que me ayudara con el desayuno.

Su alegato iba perdiendo intensidad, parecía abatida, como si la discusión la sobrepasara o de pronto, siguiendo un incierto rumbo interior, hubiese perdido todo interés en ella para concentrarse en una inquietud antigua: la curiosa seguridad de que en las "cosas importantes" siempre estaban de acuerdo, que en los temas y decisiones de relevancia ella no le oponía reparos y fácilmente se reconocían sus mutuos aciertos; pero que, en cambio, existía una multitud de detalles banales que los distanciaban hasta hacerlos irreconocibles, desdenes mutuos que los forzaban hasta mostrarse las uñas con claros e incontenibles deseos de hundirlas en el rostro del otro. Lo cierto era que los motivos de sus desaveniencias eran tan sospechosamente superficiales como plagados de odiosidad. Eso la intrigaba: ¿cómo podía ser que pelearan por lo que ella consideraba necedades, y que esas peleas fueran tan agresivas, largas y desgastantes?; ¿sería un indicio de la calidad de las trampas y ataduras que los mantenían unidos? Trató de rechazar esa posibilidad y agregó, suavemente, como dispuesta a bajar sus defensas sin pedir nada a cambio:

-Todavía sigue con eso desde la mañana; se amarga el día entero por una tontera, se taima como un cabro chico

por media hora más o media hora menos. Debe tratar de estar más relajado.

A él no le pasó inadvertido su cambio de tono: ya no lo trataba de "tú", sino que empleaba el coqueto "usted", aquel que reservaban para momentos de intimidad, para aquellas ocasiones en que lograban jugar a combinar la ternura con la lejanía, la intermitencia entre complicidad y seducción. Recordó sin hablar que desde hacía varias semanas andaba con eso de la relajación; se preguntaba en dónde lo habría leído. Más de una vez había tratado con afecto o mofa (o ambas cosas a la vez) su tendencia incontenible a desarrollar actividades o intereses para él incomprensibles. Con la misma rapidez con que se apasionaba por alguna nueva ocupación, la desechaba hasta olvidarla por completo y, velozmente, como si se viese urgida a no desperdiciar ninguna oportunidad, daba lugar a una nueva a la que se entregaba por completo. Era una búsqueda ansiosa por encontrar satisfacción y reconocimiento. En esa época, a pesar de que yo la veía casi exclusivamente a través de los ojos de él, no se me escapaba que su propio interior no le era suficiente y creía encontrar lo que necesitaba en contenidos ajenos, renovados y desafiantes, signos que la diferenciaban y la situaban en una atmósfera propia, de su exclusivo dominio. Primero le había dado con lo de la comida natural y casi lo mató de hambre mezquinándole la carne y tratando de llenarlo con desabridas ensaladas que lo hacían sentirse como un conejo. Tuvo que amenazarla con que pasaría a comer un sandwich antes de volver del trabajo para que ella se olvidara de las almendras en el arroz, de los guisos de verduras cocida, las espinacas crudas, el pan de avena y esos espantosos yogurt a los que se negaba a ponerle azúcar. Se terminó resignando ante tanta rebeldía y ordenó que se volviera a cocinar lo de siempre, sobre todo

mucha carne. Después se metió en lo de la cerámica artística, pero tampoco le duró mucho porque se llenó de cacharros y pailas que no hallaba dónde meter; le regaló cachivaches y figuritas a todas sus amistades y parentela, hasta que se aburrió y dejó botado el curso, los manuales y todas las herramientas que coleccionó como si fuera un gáster. Ahora estaba con lo del biorritmo y la relajación; le insistía en que fuera "consciente" de su cuerpo y en lo negativo que eran los efectos de las tensiones y preocupaciones... como si no lo supiera.

-Pero hoy no da lo mismo -agregó él después de un instante, también con un tono menos brusco, como queriendo ceder pero sin perder su dignidad-; acuérdate que anunciaron protesta y es peligroso andar en el auto a esta hora.

-¿Tú crees que pase algo? -preguntó inquieta, mirando nerviosamente por la ventanilla.

-Quién sabe. Hoy día faltaron ocho empleados porque no había movilización en sus barrios, en el centro hubo líos a la hora de almuerzo y Matías me contó en la comida que su hija andaba metida en problemas en la universidad, parece que quieren suspenderla.

-Es que esa niñita, ¡ya sabes cómo es!; en cada boche que hay ella corre a inscribirse; agarró unas amistades desde que entró a la universidad que te morirías de espanto; anda todo el tiempo quejándose y yo no sé de qué se queja, ya quisieran otras tener todo lo que ella tiene.

-Sí pero no es en la universidad no más... no sé. Todo ha cambiado tanto este último tiempo. Yo te lo he tratado de explicar, pero tú le echas la culpa a mis nervios, como si yo inventara cosas. Los negocios están muy difíciles, nadie sabe lo que va a pasar de aquí a mañana, nadie quiere hacer inversiones a largo plazo y todos buscan

asegurarse antes del 89, como si supieran que esta cuestión va a reventar por alguna parte. Y lo peor es que nadie se atreve a decirlo; entonces, hacen como si no pasara nada, como si todo siguiera igual de seguro que antes.

-Pero no debe ser para tanto. Usted sabe que yo de política no entiendo nada, y de economía menos, pero sé que la gente tiene hambre y se pone desesperada, el chileno nunca ha sido bueno para hacer sacrificios y ahí es donde llegan los comunistas y se ponen a incitarlos a todos, aprovechándose de los jóvenes.

En esos momentos atravesábamos Américo Vespucio, íbamos hacia el oriente, por una calle ancha, rodeados de edificios, era una zona que no frecuentábamos nunca y aún faltaba bastante para llegar a casa.

-¡Mira! -gritó ella, alarmada y eléctrica, como quien descubre un incendio en la cocina de su propio hogar- ahí hay una fogata.

-No es una fogata, es una barricada, vamos a tener que irnos por otro lado.

Frenó bruscamente, las pastillas se hundieron en el disco con firmeza, todo el peso se descargó sobre mí y mi compañero con el que iba adelante, dejamos de girar cuanto antes y tuvimos que patinar unos metros. A una media cuadra se veían las llamas en la mitad de la calle y algunas ramas que bloqueaban el camino. Me pareció ver que alrededor había gente saltando y cantando, también de los edificios salían ruidos y gritos. Nos metimos por una calle lateral, estrecha pero también pavimentada, y al momento ya habíamos tomado mucha velocidad.

-No andes tan rápido, por favor -nuevamente ella gritaba, aunque esta vez su voz casi se quiebra-; nos puede pasar algo.

-Si terminas con los gritos y me dejas manejar tranquilo no va a pasar nada.

Doblamos de nuevo para volver a la calle principal, pero apenas pasamos la esquina nos topamos de frente con otra barricada, ahí, apenas a unos pocos metros; ésta era más pequeña y despedía un humo negro y espeso. Tocó la bocina con insistencia y algunas personas arrancaron, otros comenzaron a acercarse al auto lentamente, varios traían pañuelos que les cubrían el rostro, entremedio se veían niños pequeños que saltaban como en un carnaval.

-Pero mi amor, vámonos de aquí- su voz ya no era un grito, sólo una súplica casi llorosa pero exigente, una urgencia que se enfrentó de golpe con los ojos de él, secos e intermitentes, con su mandíbula apretada y la transpiración que le corría por la frente.

Ahí vino lo peor: retrocedió, pero al parecer sólo fue para agarrar vuelo, de pronto aceleró a fondo y nos tiramos de punta contra las llamas y contra la gente; se alcanzaron a hacer a un lado y comenzaron a tirar piedras, algunas nos dieron pero no quebraron ningún vidrio. No sé cómo pasamos sobre el fuego y los escombros que habían acumulados. Pocos metros más allá sentí que una herida punzante me atravezaba hasta el alma, desgarrando en su recorrido mi carne negra, dejando escapar todo el aire de la cámara.

-¡Mierda! -exclamó, ahora casi fuera de sí-, pinché un neumático; pero no podemos parar ahora, más allá lo cambio.

Y así fue. Anduve varias cuadras con un peso insoportable que me presionaba contra el cemento; sin el blando colchón que otorga el aire de la cámara yo no era más que un caucho duro e informe; me machacaba contra la dureza del suelo y cada vuelta era un martirio; seguía con esa espada quemando mi interior, clavándose cada vez

más profundamente. Por fin llegamos a una esquina iluminada y solitaria; paramos y él se bajó jadeando; ella se mantuvo en silencio, acurrucada en el asiento, con sus dedos estrujando un cigarrillo que se había olvidado de encender. En todos los meses que alcancé a formar parte del Fiat Argenta nunca había sufrido un reventón, pero de inmediato supe que este tajo era algo más grave que un simple pinchazo: medía varios centímetros y un parche normal no sería suficiente para la cámara ni para mí. Me sentía enfermo y desgraciado; sin embargo, tanto como a mi estado temía a su reacción y al futuro...no me equivocaba. Sacó la gata de la maleta y la hizo funcionar, aflojó las tuercas con eficiencia y me arrancó de un tirón, con gran tristeza de mi parte; él nunca sabría lo traumático que puede ser para un neumático el sentirse desarraigado y expulsado. Puso el neumático de repuesto, y todo eso en breves minutos; actuaba con movimientos cortos y precisos, mirando sobre su espalda a cada momento. Al terminar revisó el auto y comprobó que los pocos golpes que recibió no se notaban; maldecía por lo bajo, se mordía los labios y apretaba los puños en un gesto inútil pero reconfortante. Volvió donde yo estaba tirado y me miró con atención; fue en ese momento cuando sus ojos se encontraron con la torcida lanza de metal que tenía incrustada y pudo apreciar la extensión de mi llaga.

-¡Hijos de puta!, un "miguelito".

Se quedó observándolo, como si lo reconociera sin haberlo conocido, como si nunca hubiese visto alguno pero sí a ése en particular; un manto de comprensión cubrió los vigorosos brotes de su miedo. En ese momento me llegó la patada, mi asombro no tenía límite; si la mano del ingeniero que me diseñó me hubiese dotado de mandíbula, ésta habría quedado colgando largos minutos. Por supuesto el golpe no me dolió nada, pero sí su injusta carga de rencor

y encono. Sentí que ser depositario de ese gesto, tan inútil como inevitable, me convertía en un objeto sin redención alguna, en un testigo indeseable, en un archivo de recuerdos intolerables. Hasta ese momento me creía víctima y merecedor de elogiosos cuidados, pero su brusca agresión me advertía más bien del trato que se le da a un culpable. Así actúan a veces los seres humanos con los objetos que ellos mismos han creado; desconocen su llamada independencia y los adulan, maltratan o niegan; se identifican con ellos y los usan más allá de su finalidad inicial; como carta de presentación los lucen o repudian... siempre de acuerdo al caprichoso vaivén de sus gustos y esperanzas, de sus vanidades y urgencias.

A partir de entonces mi vida sufrió un repentino cambio. Al día siguiente me llevó a su garaje y allí me desprendieron de la llanta y me dejaron en la vulcanización. Tuve la certeza absoluta de que él no volvería por mí sino que compraría un neumático nuevo; yo ya estaba olvidado; un incidente así no modificaría la naturaleza de su carácter. Nunca más lo vi. El maestro de la vulcanización me injertó un feo e incómodo parche -grueso y grande como un insulto grosero-, que al principio pesaba como una prótesis de fierro. Por lo demás, mi estado no era tan lamentable, y después de parcharme me pintaron y me pusieron a la venta. Eramos muchos los neumáticos usados que esperábamos nuevo dueño, estábamos apilados en un frío rincón, con nuestras correspondientes medidas escritas con tiza. En los meses que allí estuve mis conocimientos se multiplicaron: supe de historias insólitas y de tristes dramas; aprendí que era vano e infantil sentir lástima de mí mismo; me acostumbré a no presumir de mi pasado glorioso, me di cuenta de que el relato de mi acomodada vida anterior hería y molestaba a los demás; a algunos por la envidia que les producía no haber vivido

nunca un destino tal, y a otros porque les recordaba sus propios esplendores ya sepultados. Así, a medida que el invierno se acercaba y el piso del garaje se tornaba más y más helado, me fue invadiendo una mezcla de resignación y realismo a la que puse el nombre de madurez.

Cuando comenzaba a sentir ese rincón como un hogar, me vendieron a un hombre de bigotes canosos y andar pausado; bajo, con una gruesa y vulgar cintura que sobresalía de sus pantalones y caía con languidez. Mi primera reacción al escuchar lo de la venta fue de disgusto porque el precio me pareció ridículamente bajo, pero al instante recordé que ya no era el de antes y me repetí a mí mismo que debía desahuciar el orgullo, pues éste sin fundamento pierde todo parentesco con la dignidad y se hace hermano del ridículo.

Mi nuevo dueño resultó ser propietario y chofer de un taxi, un Datsun con muchos años y kilómetros en el cuerpo; enmohecido y ruidoso. Al partir sus latas se estremecían por completo; en medio de tiritones y ahogos comenzaba a caminar despidiendo un humo tan negro como su pintura. Una vez más mi rutina se modificó por completo; me vi obligado a adaptarme a costumbres para mí extrañas hasta entonces. Nuestro trabajo era agobiante: por la mañana salíamos muy temprano y volvíamos después de las dos de la tarde; él almorzaba y dormía siesta, para salir de nuevo a las cinco y media; regresábamos a las nueve y a veces, especialmente los fines de semana, nuevamente salíamos en la noche hasta la madrugada. Eso de andar tantas horas cada día era algo nuevo para mí; ahora estaba consciente de cuán rápido envejecía y los pinchazos se convirtieron en algo cada vez más frecuente. Aunque nunca más encontré uno de esos "miguelitos", que tan amargo recuerdo me traían, sí escuché en varias ocasiones que se hablaba con tono cauto o apasionado de

las "protestas", lo que despertaba mi pavor y resentimiento... en el fondo mi herida aún no se había cerrado por completo.

Era evidente que el taxi no estaba en buenas condiciones: su carrocería y amortiguadores necesitaban cambios impostergables; las balatas estaban reducidas a una delgada franja de asbesto y los patines dañaban el tambor produciendo un chirrido insoportable al frenar; las válvulas de las cámaras no tenían tapa y el óxido nos invadía como un cáncer; en fin, para qué hablar de la caja de cambios y de la piola del embrague, que estaba a punto de romperse. Muy rara vez nos llevaba al garaje y él mismo se encargaba de las reparaciones menores; las otras las iba haciendo en la medida en que se tornaban imprescindibles para que anduviéramos, y más de una vez estuvimos parados varios días por falta de algún repuesto demasiado caro. El se había visto obligado a aprender algo de mecánica -según decía- después de que su negocio quebrara algunos años antes. Jamás entraba en detalles, sólo decía "el negocio", como si al recordarlo le doliera íntimamente alguna parte del cuerpo. Sus hijos menores -ya adolescentes- nos lavaban los fines de semana y cada tarde él nos hacía una limpieza superficial. En los dos años que estuve trabajando en ese taxi, sólo en tres ocasiones nos asearon en un servicentro, en esos que utilizan aspiradoras especializadas y mangueras a presión. Eso sí, pasábamos metidos en las bencineras, porque siempre compraba gasolina de a poquitos, hasta que juntaba el dinero suficiente en algunas carreras y volvía a echar sólo lo necesario para unas cuantas horas.

Con el paso del tiempo se repitió la historia: me acostumbré a la situación y ya no me pareció humillante haber descendido tanto; incluso en alguna ocasión me uní con vigor a los gruesos insultos que mis compañeros lanzaban a un engréido neumático nuevo que se estacionó a nuestro lado. Me habitué también a la forma de manejar de nuestro dueño, caprichosa y cambiante. Cuando estábamos desocupados andaba lento y calmado, no se impacientaba por las luces rojas ni por los atochamientos, miraba atentamente en cada esquina por si surgía algún cliente que le arreglara el día. En cambio, cuando el pasajero recién se instalaba sobre el asiento y comenzaba a darle las instrucciones sobre su recorrido, él ya estaba acelerando a fondo y nos exigía gran precisión, ya que se sentía en la obligación de adelantar a cualquiera que se interpusiera en su camino; apenas divisaba la luz de un semáforo intentaba superarla, cuando al fin llegaba a una detestable luz roja, miraba con odio desafiante a los otros vehículos que esperaban junto a nosotros y, antes de que el semáforo cambiara a verde, ya había puesto primera y con el ruido del motor asustaba a los peatones que atravesaban. Para virar no usaba nunca el señalizador intermitente, sino que sacaba por la ventanilla su corto y velludo brazo haciendo señales imperativas. De tantas horas que pasaba dentro del auto, éste se había convertido en una especie de habitación o quizás en un apéndice de su cuerpo. No exagero; en ocasiones buscaba un lugar con sombra y dormía un rato o leía el periódico mientras masticaba algo.

En lo que a mí respecta, dos motivos ayudaban a atenuar lo arduo de mi tarea. Uno de ellos era la compañía de uno de los neumáticos traseros, con quien acostumbraba a sostener amenas conversaciones; llegamos a trabar una estrecha amistad. Era un poco mayor que yo y, a

pesar de ser nacional, se comportaba de manera educada y cortés; nunca insinuó siquiera un atisbo de burla ante mis desgracias y demostraba gran sensibilidad por mi historia; su conducta siempre revelaba respeto e interés por los demás. Era sobre todo de una corrección ejemplar y ahora, cuando el tiempo se me acaba y mi vida como barricada se agota bajo los primeros rayos del sol, parte importante de mis últimos pensamientos van dirigidos a él.

La otra razón que ayudaba a mitigar lo aburrido y cansador de mi rutina, haciéndola soportable y también entretenida, fue la gran variedad de personas y lugares que pude conocer. En verdad, debo decir que Santiago se presentó cabalmente a mi entendimiento recién cuando empecé a formar parte de ese destartalado taxi. Con nuestros largos y dispares recorridos, me di cuenta de que esta ciudad es un vitral en donde conviven diferentes fragmentos que se ignoran mutuamente, pero que en conjunto forman una figura con sentido... aunque ese sentido no sea siempre armónico y placentero. Al contrario, cada pedazo de ciudad se distingue del anterior, se le opone y lo desmiente, pero el uno no se explica sin el otro, así como ni una gota de alegría puede conocer quien no ha tocado de cerca la tristeza. Pero la ciudad funcionaba, y ello fue lo que me llevó a concluir que sus contrastes y oposiciones no eran un puro defecto, sino el sustento mismo de su vida. Y así fue como vi por primera vez la fealdad de la pobreza en los enormes barrios y poblaciones que con mi antiguo dueño nunca recorrí; supe del bullicio vital y dinámico del Mercado los sábados en la mañana; aprecié el sórdido atractivo de antiguas callejuelas estrechas y con adoquines; admiré las enormes mansiones que los ricos habían abandonado hacía años en busca de lugares más apartados y exclusivos; divisé, en las plazas más centrales de la ciudad, a decenas de mujeres

desfilando con grandes fotos de los familiares por quienes infructuosamente reclamaban; observé la llegada de campesinos y provincianos en la estación del ferrocarril, con duras maletas, sacos harineros y miradas de asombro, temor e ilusión; miré mujeres semidesnudas pasearse de noche, usando elegantes avenidas por vitrina; escuché a más de un turista preguntar por lugares típicos y esperar en vano una respuesta; transporté a empleadas domésticas en sus días de salida, con fuertes perfumes y rostros pintados con esmero, tratando de gozar todo el tiempo perdido, como un reo en libertad bajo fianza; me acostumbré a los grupos de hombres que con cuerpos indolentes barriaban la misma plaza una y otra vez; y, en una ocasión, al estacionarnos a la salida de un cine, pisé un periódico cuyos titulares gritaban que la crisis al fin se había acabado, que el despegue estaba a punto de comenzar y que el país no aceptaría vandalismos ni prejuiciadas intervenciones extranjeras.

Centenares de pasajeros transportamos en esos dos largos años, de los más variados tipos. A él le gustaba meterles conversación y apenas comenzaba su carrera les lanzaba alguna opinión sobre el clima, el fútbol o, de modo más vago, con tacto y precaución, sobre lo que llamaban "la situación económica" (o más imprecisamente, sobre "la situación"). Pero si alguno se mostraba indiferente a su charla, lo dejaba tranquilo en su ensimismamiento y le ofrecía el diario que compraba cada mañana. Siempre me llamó la atención su habilidad para estar de acuerdo con todos. A diferencia de mi primer dueño (a quien yo intentaba castigar con mi silencio y mi olvido), que contradecía con facilidad a quien se encontrara a su lado, éste se esforzaba por no oponerse a nadie y se cuidaba de emitir algún comentario demasiado enfático. Que si el gobierno tiene que mostrarse más firme que

nunca -afirmaba un pasajero-: sí, por supuesto -replicaba él-, un gobierno debe inspirar respeto; que ya está bueno que en este país los milicos sean los privilegiados: ya está bueno, esto es el colmo; me parece que va a llover: así parece, anoche ni se veían las estrellas; que si la inflación la están ocultando y el IPC es una pura chiva: sí, claro que es una chiva, todo ha subido una barbaridad; que yo en política no me meto pero nunca ha habido tanto orden y limpieza en las calles como ahora: la pura verdad, nunca antes; que los estudiantes son los únicos que se atreven a dar la cara porque éste es un país de cobardes: así es la cosa, cada uno se preocupa de su propio pellejo; que sobre todo hay que tener principios claros y rechazar la violencia, venga de donde venga: así es, el respeto es lo más importante; que ahora no hay colas pero tampoco hay plata, y antes teníamos plata pero no había qué comprar: para que vea usted, de un extremo a otro; que tantas bombas cada noche, si ya no se puede dormir en paz, ¿se sabrá algún día quiénes las tiran?: puede ser pues señora, algún día... La mayoría de los que aceptaban su conversación se quejaban de que "las cosas estaban mal", pero pocos se atrevían a señalar culpables y había demasiados temas conflictivos de los cuales yo no podía sacar ninguna conclusión, porque ellos se perdían entre confusas afirmaciones, oscuras causas y ambiguas declaraciones que nunca pude entender. Yo no sabía qué de peligroso podía tener hablar en un taxi, y más con nuestro dueño, que a todos daba la razón; pero casi siempre se murmuraba a la defensiva, como si una tenue sombra de miedo los acompañara a todas partes.

A menudo intenté descubrir su secreto, pero nunca pude saber cómo hacía para no discutir con nadie. A veces imaginaba que él empezó considerando como parte de su oficio el callar su propio parecer y así darle en el gusto a

todos sus clientes; y que, con el paso del tiempo, fue anulando sus puntos de vista hasta que se vio sumergido en un complicado tejido de juicios ajenos del que ya no se pudo liberar. O tal vez sí podía, pero al momento de hacerlo se daba cuenta de que ya no tenía nada que ocultar porque sus opiniones personales habían ido desapareciendo por falta de uso. En algunas oportunidades pensé que estaba poseído por una enorme desconfianza hacia el mundo de las palabras, que les restaba toda validez, que sólo los signos del taxímetro se le aparecían como un mensaje definitivo y unívoco, hasta que cualquier opinión le era equivalente a su contraria, hasta que la indiferencia -inicialmente un hábito calculado- se fue transformando en el fundamento de su vida. Mi última hipótesis fue que su temor a refutar cualquier apreciación era tan grande, que le parecía arriesgado sentirse con derecho a poseer una visión propia.

Un día de noviembre me cambió por otro algo más joven que yo. Para mí el hecho en sí no constituyó mayor sorpresa, ya que semanas antes un compañero corrió igual suerte. Además, sin presunción alguna, no tuve inconveniente en reconocer que mi vida útil tocaba a su fin. Debo aceptar que nunca estimé demasiado a mi segundo y último dueño; era difícil sentir cariño hacia él, ya que nunca se fijó en mí y su trato hacia nosotros era terriblemente descuidado. No sé por qué motivo me regaló a una vulcanización muy apartada del centro de la ciudad, hacia el sur, frente a una enorme población con pequeñas casas de madera y techos de zinc. Allí viví más de medio año, tirado en un patio de tierra y convertido en juguete de niños y colchón de algunos gatos noctámbulos. Pensaba que mi vida estaba acabada, pero no lloraba por mi destino: lejanos estaban los días en que me sentía el centro del universo. En ningún momento me atreví a imaginar que

lo más importante estaba por ocurrirme. Y así sucedió. Una tarde, hacia finales del invierno, se acercaron unos jóvenes que ya antes había visto rondando por el lugar. Hablaron con uno de los mecánicos, a quien al parecer conocían:

-Oye Chito, ¿tenís algún neumático viejo que te sobre?

-Chee, ¿y pa'qué quieren neumáticos viejos?

-¿Pa'qué va a ser? -sus sonrisas maliciosas estaban impregnadas de un aire desafiante y burlón-, pa'hacer ojotas, si no ¿pa'qué?

-¡Ojotas!, no me hagan reír -su tono se sorprendía gratamente por la ingeniosa respuesta de los otros-; yo ya estoy muy requete viejo pa'comulgar con esa rueda tan grande.

Siguieron bromeando un rato, con el tiempo largo de quien no tritura los minutos entre sus frases, sino que los estira y suaviza, tanteando la clave para atrapar la complacencia del otro. Sin ninguna dificultad me consiguieron; parecía no ser la primera vez que se realizaba tan extraña petición. Entre la aprobación risueña del mecánico y el disgusto insobornable de uno de los niños -para quien en esos momentos yo era nada menos que su indomable caballo- me llevaron consigo, y yo a mi vez arrastré mi curiosidad y asombro. Atravesamos la Avenida Las Gaviotas y nos encaminamos con seguridad por entre pasajes y pasadizos que sugerían un laberinto de tierra y madera, hasta que llegamos a la casa de uno de ellos: Ismael. Me dejaron bajo un parrón, sobre un suelo duro y seco, dibujado de grietas y hormigas, rodeado de fierros viejos, una mesa y botellas vacías. El patio delantero estaba lleno de flores y plantas que, ante la impostergable cercanía de la primavera, estaban empeñadas en intensificar sus colores. La verja exterior era de madera, al igual que toda la

casa; a su puerta sólo de noche le corrían el pestillo, por lo que pasaba entreabierta, invitando a la libre circulación de vecinos, niños y perros de linaje desconocido. Por lo demás, de poco habría servido tratar de asegurarla ya que, al igual que muchas de las otras casas, su material y su estructura eran tan vulnerables que daba la impresión de que bastaría sólo con un par de patadas para tumbarla. A pesar de su frágil estrechez, irradiaba un aire cálido de origen desconocido. Quizás era por tanto verde que en esa casa primaba un clima acogedor, prometedor de una comodidad que no se merecía según su pobreza; tal vez era el hecho de que su patio pasaba casi siempre lleno de gente, gritos y risas. Al menos así ocurrió éstas últimas semanas en que yo estuve allí, siempre y cuando el padre de Ismael se encontrara ausente.

Desde donde yo estaba podía escuchar muchas conversaciones, ruidos de la cocina, voces de la radio y televisión, porque un par de ventanas daban a esa parte del patio. Me intrigaban profundamente el interés que habían demostrado por mí, y vivía atento para descubrir y descifrar cualquier señal explicativa. No tuve que esperar mucho para enterarme de que sus planes eran los de convertirme en una sólida barricada. Me pareció un castigo injusto y degradante, y me empeñé en averiguar sus motivos. Pronto supe que no se trataba de ninguna venganza planificada especialmente en mi contra, sino que yo formaba parte de los preparativos para una anunciada "jornada de protesta" que se realizaría en las semanas siguientes. Hablaban de ella con entusiasmo; Ismael y sus amigos se juntaban con frecuencia en el patio o dentro de la casa para organizar y discutir los preparativos. Se les veía muy ocupados y concentrados en su tarea, como si el día en cuestión se fueran a jugar algo muy importante para ellos.

Por cierto no era yo lo único de lo que debían preocuparse; de hecho andaban a la búsqueda de más neumáticos, los que iban siendo distribuidos en las diferentes casas: la de René, Marcela, Emilio, Gabriel, Sara... nombres que escuché una y otra vez, caras jóvenes que vi sonreír y discutir, cuerpos que hace unas pocas horas gritaban en torno a mí para luego huir cubiertos de sudor y espanto. Ellos formaban parte de uno de los comités encargados de organizar la protesta, en los que había muchos jóvenes que participaban en lo que llamaban las "organizaciones poblacionales". Conocía ese tipo de vecindario sólo por encima, había recorrido sus bordes en la época de mi trabajo en el taxi, y en ciertas oportunidades incluso entré a algunos. Pero el haber vivido allí estas últimas semanas me ha ayudado a darme cuenta de mi equivocación anterior al suponer que estas poblaciones de madera son un mundo uniforme y monótono, sólo marcado por la triste faz de la carestía y la pobreza. Me he percatado de que, al igual que el conjunto de la ciudad, aunque a una escala menor, se trata de un universo donde también abunda la variedad, los contrastes y oposiciones. Supongo que así sucede con todo (por lo menos es lo que me ha pasado a mí): a medida que uno se empapa de las dimensiones íntimas de algo, va surgiendo una gran cantidad de matices y fragmentos impredecibles en los que naufragan las síntesis y tantas gruesas clasificaciones con las que se goza al encerrar y fijar a personas y cosas. La distancia, entonces, es la mejor fórmula para evitar las ambigüedades y molestas contradicciones a las que inevitablemente conducen los detalles.

Para ésta y otras reflexiones tanto o más inútiles, el tiempo me sobraba bajo ese parrón de sombra amplia y ramas retorcidas. Mientras tanto, ellos no desperdiciaban sus horas y se esforzaban en juntar dinero para comprar

clavos y bencina. A pesar de sus muchas actividades, cada jornada transcurría sin mayores apuros. La explicación es sencilla: casi ninguno tenía un trabajo que le absorbiera el día. Ismael, por ejemplo, con sus 18 años cumplidos, ya había terminado la secundaria y el año anterior intentó entrar a la universidad. Su madre recordaba con tanta insistencia como amargura que no hubo dinero para mandarlo a estudiar a la provincia en la que fue seleccionado. Su padre, por el contrario, aceptaba ese hecho como si viniera por fin a poner las cosas en su justo lugar. Quería ser profesor; todos estaban de acuerdo en que en verdad no le faltaban condiciones para ello; en sus tiempos de estudiante sus maestros hablaban de él como un niño inteligente, aunque demasiado inquieto para confiarle con tranquilidad una labor sistemática. Al igual que sus actuales amigos, al finalizar la adolescencia encontró una fuente de seguridad y reconocimiento en los grupos de jóvenes a los que se incorporó a desarrollar tantas actividades entretenidas: el grupo de teatro, las colonias de verano, aquella pequeña revista impresa en el mimeógrafo de la iglesia y que alcanzó a llegar al segundo número... Asimiló con rapidez muchas cosas nuevas, como si hubiese estado preparándose largo tiempo para ello; encontró explicación a viejas y conocidas preguntas que lo perturbaban con frecuencia; sintió progresivamente que su derecho a revelarse era visto por los demás como un mérito; casi sin darse cuenta fue inventando su vocación "política", como él la llamaba (yo escuchaba esa palabra con desconcierto cada vez mayor: ya antes la habían mencionado ante mí, pero siempre lo hacían en tonos tan diferentes y para referirse a cosas tan variadas, que cada día dudaba más si acaso comprendía realmente su significado).

Pero se trataba de algo más que todo eso: creo que fue también en esos años cuando Ismael se acostumbró a acercarse a las mujeres sin la urgencia de tener que demostrar nada, se alejó de las rutinas apagadas de su casa y empezó a mirar con otros ojos a sus padres, como quien puede combinar la crítica con la comprensión... bordeando casi la indulgencia propia de un anciano. Toda la familia vivía del trabajo de su padre, obrero de una maestranza, el que ansioso veía acercarse el anhelado día en que pudiera obtener su jubilación. Si su madre cedía a tratarlo con benevolencia y orgullo, como con susto a perderlo, su padre, en cambio, le recordaba tenuemente, pero con constancia, que se esperaba de él un cambio: que se dedicara de una vez a obtener algún trabajo, por modesto que fuera, en vez de perder el tiempo con todos esos idealismos y amistades que sólo le acarrearían problemas.

Estas últimas semanas he vivido inmerso en una extrañeza tal, que se ha producido en mí una profunda mutación. Siempre consideré el trabajo como formando parte de la naturaleza de mi destino, primero glorioso, más tarde aceptado como la vida misma. Si para mi primer dueño el trabajo era una obsesión, y para el segundo una maldición, para estos jóvenes se trataba ante todo de una frustración crónica, una negación ejercida por los otros con imparable certidumbre (los otros: hablaban de "la estructura de la sociedad" o, a veces, de "la dictadura"). Pero no es sólo el impedimento concreto para obtener un salario; creí advertir que también su frustración tenía que ver con el futuro, con la imposibilidad de poder tejer con algún material real los sueños para el mañana. Y cuando el mañana no tiene un hueco donde existir, entonces el presente se impone como la verdad única y permanente, los amaneceres van tomando gusto a pasado y el día que

se vive es la tediosa continuidad de una postergación incontenible. La ausencia de trabajo también les recordaba que no pueden planificar su adultez ni su independencia, que están condenados a repetir una versión más deteriorada que la de sus propios padres, a los que creían superar. Es una bofetada de simple realidad que comienzan a sentir con fuerza un día cualquiera: al no poder seguir estudiando, al graduarse de un sacrificado curso de arsenalería para terminar lavando bacinicas en un hospital, al comprobar con bochorno que para pololear se necesita dinero, al vivir el desgaste de la propia inutilidad. Y yo sé bien lo que es sentirse inútil: el desprecio y el olvido caen sobre uno, la muerte se hace cercana... por momentos deseada.

Sin decirlo parecían intuir que lo que estaba en juego era la posibilidad de su propio futuro, opuesto e incompatible con el futuro de los otros (los otros: hablaban de los ricos, los militares, los opresores). Tal vez llegué a quererlos para no tener que envidiarlos, porque de algún modo trataban de hacer lo que yo hubiera deseado: mantener la firmeza de los sueños y oponerse a ser tratado como un objeto. Vi cómo su impotencia y odio se fueron mezclando con las ilusiones y alegrías, se fueron transformando en acción, en gritos, en conversaciones apasionadas, cantos, "miguelitos", piedras y barricadas. También fui entendiendo esa metamorfosis nada novedosa según la cual los objetos se hacen portadores de ideas y sentimientos. En estos últimos días quise con ansias fundirme con ellos, me atreví olvidar cuán débiles eran los cimientos materiales de su rebelión, puse todo mi empeño en tomar parte de ese entusiasmo rejuvenecedor y esperé el día de la protesta con la imagen del fuego consumiéndome como el final más apropiado para mi vida.

Laboriosamente, con el fervor de quien organiza los preparativos de una merecida fiesta, se afanaban en conseguir todo lo necesario; comentaban los últimos rumores de cada día; se preocupaban de convencer y comprometer la asistencia de más de un receloso; con informalidad se distribuían las funciones: quiénes se hacen cargo de qué esquina, quiénes están alertas para avisar la llegada de la "repre", quiénes van donde Evaristo -el zapatero- para que con sus herramientas corte la cabeza de los clavos, los afile y doble hasta transformarlos en hirientes "miguelitos", quiénes hacen las molotov... En verdad, sus caras no reflejaban los preliminares de una guerra y, a pesar de mis escasos conocimientos en la materia, me daba la impresión de que se trataba del aprontamiento para una velada de celebración. Las piedras ya no eran piedras sino proyectiles, las botellas se convertían en bombas: la noche anterior a la esperada protesta se juntaron algunos en casa de Ismael y esos envases que me rodeaban fueron llenados de bencina y tapados con un corcho, con un trapo asomando como mecha. La intención era rodear la población con barricadas y "miguelitos", paralizando la movilización colectiva y evitando la entrada de vehículos militares y de carabineros. Hacer una barricada no es tan fácil como creía; yo sólo era uno de los ingredientes (la ventaja apreciada en nosotros los neumáticos es que con un poco de aceite podemos arder durante horas como una antorcha incansable, por eso me atrevo a decir que somos el alma de la barricada); además precisaban escombros, basura, tambores, rejas, ramas; en fin, todo lo que pudiera oponer resistencia. Era como autoproclamar un sitio al vecindario, fijar las fronteras para una independencia transitoria.

Me uní a ellos mientras ellos se unían entre sí. Pero no sólo estaban conectados por los compartidos límites de

su población y por un mismo pasado; además, los acercaba una especial forma de interpretar la incertidumbre en que vivían, el miedo y la ira que los asaltaba desde el fondo de sus intestinos. Eso acortaba las distancias entre ellos y los alejaba de los demás. Sin embargo, paradójicamente, todo eso era también su vínculo con el resto que apenas conocían: veían a los otros y al conjunto de la ciudad no por lo que tuvieran en común, sino por lo que los enfrentaba a ella. Sabían que la ciudad no les pertenecía (que apenas ejercían un engañoso y parcial dominio sobre su propio territorio), pero recibían retazos de información que les permitía opinar sobre ella, juzgar sus raíces y desarrollo, soñar con conquistarla. El no tener horizontes predecibles en su futuro les permitía sentirse escogidos para la heroica misión de refundarla, y edificar sus nuevas murallas con materiales éticos tremendamente puros y sólidos. Rechazaban la mediocridad que los acosaba y aspiraban a ser capaces de una proeza definitiva; gestores de un cambio total que los incorporara a la Historia.

A pesar de que el fuerte lazo de sus ambiciones e infortunios me presionaba para verlos como idénticos, no me pasaron inadvertidos sus contrastes: muchos se definían como cristianos -incluso a veces con el fanatismo de la conversión-, pero no todos; las contradicciones abundaban en sus palabras, pero aun así invocaban el "nosotros" y todos sabían de quiénes se trataba. La edad también variaba: había casi niños que ya vivían como jóvenes y casi adultos que no podían dejar de hacerlo. Cada familia estaba empeñada en no parecerse a las demás, y para eso... imitaba a otras. Los caminos que cada uno recorrió para estar donde estaba eran ricos en su diversidad, pero existía la certeza de que los llevaban a la misma parte. Debo reconocer que, a pesar de saber que estaba a las puertas de mi final (o tal vez por eso mismo), este tema

seguía obsesionándome porque me remitía a las dudas sobre mi propia identidad. En qué grado tan alto quedaría ella camuflada para todos cuando me veían y pensaban: "he ahí un neumático". Ciertamente, yo era un neumático, y ellos son jóvenes de una población; pero, ¿cuánto puede decir eso si no se menciona cada huella, cada grieta, cada fibra de la propia biografía?

Emilio, por ejemplo, vive en un pasaje muy cercano al de Ismael; son amigos desde la infancia, pues sus respectivas familias participaron de la primera "toma" que dio origen a la población. Emilio es algo mayor (él sí se acuerda de aquellos eternos meses de invierno viviendo en improvisadas carpas, a la espera de las mediaguas, chapoteando en el barro y atento a los adultos que de noche hacían turnos de vigilancia); fue una especie de guía para Ismael, lo acercó a otros jóvenes, compartió con él sus recuerdos, le enseñó a fumar sus primeros cigarrillos clandestinos... Nunca terminó sus estudios y era en la práctica "el hombre de la casa", ya que a su padre nunca lo conoció. Con su evidente juventud ya había recorrido episodios de un adulto experimentado: muchos trabajos distintos, una que otra amiga que se transformó en "compañera", algunos viajes, una detención y su consecuente relegación. Su expresión era siempre seria y de sus delgados labios nunca se apartaba lo que él llamaba la "realidad". En los últimos meses trabajaban haciendo el aseo en un edificio; salía de su casa a las siete de la mañana para llegar caminando a su destino a las ocho y media; retornaba de la misma manera, pues si gastaba dinero en micro se le habría ido la mitad de su salario. Ismael lo admiraba y quería, aunque desde el comienzo de las protestas sus actitudes se habían distanciado en algunos aspectos. Para los demás seguían siendo los compinches de siempre, pero en su intimidad ellos palpaban que cada conversación se

podía tornar con facilidad en discusión, que Ismael cuestionaba las opiniones del otro con un empecinamiento semejante al que le dedicaba a su padre. Lo vi con claridad el día en que Emilio se apareció por casa para avisarle que los esperaban en una huelga de hambre en apoyo a los dirigentes que habían sido arrestados. Faltaban pocos días para la protesta y esas detenciones eran una clara maniobra para asustarlos y desorganizarlos. Ismael se rehusó.

-¿Sabís lo que pasa Emilio?, cuando uno lleva como diez huelgas de hambre en el cuerpo, la número once ya no interesa, ni le interesa a nadie. No pasa nada, sencillamente no pasa nada; todos están aburridos de la huelgas de hambre y de las reuniones; ya nadie se conmueve. ¡Si hace como una docena de años que estamos todos en huelga de hambre y conversando!; claro, es cierto que ahí todos sufrimos hartos y nos emocionamos, pero eso es casi una rutina.

Hablaba con vehemencia, extendiendo los brazos al vacío, como si la razón se encontrara flotando allí, en alguna parte bajo el parrón, y quisiera atraparla para mostrársela al otro.

-Si no tiene por qué ser una huelga de hambre; ahora tendríamos que ir porque nos esperan, pero también podemos pensar en otra cosa. De lo que se trata es de apoyar a los dirigentes e impulsar acciones que atraigan a las masas y eleven los niveles de lucha.

Emilio estaba sentado sobre la mesa, balanceando sus cortas piernas y mirando a Ismael a los ojos; en su voz se apreciaba una paciencia forzada, una calma preconcebida y expectante.

-Pero si en eso estamos, Emilio. Las huelgas de hambre son re-bonitas y las palabras raras también, pero paralizan a la gente; esas cosas nos desgastan solamente.

La mejor forma de apoyar a los dirigentes es promoviendo la protesta del próximo martes -Después de unos segundos de silencio agregó tentativamente, como retomando otra conversación interrumpida con anterioridad-: yo sé que a tu partido le gustaría tener todo bajo control, pero aquí en las protestas todos estamos revueltos, los comités no son propiedad de nadie. ¿Cuándo se había visto más masas que en las protestas?

-¿De qué masas me está hablando?; claro que al principio iban todos, pero ahora vamos quedando los más arriesgados no más. Los viejos no quieren saber nada con salir a la calle, ya vai a ver el martes cómo se encierran a la hora de las gallinas. A veces en las barricadas aparecen más marihuaneros y cabros chicos que nada. Tu sabís que nosotros vamos a todas; no se trata de querer controlar, pero hay que actuar coordinados... lo más importante es la organización, lo demás es puro espontaneísmo que no lleva a nada. ¿O acaso estáis soñando con que esta pelea la vamos a ganar a piedrazos? No po', si cada cual no puede andar por su lado-. Ahora se paseaba junto a mí, su mesura pedagógica estaba a punto de quebrarse, como si enfrentara a un discípulo desobediente y taimado.

-Es cierto que si tuviéramos matracas la cuestión sería bien diferente, y ahí se sabría quién es quién -Emilio hizo un ademán para interrumpirlo, pero se arrepintió a medio camino, miró hacia el suelo como no estando seguro si debía ofenderse o no por lo insinuante de la frase. Ismael siguió hablando con firmeza-: pero no nos quedan más que las piedras y con sólo eso es hartito lo que se ha logrado... al menos nos desahogamos. Además, todos tienen derecho a rebelarse y cada motivo es respetable. Los viejos están cagados de susto, les gustaría que todo les llegara de arriba y no quieren jugarse el pellejo. Pero pa'eso estamos nosotros, ¿no? La acción es lo más impor-

tante Emilio, la acción; hay que hacer marchas, tomarse las calles, ir al centro; no podemos dejar que se olviden de que estamos acá en la mierda.

-Claro que hay que salir a la protesta -afirmó Emilio bajando la voz y acercándose-, en eso estamos de acuerdo y tú sabís que yo no faltó a ninguna. Tú siempre andái diciendo que tenemos ideas políticas diferentes; yo estoy seguro de que no, lo que pasa es que tenemos distintas personalidades: a veces te pasái de cabro chico y jurái que con tu fuerza de voluntad podís hacer todo. Nunca hay que olvidarse de los niveles de conciencia, Ismael; tú no tomái en cuenta las condiciones objetivas y ni te importan las reivindicaciones por sectores-. Apenas pudo terminar su frase, el otro pateaba el suelo y se pasaba la mano por el pelo.

-Y a mí tus palabritas me caen como patá en la guata -respondió atropelladamente-. ¿Cuántos no se creen revolucionarios porque tienen su piezucha empapelada con posters de la Violeta Parra y escuchan todo el día al Silvio Rodríguez? Y esos otros que se la pasan leyendo documentos con palabras difíciles pa' impresionar. ¿Pa' qué sirve eso?, díme, ¿pa' qué?

Con frecuencia llegaban a ese mismo punto y los embargaba un molesto silencio; ambos se turbaban, como si quisieran pasar por alto el objeto de su disputa para no avergonzar al otro; como buscando reencontrarse con el pasado, en el tiempo en que juntos se las rebuscaban para poder ingresar a las sagradas salas de cine en pos de películas prohibidas, la época en que hacían planes para embarcarse en algún buque carguero y así viajar hasta países remotos. Pero todo eso estaba archivado, y lo concreto fue que Ismael siguió firme en su decisión y Emilio partió cabizbajo, con su repetida chaqueta marrón, su cuerpo pequeño y débil y la misma fuerza de proceden-

cia intangible que emanaba de todos sus gestos. Ismael dio un par de vueltas por el patio y después se encerró en su pieza hasta la noche.

Y el esperado martes llegó. Yo estaba entregado a mi suerte y aguardaba los acontecimientos sin inquietarme por mi propio porvenir. Pero, habiendo escuchado tantos relatos siniestros sobre lo acaecido en días de protesta, no pude evitar mi ansiedad. Todo sucedió entre ayer y hoy; sin embargo -curiosamente-, mis recuerdos se confunden mientras más cercanos están. Los primeros signos visibles de anormalidad fueron la disminución de la movilización colectiva, la gran cantidad de panfletos que inundaron calles y pasajes como pañuelos manchados, y las primeras barricadas que se armaron en la rotonda a las siete de la mañana. Según lo que escuché, hicieron "manifestaciones relámpago" hasta que llegó un bus de carabineros, se bajaron corriendo con sus escudos transparentes y desarmaron las barricadas. Los jóvenes estaban contentos; decían que los transeúntes los aplaudían y muchos automovilistas tocaban sus bocinas con ritmos de apoyo. Se felicitaban por la idea de poner palitos de fósforos y pegamento en los candados de muchos negocios de la Avenida Las Gaviotas; el sector estaba notoriamente paralizado. La movilización se normalizó un poco al mediodía, pero el vecindario parecía en domingo: mucha gente en las puertas de sus casas, niños jugando, las parroquias abiertas, los almacenes cerrados. Por las calles principales pasaban regularmente camiones de militares y, como a las dos de la tarde, anunciaron por la radio y televisión que esa noche habría toque de queda en toda la ciudad. Después de eso pasaron los mismos camiones, pero esta vez repartieron parejas de conscriptos en cada esquina.

A pesar de eso, circuló el acuerdo de realizar la marcha que estaba programada para las tres y media en un

costado del gimnasio. Se juntaron como quinientas personas, con carteles y banderas. Desde la casa de Ismael, a más de diez cuadras de distancia, pude escuchar con claridad sus consignas. Me pareció que tenían una fe ciega en las palabras; la fuerza con que entonaban sus proclamas me hacía creer que se trataba de invocaciones poderosas, cuya pura mención asustaría a sus contrarios, anulando la calidad de sus armas. La marcha no pudo avanzar más de dos cuadras pues se repitió la llegada de los carabineros con sus bombas lacrimógenas y gases. Los manifestantes se dispersaban y reagrupaban; detuvieron a varios y los primeros heridos fueron llevados al policlínico: una mujer que había recibido palos en la cabeza, dos niños casi asfixiados y un joven al que una bomba le explotó entre las piernas.

Al anoecer todo cambió, el aire se impregnó de un tránsito hacia lo intenso y lo desnudo. Con la oscuridad creció el nerviosismo; se escuchaban pasos llenos de urgencia, golpes de puertas al cerrarse, voces de padres prohibiendo a sus hijos salir a la calle, ruegos, advertencias, voces de hijos respondiendo a sus padres con brusquedad. De pronto, el ronroneo entrecortado y torvo: un feroz helicóptero, como un frío insecto venenoso de ojos metálicos, sobrevolaba con insistencia, asediando cada casa con su haz de luz blanca que escudriñaba metro a metro. Muchos de los que aún se encontraban en la calle o plaza, de los que observaban desde la puerta de su hogar, corrieron a esconderse dentro de sus habitaciones, pero hasta allí los siguió el zumbido intermitente y el prepotente reflector que no perdonaba intimidad alguna. Otros silbaban a lo alto, o levantaban su puño en una vana amenaza dirigida al imperturbable esqueleto volador. Por absurdo que parezca, su irritante y eléctrica presencia dio la orden: por todas partes se alzaron ruidos y gritos, se

golpeaban tambores, rejas, balones de gas, cualquier cosa. Impotentes hondas lanzaban piedras hacia el cielo. Con rapidez los jóvenes comenzaron a rodear la población de barricadas grandes y pequeñas, algunas no eran más que unos cuantos peñascos arrojados en la mitad de la calle. Me llegó mi turno e Ismael y Sara me llevaron en una carretilla, junto a otros objetos, a la esquina de Madrigales con Antuco -donde ahora me encuentro-, se juntaron con los otros y me encendieron al lado de algunos troncos y tubos de cemento.

Mucha gente se juntó a mi alrededor, casi todos de la edad de Ismael; cantaban y gritaban con pasión, ansiosos de que "pasara algo", pero también temblando de un miedo quemante que les cosquilleaba entre la piernas y los dedos. Cuando vino el apagón, esperado y celebrado como a un aliado de quien no se confiaba plenamente, los ánimos se volvieron a levantar y mi fuego realzó aún más, con un brillo rojo y azulino que proyectaba sombras chinescas sobre el pavimento. Cuando llegaron los carabineros casi nadie se dio cuenta porque se acercaron con las luces del bus apagadas. Al percatarse de su cercanía, todos arrancaron en medio de las primeras detonaciones; se perdieron con destreza por entre los pasajes y las casas, saltando tapias y atravesando patios ajenos. Trataban de correr agachados y aún no sabían si pretendían acertarles con balines, perdigones o balas de verdad. Los carabineros no entraron a los pasajes y se contentaron con disparar y apagarme; luego el oficial ordenó que regresaran al bus y se alejaron. Ismael y sus amigos volvieron y me encendieron nuevamente; alimentaron mi fuego con más palos y hasta con un colchón viejo que alguien trajo.

Se murmuraba que por el lado sur la situación estaba brava. Algunos pobladores habían saqueado una panadería y alcanzaron a repartir decenas de sacos de harina; desde

aquí se escuchaba el tableteo sin eco de una metralleta. Fue como a la una de la madrugada cuando los carabineros llegaron de nuevo a la esquina donde yo seguía quemándome; quedaban menos jóvenes, pero esta vez los recibieron con algunas piedras y una solitaria molotov voló hasta estrellarse e incendiarse a pocos metros del bus. Comenzó la persecución, con las luces de bengala era más difícil esconderse; además, ahora no había ninguna duda de que se trataba de balas de verdad. Ismael no alcanzó a arrancar con los otros, pudo esconderse detrás de un kiosko y se agachó en la oscuridad. Al cabo de unos minutos, sin motivo alguno, abandonó la seguridad de su parapeto en donde pasaba inadvertido, se levantó y salió al descubierto, se acercó al bus caminando de frente, comenzó a gritar y un carabinero de los que quedaba arriba no tardó en bajar y perseguirlo. Pasaron por mi lado. Avanzaron una docena de metros hasta que, de pronto, Ismael -obediendo alguna orden inaudible- se detuvo antes de llegar a la vereda. El carabinero también lo hizo, sorprendido, retrocedió un poco y levantó su arma. Ismael se dio vuelta y lo enfrentó alzando sus manos vacías; le gritó con toda su garganta, de golpe, casi con una sonrisa de provocación irónica:

-¡Dispara!; a ver, dispárame huevón.

Al otro no le temblaban las manos; todo su cuerpo tenso suspendido en un instante de decisión, sus ojos brillantes muy abiertos. En la caída de Ismael estuvo ausente toda ceremonia; después de los dos estampidos se dobló hacia el suelo que lo acogió sin trámite. El carabinero corrió hacia el bus y al poco rato se marcharon. Todos vinieron hacia él; circulaban instrucciones desesperadas y contradictorias. Recién con el primer aclarar pudieron llevarlo al hospital y no sé si vive aún.

El amanecer se ha completado; ya es de mañana y algunos gorriones picotean a mi lado. Estoy muy débil, a mi alrededor sólo distingo sombras. Supongo que muy luego llegará el camión de la basura, recogerá mis desperdicios y después seguirá su recorrido a través de la ciudad. Esta ciudad que comienza un nuevo día, fingiendo que sólo se trata de un día más.

**SEFERINO
CATRILEO
CIUDADANO**

Queridísima Ester:

Imagino tu arrugada cara de sorpresa e incredulidad al recibir esta carta. Seguramente estás en tu departamentito tan bonito, tan monono, tan lleno de recuerdos cuidadosamente seleccionados y con vista a algún ordenado y limpio lugar que no conozco; con las paredes repletas de afiches sobre Chile y artesanía colgando de todas partes. Mientras abres el sobre te dirás a ti misma que ya estaba bueno de tantos meses de ingratitud y después sospecharás: si este cabrón se acuerda de mí sin duda es para pedirme algún favor. Nada de eso, nada de eso. Aleja tan retorcidos pensamientos y créeme que si no te escribí antes es por lo que ya sabes: dejación, cansancio, y, cómo no, por no tener nada que decirte que no sea lo de siempre, lo que ya conoces, lo que por repetido no vale el esfuerzo seguir repitiendo. Sé que eso no te importa, e igual eres feliz recibiendo cualquier cosa desde acá, lo que sea. Está bien, pero sin engañarnos: es una trampa suponer que la gente se comunica por carta. A lo más se dan ciertas señales de vida. Especialmente cuando ha pasado tanto tiempo. Pero no nos pongamos sentimentales, porque estos garabatos son para otra cosa, son para decirte que en estos días ha ocurrido algo realmente especial. Me he reservado un rato largo frente al papel para poder contártelo en detalle. Además, no me perdonarías que no lo hiciera, porque también tiene que ver contigo, y yo lo necesito porque en esta puta pensión en donde vivo no hay con quien hablar; nadie que te escuche realmente. Para todos aquí, escuchar una conversación es el precio que tienen que pagar para poder hablar.

No voy a mantener más el suspenso; esto no es telenovela: me he encontrado con don Seferino. Sé que no tengo que preguntarte si lo recuerdas, porque en muchas

cartas nos hemos interrogado sobre él, tratando de adivinar su destino desde la última vez que lo vimos. Y todo gracias a don Julio. ¿Recuerdas a don Julio? Creo que en más de una oportunidad te he hecho el retrato. ¿Recuerdas, por ejemplo, lo que te he contado sobre las comidas? Como a las nueve nos juntamos todos en el comedor; el viejo Julio se sienta frente a mí con su rostro colorado y húmedo. Parece que viviera todo el tiempo agitado y respirando a sorbos; lo único que hace es leer el diario y quejarse de esta jubilación que es una porquería, de estos hijos que me dio la vida que son unos malagradecidos, después de todo lo que hice por ellos y así me pagan, dejándome botado y que me pudra; uno se puede sacar la mugre y darles los mejores años de su vida para que al final ni me visiten ni nada, si ni siquiera me invitan a sus casas, parece que se avergonzaran de mí por lo viejo y por lo pobre. Ese es el momento en que empieza a observarnos con una carita como si nosotros fuéramos sus hijos... la verdad es que no se ve muy paternal. Y qué es lo que están sirviendo hoy día, si nunca hay nada decente para comer, puros guisos de verduras que los deben hacer con pasto; no, con bostas los hacen; si para comer un pedazo de carne hay que morderse el brazo; nada peor que este conventillo de mala muerte, porque eso es lo que es, un conventillo y no una casa de familia como decía el aviso del diario. ¿Cómo fue que vine a caer aquí? ¿Me pueden explicar cómo fue que vine a caer aquí? Y ahí contiene la respiración, fija su mirada -llena de cejas peludas y venitas rojas- en cada uno de nosotros, esperando una respuesta que no le llega. Nadie le da pelota porque estamos acostumbrados, aunque algunos sienten un poco de pena por el viejo que cuando se queda callado no es tan caga la onda. ¡Pero don Julio!, lo interrumpe a veces la señora Florencia, que se sienta a su lado, mirán-

donos al resto con aire de comprensión y bondad eternas, preocupadísima y suspirando al ver que el viejo está empezando a tomar de nuevo, si así es la ley de la vida, los hijos crecen y se van, no debemos retenerlos, ahora se trata de sus familias, no podemos estar metiéndonos ni esperar que nos lleven a todas partes; pero no es que no lo quieran a usted (palmadita en el hombro), lo que pasa es que son jóvenes...(sonrisa final de tarea cumplida).

Cuando les da por ese rollo -él quejándose tan pobrecito y ella comprendiéndolo, animándolo, buenisima- la comida puede durar horas y ser absolutamente latosa. Y pobre del que quiera cambiar de tema o encender la televisión, porque el viejo te hace la cruz y eso significa que te quedaste sin diario para leer y sin el vaso de blanco heladito que una vez a las quinientas te convida. Mientras clavo mi cabeza en el plato, el Norberto me hace guiños y casi se atora de pura risa; es que él y yo sabemos la otra versión del melodrama ese, porque hace tiempo hablamos con el hijo mayor del viejo, el que es camionero. Fue en el pasillo del hospital, cuando vino después que le avisamos lo del primer ataque. Se demoró harto en llegar, pero, a pesar de que no se veía muy preocupado, se anduvo tranquilizando -lo mismo que nosotros- al saber que se trataba de una trombosis cerebral leve y que al día siguiente se podría ir. Conversamos un rato con él y nos agradeció muy educado todo lo que habíamos hecho. En esos tiempos yo todavía me tragaba la fábula del pobre viejecillo abandonado por unos descendientes mal agradecidos, así es que cuando nos despedíamos se me ocurrió aprovechar la oportunidad de retarlo un poco contándole lo mucho que su papá echa de menos a sus hijos, si supiera todo lo que habla de ustedes, siempre se queja de que no lo visitan ni se acuerdan siquiera para su cumpleaños; tal vez usted no se imagina, pero él sería muy feliz

si pudiera tenerlos más cerca, sobre todo ahora que está enfermo y envejeciendo; que se está muriendo, iba a decir, pero por suerte no se me salió.

¿Quién me manda a meterme? No alcancé a decir nada más porque al medio minuto me llegó la parada de carro en seco: mire señor, seguía hablando tan formal, si nosotros no visitamos al caballero ese es porque apenas lo conocemos; desde que empezó a necesitarnos se puso llorón y le volvió la memoria, pero cuando éramos chicos y mi santa madre vivía, él no se aparecía durante meses o años, y cuando lo hacía era como para pedirle que no repitiera la visita porque le sacaba la cresta a medio mundo, le amargaba la vida a ella y se gastaba todo lo que había en la casa. No, don Osvaldo, usted no tiene por qué recordarme mis deberes de hijo, porque yo los conozco muy bien y sé que no tengo nada que retribuirle como no sean los malos tratos; y conste que yo soy el mejor predispuesto, porque a mis hermanos no les interesa saber si está vivo o muerto, si tiene donde dormir o se arrastra por el Mapocho. Le aseguro que para su funeral van a ir los mafiosos de sus amigos, si acaso, y nadie más. Yo no sé qué cuentos les habrá pintado él a ustedes, pero cuando lo vuelvan a ver pídanle que les diga cómo era la cosa antes, y aprovechen de contarle que a mi hermana Sonia aún se le nota clarito el tajo que le dejó una noche en la cara, cuando la sorprendió volviendo del cine con su pololo y sin permiso de él. Usted sabe, es de esos recuerdos de familia que no se olvidan.

Yo no supe qué responderle. No es que tuviera una imagen muy buena de don Julio, pero tampoco me esperaba algo así. Me impresionó su hijo; pero no creas que fue tanto por lo que contaba, sino por su forma de hablar, mirándome a los ojos, igual que su padre, con una franqueza irónica y formal a la vez, sin apuro, sin rabia. O,

mejor dicho, con una rabia calmada, antigua, metida hasta los huesos; una rabia que no necesitaba de gestos airados ni gritos para subsistir, porque no era un estado de ánimo momentáneo; más bien se trataba de una decisión que siempre lo acompañaba, a todas partes. Una rabia que no buscaba desquite ni venganza, porque no esperaba ni deseaba desaparecer, porque ya formaba parte de él mismo. Como esas horribles cicatrices, que junto con deformar un cuerpo sirven para dar el último toque que ayuda a terminar de modelar la personalidad.

Bueno, eso pasó hace como dos años. Seguramente aún no entiendes por qué te hago todo este relato. Me he alargado sin darme cuenta. Paciencia, querida Ester, no hay que alarmarse, no olvido a dónde voy con todo esto. El hecho es que hace un par de semanas le dio otro ataque. Esta vez ocurrió en la ducha. Parece que él presentía algo, porque la noche anterior anduvo dando vueltas por todas partes, mareado y con sed, sin quejarse de ningún dolor pero repitiendo cosas y más agitado que de costumbre. La señora Marta -la dueña de este antro- dio la alarma. Ella siempre anda controlando que las duchas no sean muy largas, y como él llevaba más de veinte minutos adentro del baño, le empezó a golpear la puerta gritándole si acaso no sabe a cuánto subió el balón de gas, porque pagan una miseria se creen que esta casa es como un hotel, todos los meses estoy saliendo para atrás con cada cuentita que llega, y hasta cuándo pues oiga, ni que tuviera lepra que tiene que bañarse tanto. Pero el viejo ni le contestaba. Ya era tal el escándalo que todos estábamos pendientes; la Verónica también porque estaba apurada y necesitaba el baño; que ya van a ser las ocho y media y este caballero para qué se levanta tan temprano si no hace nada en todo el día, parte a comprar el diario y se instala en la plaza como si le pagaran por calentar el

asiento, debiera dejar el baño libre a los que trabajamos y tenemos que saber cumplir con un horario... Hasta que empezaron a bajar el tono de la voz, a ver si escuchaban algo, pero nada; entonces dale con los susurros y el susto, hasta que la señora Marta con cara de emergencia sacó su llave maestra delante de todos para que no piensen mal, abrió con una pericia sospechosa y todos nos apretamos en el umbral para ver al viejo Julio botado dentro de la tina, tan mojado, tan blanco, tan completamente arrugado y con la cabeza hundida en el pecho como si hubiese decidido no levantarla jamás. Siempre da vergüenza ver a otro hombre desnudo, especialmente delante de otra gente que está vestida, más todavía si se trata de mujeres y con mayor razón aún si una de esas mujeres es la Verónica, jovencita ella, arregladita, con sus uñas pintadas del mismo color que los labios, zapatos de taco alto y esa chaqueta con hombreras que le da un aire distinguido. Dan ganas de acercarse a explicarle que uno no es igual que ese cuerpo ridículo, que no vaya a pensar que sin ropa uno se queda tan absolutamente desnudo. Al viejo lo dejamos ahí mismo hasta que llegó la ambulancia, como dos horas más tarde, porque no faltó el experto que dijo que no había que moverlo. Estuvo un buen rato con el agua corriendo, a nadie se le ocurría cortarla hasta que me adelanté, cerré la llave y se produjo un silencio enorme y molesto, como si fuese la muerte quien se estuviese dando una ducha.

Los enfermeros lo echaron sobre la camilla como si fuera leña, entonces nos dimos cuenta de que tenía los pies medio quemados, porque el agua que lo estuvo mojan-do tanto rato estaba requetecaliente. La calle estaba llena de curiosos. No sé cómo, en un rato la noticia había recorrido muchas cuadras; un montón de viejas en bata se asomaban por las ventanas, al parecer con ganas de ver chorrear sangre o algo por el estilo (tú sabes cómo es

este barrio Brasil, repleto de residenciales picantes, escondidas en casas enormes; por fuera parecen palacios y por dentro se están cayendo a pedazos). Sin soltar el cigarrillo de la boca, el chofer dijo que alguien tenía que acompañarlo en la ambulancia porque hay que hacer los trámites de ingreso, dejar los datos, ver el asunto del pago y todo eso. Al final fuimos el Norberto y yo; él por copuchento, y yo porque no era tanto problema que faltara a la pega y todos pensaban que con mi carnet del ministerio se iban a facilitar las cosas. Partimos rajados, en medio del ruido de la sirena y de los gritos de doña Florencia que prometía que iba a llamar a la familia y mandarle ropa limpia.

Apenas llegamos al hospital se llevaron la camilla por un pasillo de la posta, se perdió detrás de una puerta que tenía un cartel grande de letras rojas: ACCESO RESTRINGIDO A PERSONAL AUTORIZADO. Pasamos toda la mañana dando vueltas por salas oscuras y pasillos con olor a cloro, tratando de hablar con alguien que nos explicara; pero todo el mundo pasaba apurado, ocupado o sordo. Nos mandaban siempre a la misma ventanilla de informaciones, en donde invariablemente el gurka que atendía respondía como disco rayado: "está en observación". De nada me sirvió mostrarle mi carnet donde dice que trabajo en el Ministerio de Educación y aparezco rígido, de corbata, con la cara plastificada y en colores; no se impresionó nada, y me miró como si estuviese a punto de aceptar el desafío y comenzar la competencia sacando él otro carnet importante de verdad. Al final nos aburrimos y nos instalamos en un banco duro y resbaloso, conversando de cualquier cosa y fumando sin parar. La guata ya se nos retorció de hambre, y estábamos a punto de desertar, cuando una enfermera se acercó con aire importante -derramando toda la autoridad que le daba el poder entrar en cualquier parte y atravesar esa puerta que

para nosotros era una barrera infranqueable-; preguntó si éramos parientes de don Julio y luego contó que tuvo otra trombosis cerebral con compromiso de conciencia, esta vez bastante más grave; lo acabo de ver y ahora le están haciendo una punción lumbar y algunos exámenes. Además, las quemaduras en los pies son delicadas y hay que controlarlas para que no se infecten. Va a tener que quedarse unos días por lo menos, hasta ver cómo evoluciona; ustedes tienen que hacer los trámites de ingreso y traerle ropa, papel confort, servicio, un vaso, plato, toalla... como si fuese a un campamento de boys scouts, pensé. Tenía voz de pato y hablaba como si estuviera recitando. No entendimos todo lo que nos dijo, pero lo principal era que no íbamos a tener que sacarlo en calidad de bulto como imaginaba.

Un par de días después de su hospitalización fui a visitarlo. No sé por qué lo hice; ciertamente no suspiraba de ganas, tampoco era una obligación, ni siquiera sentía curiosidad. Pero fui. Al verlo no pude intentar ningún gesto de optimismo ni alivio, y, a lo más, aspiré poder camuflar en mi expresión la sorpresa que me provocaba verlo así: infinitamente más viejo y deteriorado que apenas un par de días atrás, con profundas grietas alrededor de su nariz y en el cuello, más blanco y lampiño que nunca. Además, me asombré de verlo tan sumiso, casi humilde, como si la enfermedad que lo acorralaba por fin lo hubiese doblegado. Se notaba que no era capaz de controlar sus movimientos con precisión, parecía que su cerebro daba instrucciones que los músculos se negaban a cumplir; eso producía el cómico efecto de que sus reacciones se veían como involuntarias o exageradas, como si entre sus intenciones y sus nervios se hubiese producido un malentendido o un divorcio: trató de darme la mano, pero terminó aferrándose a mi brazo buscando apoyo;

quiso sentarse, pero su cintura nos sorprendió con una repentina contorsión que casi lo arroja al suelo. Su cuerpo se había rebelado y, sin querer, recordé una frase leída o escuchada no sé dónde: "la vejez es la autocrítica de la naturaleza".

Parecía contento de verme, o al menos aliviado de tener en quién depositar su nutrido arsenal de quejas; aunque éstas ya no eran un surtidor de alegatos iracundos, sino más bien una serie inarticulada de lamentos infantiles. Se veía abatido y cansado; hablaba con lentitud, la lengua pesada y los gestos torpes. Dudé si pasarle o no el diario de la tarde que le llevaba; después de estrujarlo un poco lo dejé en la orilla de la cama, pensando que si quiere lo toma y lo lee, pero ni siquiera lo miró. Preguntó por todos los de la pensión, protestó por el calor y la comida, trató de hacer una broma que me apresuré demasiado en celebrar y aquí me tienes Osvaldo, me dijo luego, tan cagado como me ves, ahora sí que vino fuerte, mucho más que la otra vez, ¿te acuerdas? Pero por lo menos no estoy tan cagado como el indio ese que me tocó de vecino... siempre se puede estar peor, ¿no? Seguí la línea que indicaba su mentón, buscando el origen de su modesto consuelo, hasta que mis ojos tropezaron con la cama de la izquierda que estaba a un par de metros. No lo reconocí de inmediato, pero algo me obligó a detener la mirada sobre su cuerpo; tal vez fue su actitud de resignada lucidez o ese indiferente distanciamiento que asomaba de sus manos, tranquilamente posadas sobre su pecho; en todo caso fue algo que no era frecuente ver por allí. Me levanté con rapidez. Discúlpeme un ratito don Julio, le dije, sin preocuparme por su desconcierto... y me acerqué. Puedes imaginarte mi sorpresa; con dificultad encontré sus ojos y arriesgué un saludo: ¿cómo le va, don Seferino, ya no saluda a los amigos? Forzó una mueca que me empañé

en traducir a sonrisa, pero no pronunció palabra y su calmada espera de labios apretados me puso nervioso. Ni por un instante se me ocurrió que no me hubiese reconocido; comencé a hablar atropelladamente, deseé explicar, contar, preguntar, quise y no quise volver al pasado, busqué hacia atrás y tropecé con un laberinto que en alguna parte me dolía, con ese fresco y siempre renovado dolor que tiene aquello que ya no puede ser de otra forma que como fue; hice una pausa para escucharlo pero no dijo nada, siempre sus ojos presionando hacia mí, sus manos inmóviles como si fueran de greda y pensé entonces en tomarlo del brazo para que salgamos de aquí un rato y por qué no vamos a un bar de esos bien frescos, con ventilador y todo, al Indianápolis podemos ir, como antes, tomaremos un metro de cerveza y celebraremos en forma, ahí estaremos mejor, dejará de mirarme de ese modo y se atreverá a conversar. Pero, ¿cómo se me puede ocurrir?, si usted está en cama, si usted está enfermo, y cuénteme qué es lo que le pasa y qué hace aquí y por qué no me responde... por favor, hábleme antes de que me ponga a gritarle en la oreja o lo zamarree entero hasta obligarlo a abrir la boca y se desarme esta armazón de fierros que tiene por cama.

No perdái el tiempo, me gritó don Julio, que no dejaba de espiar con alarma -y quizá con su poco de celos- mi monólogo de murmullos desordenados cuyo volumen ascendía cada vez más, si el mapuchito ese está mudo como foto; claro que a mí no me engaña, estoy seguro que no se le va una. No quise creerle, pero la enfermera a la que perseguí como una hora lo confirmó: don Seferino Catrileo, claro, le dio el mismo ataque que a su amigo don Julio, una trombosis cerebral, pero a él no le afectó de la misma manera, no le dañó la parte del cerebro que tiene que ver con el cuerpo, sino la que

maneja el habla, aun cuando sabemos que puede escuchar y parece que entiende todo perfectamente. No, no es posible saber cuánto le va a durar, puede que se le pase mañana, que aprenda a hablar de nuevo de a poco o que nunca más vuelva a articular palabra. Le están haciendo un tratamiento; hace como dos meses que está aquí, pero si quiere averiguar más tiene que consultar a la asistente social porque yo sé eso no más. Mire, si usted desea conversar con el médico va a ser más difícil porque no viene hasta mañana y no es día de visitas, pero vaya a preguntarle a la secretaria mejor, sí, la que está en el pasillo.

Después intenté volver con él, pero ya había acabado la hora de visitas; me desesperé porque no me dejaron pasar a la sala común y me pregunté qué estará pensando, seguramente cree que me fui para no regresar. Me las arreglé para enviarle un papel donde prometía volver pasado mañana porque mañana no dejan entrar y ahí estuve el sábado tempranito; le llevé algo de comida, todo lo que se me ocurrió: un poco de queso, jamón, algunos tarros, fruta y me morí de vergüenza cuando pasé primero muy rápido a saludar a don Julio y me di cuenta que no le llevaba nada a él, pero ni se fijó en la bolsa que yo trataba inútilmente de ocultar, porque estaba acompañado por un amigo de esos de la plaza, así es que no me infló mucho y creo que tampoco se sintió porque al tiro fuera a sentarme al lado de don Seferino. Lo encontré solo, en la misma posición que el otro día. Ahí me convencí de qué gran mentira es esa de la comunicación a través de las miradas: en realidad, dos pares de ojos que se enfrentan tan sólo pueden aspirar a adivinarse mutuamente, con todo el riesgo que ese juego tiene de que se convierta más que nada en un inventarse a la medida de los más preciados deseos, en un recíproco e inevitable cumplimiento de las

propias expectativas. Me encontraba al borde de esa deliciosa farsa, pero se me hizo demasiado patente que lo que buscaba eran certezas y me sentí impotente, perdido tratando de descifrar algún mensaje de entre los pliegues de su rostro: no supe recibir ninguna información, sólo el vacío prepotente e inerte del silencio que penaba sobre nosotros. Y ¿qué supones que hice? Pues casi nada: quedarme ahí contemplando los minutos, hablándole a ratos, alguna noticia, comentarios, deseos; tratando de adaptarme a lo difícil que es conversar en solitario. Si hasta se me ocurrió que sería agresivo para él, condenado a la pasividad del oído, pues mis palabras podían interpretarse como una exhibición de superioridad, una demostración evidente de su invalidez verbal, de su estado pre-humano. De ahí a los recuerdos había un solo y pequeño paso. De pronto, no sé cómo, me di cuenta de que él ya lo había dado. Estábamos en lo mismo; era algo obligado e ineludible. Y recordé. Con esa selección aparentemente caprichosa que realiza toda memoria, esa arbitraria e imparcial búsqueda que siempre retiene algo y pierde el resto, mientras nada nos garantiza que rescate lo importante. Tú sabes, los psicoanalistas dále con que eso no tiene un pelo de desordenado ni de arbitrario, que nada se olvida y todo queda ahí, en alguna recóndita parte; que lo que te permites recordar y lo que tu olvido acostumbra a callar, hablan de tu propia identidad, de tus deseos, de tus miedos y tus frustraciones. No hay que hacerse esperanzas, nada funciona al azar en el complejo tablero del cerebro, todo está ahí, con su propio orden, pero ahí, aguardándote en una especie de bodega oscura, llena de pasadizos, estantes, cajones y cajoncitos; acechándote, esperando que te deslices sobre el fino teclado del sistema nervioso para traer a tu vista aquello que creíste sepultado para siempre. Si alguna vez imaginaste que te podías deshacer de

ciertas partes de tu pasado, ya lo sabes, los siquiátras se hacen responsables de demostrarte que tienes que cargar con todo, que no existen los borradores mentales que puedan eliminar lo malos ratos ni los momentos desagradables, que todo es presente, que lo que supones fue tragado por el pantano del pasado en verdad está intacto y basta el menor gatillo para que asomen hasta tus abuelitos, para que los problemas que tuviste recién nacido al cagar, comer o dormir se te conviertan en una realidad viva y actual. No hay amnistía suficientemente poderosa como para anular todo eso que no debiera haber sido pero fue; no es posible renunciar. Sólo hace falta desmalezar un poco el espeso follaje de tu historia para que, sin inhibiciones, te sorprendas de cómo van asomando desnudas imágenes, palabras y gestos que soñaste que ya no formaban parte de ti, pero que siempre estuvieron allí, haciéndote una silenciosa compañía a la sombra.

Y lo primero que recordé, inevitablemente, como una revista que cae al suelo señalando una página y no otra, fue ese añejo día en la Escuela Parroquial de Galvarino, cuando llegó fuera de temporada a nuestro curso (el único curso, en el que se juntaba toda la primaria, una sala grande por la que se colaba el viento y el agua, con un pizarrón en cada extremo para que un solo profesor pudiera hacer clases simultáneamente a los grandes y a los chicos: unos mirando al sur haciendo tareas y los otros hacia el norte con el dictado, y pobre del que se dé vuelta porque le llega reglazo seguro). Llovía como sólo llueve en Galvarino y él, frente a nosotros, todo mojado, chorreando agua de su pelo tieso y brillante, sin zapatos, con un par de ojotas embarradas que le quedaban más que grandes, pantalones oscuros arremangados y un abrigo que sólo era una manta con mangas. Todos nos sentimos sorprendidos y desafiados por su tamaño y hosquedad;

claro que no era el único mapuche del colegio, ni el primero ni el último, como acostumbraba a decir orgulloso el padre Jeremías, quien luchaba firmemente en contra de los prejuicios raciales de este perdido pedazo de mundo, porque le recordaban los que él mismo había sufrido en su propia tierra, desde donde lo mandó su congregación como misionero y como apóstol a predicar entre los paganos, a los que encontró muchísimo más evangelizados de lo que suponía. Nos lo presentó, aprovechando la oportunidad para lanzarnos un breve discurso de esos que más le gustaban sobre que debíamos dar la bienvenida al nuevo compañero y ayudarlo en este camino que inicia en su vida; y más que un nuevo alumno debemos considerarlo un nuevo amigo, para que todos sepamos compartir con él la alegría inmensa de estudiar y la satisfacción de pertenecer a este colegio, a la Iglesia y a este país bendecido por la Virgen, que tanto espera de cada uno de ustedes. Deben saber también que tenemos mucho que aprender de su experiencia porque, como se habrán dado cuenta, nuestro recién llegado es ya algo mayor que la mayoría de ustedes, es un trabajador de la tierra como otros tantos, que nos enseñará lo que sabe y a quien ayudaremos a recuperar el tiempo perdido. Y cuéntanos, para empezar, cómo te llamas querido muchacho. Entonces él, sin miramientos ni tartamudeos, lanza su nombre con apellido y todo, con voz ronca y fuerte: ¡Seferino Catrileo, señor! Y nosotros riéndonos a carcajadas porque a un cura no se le dice señor, se le dice padrecito o padre, y el cura que no se rían niños, ¡silencio, silencio!; pero ya no había caso, porque a nadie se le escapaba la diferencia -ni siquiera a mí, que en esa época debo haber sido muy chico-, ese contraste que vivíamos como una agresión; lo mirábamos fijo y él allí, de pie frente a todos con su postura poco usual, porque los otros que venían de las reducciones

llegaban humildes, como pidiendo perdón y, deseando pasar inadvertidos, se sentaban atemorizados en las últimas filas que, por una especie de acuerdo nunca reglamentado, les estaban reservadas. En cambio éste, sin que nadie le dijera nada y aun en medio de las risas y la colorada cara del padre Jeremías que ya explotaba de rabia, se adelantó y se sentó en la primera fila, a mi lado. Ese asiento está ocupado, dije, con rabia y susto de tener que pasar la vergüenza de su compañía; yo lo veo desocupado, me respondió con su vozarrón; es de Inostroza que hoy no vino porque está enfermo, repliqué esta vez en voz alta y reclamando al cura, que entonces intervino y ya no peleen por tonteras niños, ni menos tú Osvaldito que deberías dar el ejemplo, y tú Seferino puedes quedarte en ese lugar por hoy y mañana te daremos uno definitivo.

Pero allí se quedó, en la primera fila, con el grupo de los más chicos, porque Inostroza no vino al día siguiente, ni al subsiguiente, y en realidad nunca más se apareció, ya que su padre, después de algunas pequeñas dudas y arduas discusiones conyugales, se convenció de que era imposible que algo entrara en la cabeza dura de ese hijo testarudo, y por fin arribó a la sabia conclusión de que sería mucho más útil cuidando animales que calentando un asiento en la escuela de esos padrecitos alemanes que lo único que saben hacer es rezar avemarías y no han sido ni siquiera capaces de enseñarle el silabario.

Seferino se destacaba por su tamaño y envidiable musculatura, por su edad imprecisa que jamás reveló. Cuando se la preguntábamos, miraba al cielo o hacia una ventana sin responder, eludiendo nuestra curiosidad, como si no hubiese escuchado o como si el cálculo de sus años fuera un procedimiento demasiado largo o complejo. Nunca pudimos saber la fecha de su nacimiento ni el día de su cumpleaños; llegamos a pensar que él la ignoraba tanto

como nosotros. Pero todo indicaba una madurez desconocida para la mayoría; su orgullo sin justificación, su indiferencia, su aire inaccesible y callado les parecía a muchos algo ofensivo o amenazante. Llegaba cada mañana caminando quién sabe desde dónde, casi siempre empapado, embarrado hasta los tobillos, con la misma ropa del primer día. Depositaba junto a mí lo que usaba por bolsón: un saco harinero lleno de hilachas. Evitaba entrar en contacto con todos; incluso se mantenía alejado de los otros mapuches, que eran bastantes, pues la idea del colegio era, precisamente, promover la integración a través de una formación común. Claro que por lo general entre ellos y el resto se producía una separación tan combatida como evidente; en la sala de clases, en los juegos del recreo, en los apodos, en la ropa, en el almuerzo; por todas partes y en cualquier momento asomaba y desbordaba la palpable existencia de dos grupos claramente distintos. Así, la "formación común" nunca fue algo tan poderoso como para disolver las diferencias que ambos bandos no sabían, no podían o se negaban a borrar. A lo más, el colegio imponía un rayado de cancha que nos obligaba a aparentar que esas diferencias no importaban... pero claro que importaban. Importaba que ellos fuesen más pobres, más oscuros, y sobre todo importaba que pudieran ser ciertos todos los sórdidos relatos que se corrían sobre sus vidas. Nos preocupaba mucho la posibilidad de que nos confundieran con uno de ellos, y envidiábamos a quienes vivían en Temuco y podían escoger un colegio sin indios. Nosotros pertenecíamos a la gente decente, a la gente limpia, entre quienes ser borracho era un accidente y no una costumbre; era mucho pedirnos que renunciáramos a eso. En compensación, rápidamente aprendíamos el delicado arte de fingir igualdad y sentir compasión (otra forma, más sutil, de vivir la superioridad). Sin embargo, después de todo,

algunos éramos niños y, en ocasiones, olvidábamos ese entramado de prejuicios y distancias por sobre los que se apoyaba nuestra infancia, y nos atrevíamos a traspasar las fronteras que nos separaban. Seferino parecía estar por sobre todo eso; es decir, se mantenía casi tan alejado de sus compañeros mapuches como del resto; tenía sus propias reglas, ignoraba por igual a todo el mundo y no demostraba interés en nadie, hablaba muy poco y no necesitaba recurrir a la fuerza para imponer respeto. Por ser su compañero de banco, al corto tiempo me di cuenta de que una parte importante de su distancia radicaba en que el castellano no le era nada fácil. En la escuela no estaba prohibido hablar en mapuche; sin embargo, era algo que tampoco se estimulaba demasiado, porque la idea era terminar con los obstáculos que a las familias indígenas les impedían desenvolverse en la sociedad chilena. Según el padre Jeremías (tengo presente nuestra conversación de años más tarde, cuando volví a visitarlo: viejo y desilusionado por lo poco fructífero de sus esfuerzos, horrorizado por esa pobreza que en vez de disminuir aumentaba, y de la que al parecer se sentía responsable), lo importante era que desde niños, desde niños, repetía enfático, hay que destruir el aislamiento del mapuche. Si en sus pequeños sitios no hay futuro, aseguraba con su castellano que nunca dejó de ser alemán, sus tierras son pobres y estrechas; es imperativo que se incorporen al trabajo en las fábricas, que tengan educación y puedan aspirar a un empleo como cualquier otro ciudadano; no es posible que no se sientan chilenos y que los desprecien o rehuyan, que tengan que ocultar sus tradiciones; no basta con paliar sus miserias, hay que darles oportunidades y herramientas para que progresen. De él aprendí palabras que más tarde usaría con soltura; se apasionaba cuando hablaba del país y siempre mencionaba el "desarrollo" (algo demasiado

avanzado para ese medio rural lleno de pequeños agricultores, improvisados comerciantes y unos cuantos funcionarios olvidados hasta por la burocracia): expresión que en su boca evocaba una mezcla de fábricas, estudios, reformas, elecciones, máquinas modernas y ciudadanos; sobre todo ciudadanos.

En el colegio, casi todos los mapuches dominaban el castellano con facilidad, y preferían no hablar en su lengua frente a los demás, como si una especie de pudor o culpa les pesara (por eso, la escasa habilidad de Seferino con nuestro idioma era señal de que su familia era de aquellas en las que los contactos con los huincas eran muy pocos). Por mi parte, comencé pronto a olvidarme de la humillación que significaba su compañía y, en cambio, comencé a vivirla como un privilegio, por la posibilidad de estar cerca de sus secretos que a todos negaba, y así poder aparentar que los conocía. La enseñanza era árida, el joven profesor debía apelar a todos sus recursos para mantener el control sobre los alumnos y dictaba rápidamente, amenazándonos con que voy a realizar en cualquier día de estos, en cualquier momento, una prueba sorpresiva y aquel que salga mal, o meta bulla, o se levante de su asiento sin permiso, deberá volver con su apoderado, o se quedará sin recreo durante una semana, o lo mandaré a la inspección y allí verán lo que le hacen porque a mí se me está acabando la paciencia, se los aseguro. Seferino entendía poco o nada de lo que ocurría a su alrededor; para peor, ya estaba atrasado un par de meses. Lentamente comencé a ayudarlo, con timidez le corregí algunas de sus expresiones, le repetía calmadamente lo que el profesor dictaba a toda velocidad, le presté mis cuadernos para que durante los recreos se pusiera al día. Primero no me respondía sino con monosílabos entrecortados, pero a los pocos días comenzó a hacerme preguntas y rápida-

mente su manejo del castellano se amplió de manera notable. Pero eso no lo tornó más comunicativo ni suavizó sus expresiones, aunque al menos no se vio obligado a seguir recibiendo las ya habituales burlas de todos ante sus frases torpes y mal construidas; adquirió mayor seguridad y no tuvo necesidad de disfrazar sus ocasionales sonrisas.

Verlo allí ahora, tan pequeño e inválido, impotente como un gigante caído, de pijama desteñido, las rodillas levemente inclinadas, apuntando hacia los barrotes, y su mirada medio extraviada traspasando mi cara y vagando quizá por dónde. El contraste con el pasado fue demasiado notorio e inquietante: pensé en mí, en cuál sería su impresión si estuviese, como yo, comparando sus recuerdos con el presente, con la imagen que mis gestos y mi postura le regalaba en esos momentos. La primera vez que lo vi caer fue poco después de su escandalosa llegada al colegio, cuando el matón Quintanilla se cansó de insistir en que le convidara del sandwich que mi mamá ponía todos los días en el bolsón, envuelto cuidadosamente en una servilleta celeste; podía ser de palta, de pollo, de arrollado, siempre con mantequilla por los dos lados y acompañado de una fruta; era una sorpresa en cada primer recreo descubrir qué comería ese día. Pero el matón Quintanilla, verde de envidia y morado de hambre, invariablemente se acercaba con ese hostigamiento típico de la desinhibición que otorga la confianza en la propia fuerza, primero amistoso y persuasivo: convidate un pedacito, ¿qué te cuesta?, si me dai la mitad te dejo usar mi honda. Pero yo, firme, incorruptible en mi fidelidad edípica hacia el sandwich que seguramente representaba la extensión del amamantamiento, como si fuese un pecho-marraqueta que yo y sólo yo pudiese morder. Después, pasaba sin transición ni orgullo a las amenazas más descabelladas, pero

nunca a los golpes porque yo era de los chicos, usaba lentes y él no se arriesgaba a los severos castigos reservados a los abusadores. Pero un día se aburrí definitivamente, o su hambre lo traicionó. Esa mañana se trataba de un sandwich de jamón ahumado con tomate, demasiado tentador, y a la salida del baño vino el empujón, después me lo arrebató de un zarpazo y corrió por el patio gritando a todos: vean cómo son los sandwich que la mamita del pelotudo este le manda a su pobrecito cuatrojos, tan chiquitito y tan cagado que lo han de ver, si ni siquiera deja que le miren lo que va a comer. Entonces, terminó su carrera, dejé de perseguirlo, se paró arriba del tronco que había a un lado del gimnasio y comenzaron a juntarse los que jugaban por allí. Veamos qué es lo que trajo hoy día, gritaba desahogado, y lentamente desenvolvía el paquete entre las risas de los demás y mis hipos reprimidos porque no quería llorar, pero las lágrimas rebeldes presionaban bajo mis pupilas y la garganta se me enronchaba de una mezcla entre pena y odio infinito por ese guatón de mameluco manchado y manazas enormes con las que agarraba el sandwich y lo olía delante de todos parodiando una expresión de asco, como un mimo que arruga su nariz ante un paquete presuntamente nauseabundo. Ahí fue cuando se acercó Seferino, con paso de cowboy regional, mirándolo a los ojos y diciéndole muy tranquilo que me lo entregara, y el otro termina de desenvolver el paquete respondiendo pero no te enojas tanto que ya se lo voy a pasar, si era una broma no más... se acerca y con fingida displicencia lo deja caer, mira hacia todos lados encogiéndose de hombros y exclamando asombrado: ¡pero si no se quebró!, parece que no le pasó nada, ¿será muy resistente?; luego le pone el pie encima con su tremendo bototo y dice perdón no me fijé, entre las risas de todos cuando se agacha a recoger la mezcla de tierra con pan y me la

ofrece. Quintanilla saca pecho y se sorbe los mocos cuando Seferino se acerca y a ti qué te importa indio retrasado, nadie te mandó llamar, aprende a hablar primero y después te juntái con la gente; Seferino callado no más se sigue acercando hasta que alguien desde atrás lo empuja y el matón lo intercepta haciéndole una zancadilla. Cayó como un tronco y sin quejarse. Quintanilla aprovecha de pegarle una feroz patada en la cara y Seferino, como si nada, se levanta sacudiéndose el polvo y limpiándose con una manga la sangre de su boca; lo agarra del mameluco, lo levanta como si fuese una bolsa, lo arrastra hasta la acequia y le hunde la cara en el barro. Grandes y chicos, que formaban una ronda festiva alrededor, parecían una jauría al chillar de júbilo, porque al fin el matón mayor, que hasta hace un momento aclamaban, había sido destrozado y su martirio inauguraba una nueva era en la que el antiguo líder-extorsionador podría ser burlado y humillado por cualquiera. Me alcancé a asustar al ver que los manotazos del caído gradualmente perdían fuerzas y su cabeza se hundía más y más en el barro; por un momento pensé que estaba a punto de asfixiarse; pero todo duró muy poco ya que el padre Jeremías no tardó en llegar, atraído por los gritos y el tumulto. Repartió castigos y sermones a diestra y siniestra; a Seferino, por supuesto, le tocó la peor parte, pero la aceptó sin quejas ni reclamos. Intenté explicarle al cura cómo habían sido las cosas, pero no quiso escucharme: la figura sangrante de Seferino sobre el otro, esa enorme cabeza enterrada en el barro y los brazos desesperados agitando el aire, constituían una escena demasiado poderosa para aceptar cualquier aclaración atenuante.

Así fue como se consolidó para siempre su prestigio y nuestra amistad. Seferino era un líder poco común: no pedía favores a nadie, pero otorgaba protección a muchos,

no parecía interesado en demostrar su superioridad ante sus potenciales competidores y sólo razones o circunstancias muy poderosas podían llevarlo a pelear. Todo eso traía el descontento de sus fieles seguidores, que querían verlo exhibir sus atributos como si fuese un gallo de pelea. Pero él rehuía los enfrentamientos y buscaba la seguridad del anonimato; su actitud nunca se adaptó a las reglas y procedimientos de esa pequeña mafia que me aterraba. Creo que lo que nos unía eran diferentes maneras de vivir la desadaptación: a él, su porte y su fuerza le sobraban; a mí, la debilidad enfermiza de mi cuerpo no estaba a la altura de mis miedos y rabias. Sin embargo, a través de los años su reputación no declinó. Tampoco su vida se tornó más transparente; había largos períodos en que su ausencia del colegio hacía que muchos se olvidaran de él. Nunca obtuve permiso para visitarlo; por lo demás, él tampoco me invitó jamás a conocer su casa ni a su familia. Me acostumbré a sus silencios, pero pronto comenzaron a correr extraños rumores en torno a su descendencia de un importante y legendario cacique, sobre su innombrable pobreza actual, acerca de un padre casi inválido que él debía reemplazar. Varios acudieron a mí en busca de información, pero siempre pensé que mi lealtad consistía en imitar su mutismo (lo cual era también una manera de ocultar mis propias ignorancias sobre él). Después de pocos años, sin haber terminado aún la primaria, vino el gran cambio: el traslado intempestivo de mi padre a la capital y el comienzo de nuestra nueva vida en las cercanías de la Plaza Almagro. No pude despedirme de Seferino porque en esos momentos atravesaba por una de sus prolongadas interrupciones del colegio; pero le dejé una breve carta que nunca respondió.

Quizá creas que invento o exagero, que no es posible que retenga con precisión tal cantidad de detalles después de los años que han pasado. Yo también comencé a dudar de la fidelidad del relato nítido y ágil que me hacía a mí mismo. Quise preguntarle, para que confirmara o corrigiera la veracidad del torrente involuntario que se desbordaba ante mis ojos y que hoy ordeno para ti. No hubo caso: cuando fijaba su mirada en la mía, creía adivinar que su comprensión era absoluta, que no se le escapaba el sentido de ninguna frase... Sin embargo, no hizo ni un mínimo esfuerzo por responder, como si un meticuloso y estricto machete cortara todo contacto entre su mente y su lengua, señalándole que cualquier palabra estaba demás, insistiéndole en lo arriesgado, inútil o innecesario que sería salir de su refugio de silencio.

¿Sigues preocupado por tu amigo?, me preguntó don Julio, cuando a los pocos días volví a visitarlo. Yo estoy un poco mejor, por si te interesa, agregó, ácido y quejoso. De corrido, sin que alcanzara a escapar, empezó a contar-me que estoy pasando unas noches de perros, porque al indio ese le ha dado por tener pesadillas y se pone a meter bulla mientras todos duermen; despierta en medio de quejidos ahogados y se da vueltas de un lado a otro, como si lo estuvieran asando a fuego lento. Claro que uno tiene que aguantarse no más porque aquí a nadie le importa nada. ¿Qué crees que me respondió el médico cuando le conté, reclamándole, para que me cambiaran de cama?: se alegró el muy tarado. Tú sabes cómo son, ni se preocupó por mí, por supuesto, y miraba al mapuche frotándose las manos con cara de aquí está pasando algo y no me lo voy a perder.

¡Claro que aquí está pasando algo!, murmuré para mí, encaminándome pronto hacia don Seferino con mi nuevo paquete ya sin disimular. Me senté en la orilla de su cama

y examiné la sala común: inmensa, con altas ventanas enrejadas y paredes que en alguna época lucieron un color verde agua; hay cuarenta o cincuenta catres de fierro gris, en dos filas paralelas; muchos sin velador, con sólo una silla que cada enfermo usa para depositar sus cachivaches. Mucha gente pululando alrededor de cada enfermo y uno que otro solitario que intentaba dormitar o se dedicaba a mirar al resto. Hice esfuerzos por sonreírle, como se le sonríe a los enfermos, con intenciones de complicidad y como que aquí no ha ocurrido nada y ánimo, que ya va a pasar, si no es tan grave como parece a primera vista, hoy en día la ciencia ha avanzado mucho y todas esas macanas que se dicen sin creer en ellas y, lo que es mucho peor, que se dicen sospechando que quien las escucha las cree menos que nadie, aunque debe hacer esfuerzos por aferrarse a una incierta esperanza. Pero era yo más que él quien necesitaba esas palabras de apoyo, algo que neutralizara mi evidente susto ante el dolor, ante ese ambiente hostil lleno de delantales sucios que debieran ser blancos, fierros amenazantes, frascos misteriosos e instrucciones incomprensibles. Me imaginé que estar ahí era una forma especial de vivir una enfermedad, en donde los reclamos físicos podían no ser lo único importante. Se me hizo evidente que el cuerpo de don Seferino había dejado de pertenecerle; ahora se encontraba expuesto a que quien quisiera lo manipulara a su antojo, lo conociera a fondo en sus detalles más celosamente ocultos; cualquier camillero se sentía con el derecho de darle órdenes, cualquier enfermera levantaba sus frazadas sin aviso ni explicación alguna; se encontraba a merced de una cofradía que posee sus propias leyes, para la cual el paciente es sólo parte de una rutina, el pasajero transitorio de una cama numerada. Todos los enfermos pueden espiarse entre sí y enterarse de cuántas visitas tienes, de qué color es

tu pijama, de con cuánta intensidad roncas. En un hospital como éste, supuse, es el enfermo quien ocupa el escalón más bajo y despreciable, porque es el más vulnerable, quien ha perdido toda dignidad al ser forzado a integrarse a esa comunidad peculiar, en donde un requisito ineludible es aceptar mezclar algo tan íntimo, como el estar en cama, con algo tan público como el estar echado en un pasillo, en una galería donde todos exhiben sus miserias y agonías, donde todos intentan aferrarse a algún signo que los diferencie de los otros: un crucifijo, una radio a pilas, una foto, alguna ropa distintiva que hable de un pasado mejor...

Pero parece que como detective soy un fracaso, porque nada pude descubrir, ni en su cama ni sobre el velador, que me diese algún indicio acerca de la vida que llevaba en el momento de llegar al hospital. Esa misma tarde, antes de verlo, había pasado por la oficina de la asistente social buscando información. Se demoró en atenderme; en el pasillo había una docena de mujeres que esperaban con una actitud de fatigosa impaciencia; algunas tejían mientras los niños propios y ajenos se les encaramaban por todas partes; una que otra reclamaba en voz alta a quien quisiera escucharla, pero la mayoría hablaba en susurros y con los ojos de resignada ansiedad fijos en la puerta de donde podría provenir algún dato o ayuda. Cuando le conté por qué estaba allí, alejó su interés de las carpetas que la mantenían ocupada y me examinó con curiosidad; me ofreció un cigarrillo que acepté y se apoyó en el respaldo de la silla buscando comodidad, como si yo fuese una visita deseada y esperada. No tenemos su dirección ni ningún otro dato, me dijo; aquí está su ficha... a ver, Seferino Catrileo, llegó hace nueve semanas, el 25 de noviembre; lo trajeron porque quedó inconsciente cuando viajaba en una micro y al llegar acá sólo traía una bille-

tera. Fue a un mueble oscuro que había frente al escritorio y la sacó de un cajón inferior; era de cuero negro, muy gastada. Me la entregó y pude ver que en su interior había un carnet de identidad (sin dirección), una foto de su mujer con tres niños en algo así como una plaza, unas monedas, un calendario y algunos papeles medio roñosos e ilegibles. El carnet era muy viejo, de Temuco, y su foto estaba bastante borrosa, como si hubiese estado en agua un tiempo. Entre los papeles había anotada una dirección: "Sta. Clara N^o. 82". Si usted nos pudiera ayudar sería fantástico, siguió diciendo la asistente, porque ya no sabemos qué hacer; parece que hasta ahora el tratamiento para que recupere el habla no ha dado resultado, y tampoco escribe nada cuando se le pide que lo haga; tal vez no sabe hacerlo o también eso se le ha olvidado. Ya deberían haberlo enviado a su casa, pero no lo podemos dejar en la calle, es preciso encontrar a sus parientes para que se hagan cargo de él, o si no vamos a tener que buscarle hueco en un asilo o algo así. En alguna parte lo deben estar echando de menos, es raro que no hayan llegado hasta acá preguntando. A ella ya se le había ocurrido ir a la dirección que aparecía en el papel: ¿sabe cuántas calles Sta. Clara hay en Santiago? -me interrogó con un tono de agotamiento que necesitaba desahogo-, nada menos que ocho (si acaso es de Santiago); se puede hacer una idea del tiempo y la plata que he perdido en esto; porque, por supuesto, no tengo mucha facilidad para andar haciendo visitas domiciliarias en horas de oficina, y el dineral que se me ha ido en micros ha tenido que salir de mi propio bolsillo. De las ocho, hay sólo tres que tienen el número 82, pero en ninguna de esas casas lo conocen. También mandamos un telegrama al Registro Civil de Temuco, siguió contando, por si tienen archivada su dirección, y preguntando si acaso existe allá una calle Sta. Clara, pero

no ha llegado respuesta. Y usted, ¿de dónde lo conoce? Su pregunta se arrastraba con calidez, como si temiera asustarme. Hace más de 10 años que no lo veía, le dije, y me lo encontré por casualidad la semana pasada cuando vine de visita. En esos años, agregué, trabajábamos en la misma oficina y él vivía con su familia aquí en Santiago; pero un día traté de ubicarlo en su casa y me dijeron que se había mudado sin dejar su nuevo domicilio. Desde esa época que no supe nada más de él. Desde el 73 más o menos, ¿no?, me preguntó con malicia. Más o menos, respondí, cauteloso. Después lanzó su otra pregunta, muy calmada y amistosa: ¿usted sabía que tiene una bala alojada en la pierna? ¿Cómo que una bala alojada en la pierna?, pregunté a mi vez, con sorpresa de verdad. Así es, agregó, tiene una herida antigua en la pantorrilla, y en las radiografías aparece, sin lugar a dudas, una bala que está ahí quizá desde cuándo; pero no se preocupe, eso lo sabe un par de médicos y yo, nadie más, se lo aseguro. Se produjo un silencio en el que ella, supongo, esperaba que yo a mi vez le retribuyera su sinceridad con alguna confidencia... pero no pude agregar nada. No es que le tuviera desconfianza, tú sabes, esas cosas se presienten y, aunque siempre puedes equivocarte, es algo que debes decidir en un segundo. Y yo había decidido que era de confianza. Pero igual no fui capaz de decirle nada más. Estaba sorprendido y algo asustado. Bueno, si puede averiguar algo le estaría muy agradecida, concluyó, levantándose para despedirse. Le estreché impetuoso la mano que me ofrecía, tratando de que a través de ese contacto le quedara claro mi reconocimiento, amistad, gratitud y disculpas por no haberle contado más. Pero parece que eran demasiadas cosas para un solo apretón y lo único que conseguí fue estrujársela en exceso; creí ver en su cara una mueca de dolor y me sentí ridículo. Pero, de verdad

te digo que estaba francamente conmovido: hasta ese momento ella era lo más reconfortante con que me había encontrado en ese hospital.

El hecho es que ahí estaba de nuevo, por tercera vez a su lado; dispuesto a bombardearlo con un cúmulo de preguntas y evocaciones, de nuevo intentando adivinar y con ganas de remecerlo un poco o pegarle una bofetada a ver si se dejaba de jugar al mudo analfabeto. ¡Claro que aquí está pasando algo!, murmuré otra vez, ahora en voz más baja aún. Así es que eso fue lo que le ocurrió, dije lentamente, con mi boca rozando su oreja, se guardó una bala para usted solo en la pierna. El, como si lloviera. Me calmé pronto y al final resultó una tarde bastante tranquila. Quiero decir, tenía mucho en qué pensar, así es que me puse a mirar por la ventana sin que nada pudiera distraerme. Lo de la bala era como una luz que podía aclarar parte del vasto campo de mi ignorancia. Entre mi partida de la Escuela Parroquial de Galvarino hacia Santiago y esa bala, existió un largo trecho cuyo próximo capítulo tú alcanzaste a percibir, porque tuvo lugar por la misma época en que nos conocimos. Fue en el año 72, cuando estaba en la universidad, en la mitad de esa pedagogía en castellano tan entretenida, y que después del golpe nunca me dejaron terminar. Hacía la práctica en el ministerio, bajo tus órdenes, implementando campañas de alfabetización. Al llegar a ese edificio (que hoy conozco de memoria, porque, por un azar casi cómico, nadie se fijó en mí y mantuve mi trabajo, aunque en un puesto miserable y aburrido, sin ánimo ni posibilidades de cambiar); cuando me incorporé a esa oficina, te decía, me sorprendí al saber que tenías casi mi misma edad y ya eras jefe de una sección, secretaria de un comité y dirigente de no recuerdo qué cosa. Aunque allí nadie le decía jefe a nadie, sino que todos nos llamábamos compañeros, y tú, por

supuesto, eras nada menos que la compañera supervisora. Sólo meses después, cuando nuestra creciente intimidad nos permitía confesiones y reproches, cuando ya no nos comportábamos el uno frente al otro con la rigidez propia de quien observa y controla cada uno de sus movimientos, sólo entonces me atreví a reconocer ante ti que por muy compañera que pudieras ser, al principio me caías pésimo. Me irritaba profundamente (y quizá envidiaba) ese desplante tuyo, esa forma de hablar siempre tan segura de todo, esas frases tan categóricas y definitivas, cada una de tus opiniones tan sólidas, como si pudieras incorporar cualquier tema o problema a un esquema redondo en el que encontrabas inevitables respuestas. Y sobre todo esas palabras que te quedaban tan grandes en tu cara más apta para sonrisas que para sentencias; esas palabras mágicas que todo lo iluminaban: decías "las exigencias del proceso", también "la verdadera conciencia", y, cómo no, las "ineludibles etapas de la revolución". Habría que añadir lo meticulosa que eras en poder diferenciar las "contradicciones" principales de las secundarias, y tu ojo siempre alerta para detectar todo aquello que se desviara de las "concepciones correctas". Cuánto tiempo perdimos peleando por todo eso y cuán inútilmente trataba de explicarte lo que a mí más me gustaba: la posibilidad de que los reventados de siempre pudieran ser un poco más felices, de vivir en un país en donde cada cual pudiera planear su futuro como se le diera la gana... aunque tú consideraras que eran deseos que se quedaban en la superficie, desviaciones anarquistas de poeta frustrado, que no atacaban las estructuras de raíz, y terminaras acusándome de ser poco científico y reformista (aún hoy, sigo escuchando o leyendo de vez en cuando a muchos que se expresan como tú y tantos otros en esos años: con la misma pasmosa y penosa seguridad que me espanta).

Bueno, fue en el verano del 73 (el único que hemos pasado juntos, cuando fuimos a trabajos voluntarios a Pailahueque, ese pueblito perdido cerca de Victoria, empeñados en la batalla por la producción, que debíamos ganar a toda costa), cuando, motivado por la cercanía aplastante del pasado, comencé mi búsqueda de Seferino. Pregunté por él en la escuela, hablé largamente y de todo con el padre Jeremías, quien se acordaba de ambos con sorprendente claridad, con una especie de clarividencia al revés, frente al pasado, porque el futuro, en cambio, lo vislumbraba en medio de confusos presagios. Me contó que hacía mucho tiempo que nada sabían de él, que no pudo terminar el colegio porque su familia lo necesitaba para trabajar la tierra; me habló también de la reducción en que vivía. Partí al día siguiente, entre medio de suaves cerros amarillos y un sol que iluminaba sin quemar, tratando de ubicar la casa. Me costó dar con su familia, pero al fin, en la puerta de una choza casi redonda, pude hablar con un pariente inidentificable que me informó de la partida de Seferino hacía ya años. De a poco los campos se van a quedar sin jóvenes, me dijo meneando la cabeza, todos se están yendo en caravana, unos a Temuco, otros a Concepción o a Santiago; si parece que la maldad tira fuerte. Me dio su dirección en una población de Barrancas, pero nada más quiso agregar.

A nuestra vuelta no esperé ni un par de días y -robándole un poco de tiempo al agitado tumulto por esas elecciones parlamentarias tan decisivas que se acercaban- fui a su casa: una mediagua enclenque, producto de alguna toma poco afortunada. No está, me dijo su mujer; y reconocí de inmediato en ella no sólo los rasgos faciales mapuches, sino también esa mirada de distanciamiento temeroso y dignidad defensiva. Mire, le expliqué, hace algún tiempo que lo ando buscando; usted no me conoce,

pero yo fui amigo de él en Galvarino, cuando éramos chicos. A costa de tiempo y empeño logré que me invitara a pasar, y hasta onces tomamos juntos. Los niños no han llegado del colegio, me explicó la señora Antonia (así se llamaba), y en las tardes tengo un poco menos de quehaceres. No puedo recordar todos los detalles de esa larga conversación; tal vez tú los hayas retenido mejor que yo, pues esa misma noche, muy excitado, reconstruí para ti lo que había sido nuestro encuentro, y te asustaste al ver mi alarma por lo que me había contado. Me afectó su relato, porque la imagen que yo mantenía de Seferino en la memoria era como si por él no pudiese haber transcurrido el tiempo; sin embargo, habían pasado casi quince años, los que montados sobre sus frases vehementes, arrolladoramente se me vinieron encima, como una deuda que te persigue infatigable. Ella se encargó de ponerme al día, y desahogarse un poco también porque, reclamó, ya no sé qué hacer con Seferino y en la población no tengo con quién hablar; estamos aquí desde hace más de cuatro años, pero todos nos miran raro, igual que el primer día, aunque ya estamos acostumbrados a que nos miren raro, como si fuéramos marcianos. Los niños son los que más sufren... si parece que a medida que crecen, más se avergonzaran de sus propios padres. Desde que llegamos a Santiago no nos ha ido muy bien, ¿sabe?; claro que allá tampoco iban las cosas como es debido: nos quitaron casi todas las tierras en un litigio que nos pusieron, y ya no teníamos en donde sembrar, ni un pedazo de campo en el que echar a comer a los animales. Y eso que nosotros hemos trabajado esa tierra desde hace tanto tiempo; pero usted sabe, cuando una es ignorante y pobre no hay ley que la pueda defender, porque siempre será la ley del chileno. Así es que nos vinimos no más; ya eran muchas bocas para una pura casa y hay que pensar que los niños siguen llegando, y en

cambio la tierra se va achicando. Ahora por lo menos tenemos trabajo: él está colocado en una construcción y yo hago lavados; con eso nos arreglamos y hasta nos ha alcanzado para comprar algunas cositas y mandar también a la familia; y la escasez de mercadería no nos toca tanto porque de allá no falta el paquetito que llega por tren con algún engaño. Además, aquí tenemos el policlinico cerca y la escuela de los niños también es gratis. Pero él se ha puesto cada vez más mañoso: la ciudad lo ha trastornado mucho y se nota que no se acostumbra, pasa enfermo y echa de menos el campo; se siente como encerrado y solo, no le gusta que a cada rato lo traten de indio y más de una mocha se ha buscado porque le echan en cara nuestro origen. Aquí mismo en la población hay gente muy mal hablada, siempre lo señalan a uno con el dedo. El ha hecho todo tipo de trabajos, no le hace asco a ningún esfuerzo y es capaz de sacarse la mugre levantando troncos si acaso se lo piden. Estuvo harto tiempo en una panadería, pero lo terminaron echando porque no es agachado de moño como los demás. Ahora último apenas habla, y hasta se ha puesto medio bueno para la garrafa, cosa que antes jamás se había visto en él. El otro día se anduvo enojando porque me pilló cantándole a los niños en nuestra lengua; me tiene prohibido que les enseñe y no quiere que la hablemos ni entre nosotros... y tiene razón. Aquí no es igual, dice, no conviene hablar diferente, no podís adivinar quién es el que te está escuchando. Claro que él ha estado antes que yo en las ciudades y sabe más. Cuando nos vinimos y nos instalamos aquí en la población, de repente yo le hablaba en mapuche... pero él no me respondía; se hacía el sordo, como que no escuchara nada, hasta que yo tenía que repetirle lo mismo en castellano. Ahí entonces me enojaba y le decía que para qué se hacía el chileno, si lo indio se le notaba por todas partes; hasta

olor a indio tenís, le gritaba; y para qué te andái escondiendo si no es ningún pecado tomar mate y usar trenzas, si éste también es nuestro país y para todos existe un Dios. Hay que saber acostumbrarse, me respondía siempre él; y tenía razón, porque aquí la gente es muy burlona y siempre anda fijándose, no pueden olvidar que uno viene del sur, que uno es de otra gente, de otra sangre. Así es que ahora casi ni nos acordamos del idioma, hablamos en puro chileno no más. Y así es la cosa pues; imagínese qué dirían los vecinos si los niños aprendieran y los pillaran hablando la lengua araucana. Se reirían... ¿no es cierto?

La siguiente tarde que visité su casa -una de tantas que pasaría allí en esos meses tumultuosos- él mismo salió a recibirme. Peinado con esmero y atrapado dentro de una camisa blanca impecable, abotonada hasta el pescuezo y con almidón en puños y cuello. Parecía esperarme. Al verlo avanzar con zancadas largas y precisas, fui consciente de que tenía planeado llamarlo Seferino, tuteándolo como antes; pero el "don" brotó con naturalidad, como un justo tributo a su figura nuevamente imponente. Creí adivinar que debía haber superado hace rato los cuarenta (mientras yo, en cambio, recién cumplía 24); pero nunca se sabe, pues también era posible que sus enfermedades y trabajos lo hubiesen avejentado aceleradamente. Sin embargo, independiente de la edad, fue su postura serena, que no me defraudó, la que impuso a mi llegada una buena cuota de distancia y respeto. ¿Cómo no me voy a acordar de usted?, preguntó sonriendo, como respuesta a mi inseguro saludo. Y luego agregó: todavía no se me seca la memoria, aunque me estoy poniendo viejo. De inmediato me invitó a pasar, y las siguientes horas transcurrieron en medio de un tanteo mutuo que tenía como pretexto el rememorar los viejos tiempos del colegio. Del resto, ¿qué puedo agregar que no conozcas? Casi nada. A las pocas

semanas logré convencerte y juntos lo persuadimos de que dejara su pega en la construcción y se fuera con nosotros al ministerio. Necesitaba un trabajo menos pesado, algo más seguro y estable. Pudimos instalarlo en el archivo, a cargo de la búsqueda y entrega de libros a la sala. Lo hizo bien, aprendió en pocas semanas el código que identifica cada ejemplar, y recorría con pericia los pasillos repletos de estantes polvorientos. De ahí hasta septiembre el tiempo se deslizó como en un tobogán... luego se detuvo, se congeló como esas cintas de película que se atascan en el carrete y comienzan a quemarse lentamente, deteniendo las figuras, desfigurándolas y cambiándoles el color hasta achicharrarlas y tornarlas irreconocibles.

De a poco me fue contando cosas, nos enseñó a tomar chicha, nos presentó a otros que como él vinieron a la ciudad buscando una vida mejor, pero también viajando tras un sueño. No era posible ocultar que sus partidas tuvieron algo de destierro, expulsados por una tierra pobre y escasa: la miseria sin perspectivas demostraba ser tan poderosa como un decreto al exilio. A través de sus relatos pude hacerme una idea de que el viaje a la Gran Capital fue para ellos un cambio y un choque que tú y yo difícilmente podíamos imaginar; el itinerario en tren camuflaba una travesía en el tiempo, plagada de preguntas y riesgos, hacia el país de los vencedores -que los seducía y rechazaba-, hacia todo lo moderno que despertaba contradictorios sentimientos de admiración y repudio a la vez. No tenía que ver tan sólo con la pobreza, con que fueran víctimas de la explotación, primero en el campo y luego en la metrópoli (aunque en torno a ese tema tú y yo tuvimos nuestros acostumbrados e intensos rounds). De hecho, Seferino, por ejemplo, vivía en su destartalada población de Barrancas bastante mejor que allá: su trabajo le permitía "ver" el dinero que ganaba, el estómago de su

familia no estaba a merced del azaroso clima, podía planificar los meses siguientes, tomando una simple micro era fácil llegar a la escuela y a un hospital en corto tiempo (no debes olvidar que estoy hablando de los tiempos en que trabajar no era una ilusión imposible; en donde los pobres vivían mal, pero no como ahora, cuando las hordas hambrientas acosan las esquinas y recorren las calles con las manos estiradas, y los ojos turbios de necesidad). No, era algo más que pobreza; significaba vivir agobiado por la constante discriminación, soportar la intolerancia por ser diferente, el menosprecio de quien se niega a conocer al otro porque se conforma con el severo andamiaje de sus prejuicios, los que conducen inevitablemente al menosprecio y a la burla, a la censura. Significaba el riesgo de quedarse sin pasado y la incertidumbre de vivir sin futuro; comprobar que su única esperanza y salvación, consistía en poder parecerse lo más posible a los chilenos, ocultando -vanamente, por cierto- su origen. No podía evitar sonreírme, al pensar en mi familia, también tratando siempre de parecerse a algo que no eran, aunque con algo más de éxito, supongo.

Nos costó entender y aceptar que Seferino y su familia se sintieran aislados incluso dentro de la población. ¡Pero si son todos obreros!, exclamaste asombrada; ¿cómo van a existir esas divisiones entre los propios hermanos trabajadores? Pero así era. Es triste, pero el racismo ha sido un don repartido con generosidad, y sin duda no es monopolio de los ricos. Claro que también estaban los otros, quienes no negaban desesperadamente su identidad, sino que se encargaban por sí mismos de mantener las distancias y la desconfianza, demostrando su desprecio a los huincas. No en vano la historia de este país se hizo en gran parte a costa de matar indígenas, y todas esas

"hazañas" están aún demasiado frescas para que sus víctimas las hayan olvidado.

Apenas viajé por primera vez a Santiago me di cuenta de cómo iban a ser las cosas, me confesó una tarde en que estaba extrañamente comunicativo. Fue a la salida del trabajo, mientras hacíamos tiempo en una fuente de soda, esperando el comienzo de una concentración, una de las tantas y rituales concentraciones que tuvimos en aquellos meses. Luego del primer sorbo aspiró profundo y siguió hablando con pedagógica y sardónica calma: un primo, que vivía desde antes aquí, me recibió en su casa y me presentó en el restaurante donde trabajaba; me dieron el puesto de copero, la pega más rasca de la cocina, por donde se empieza antes de ser pinche. Ahí me la pasaba, desde las doce del día hasta las doce de la noche, lavando la pila de platos grasientos, ollas, vasos, ceniceros, de todo. Yo era soltero entonces, así es que no importaba mucho que saliera tarde. El local iba de lo mejor, quedaba cerca del terminal de buses, por lo que pasaba lleno todo el día, y el dueño compró la casa del lado para ampliarse. Aquí está la mía, dije yo, apenas me enteré de los planes, y altiro le hablé para que me pusiera de garzón. Ser garzón es de lo mejor, pensaba yo: a usted se le pueden llegar a reventar los bolsillos de plata, y no parece un trabajo tan matador. Los "acarreadores", les decíamos en la cocina, de puro picados, porque lo único que hacían era trasladar los platos hasta el comedor y luego traerlos de vuelta. Pero eran los que más ganaban. Hasta ahí no más me llegaron las ganas. Al principio el patrón se corría diciéndome que lo iba a pensar. Después, empezó a poner problemas: no creí que es tan papaya ser garzón, Seferino, me decía, tratando de convencerme, hay que saber harto y tener muñeca para manejar a los clientes difíciles. Pero a mí no me iba a asustar con eso; total, si aprendí a

leer y escribir, no sería para lavar platos, ¿no? Tanto le insistí, que un día se enojó y me soltó la firme: ¿hasta cuándo molestái, hombre?, me gritó, ¿cómo se te puede ocurrir que voy a ponerte de garzón?, ¿cuándo hay visto a un mapuche atendiendo mesas?; ¿querís que me maten a tallas, o andái buscando espantarme los clientes?

Nos dimos cuenta hasta qué punto habíamos llegado a construir amarras poderosas entre los tres, recién en esos días torvos, después del once, cuando necesitábamos con urgencia alguien en quien confiar, cuando apareciste en una de esas listas siniestras de las que nadie volvía y ya no era aconsejable que te aparecieras por el ministerio, cuando los peores presagios, en los que era imposible creer, se hicieron realidad, cuando allanaron tu casa y tuviste que escapar y esconderte, cuando era inevitable que te asilaras, cuando él fue el único que se atrevió a acompañarnos esa mañana tan temprano a la Embajada de Venezuela, en donde la gente hacía nata en los jardines, cuando nos espantamos al ver que estaba rodeada por todas partes, cuando nos metimos por ese callejón y la única posibilidad fue subirnos a los techos vecinos, desde donde pudiste saltar como si fueras el hombre-araña, cuando él y yo nos separamos en medio de los pitos de los pacos y las sirenas, cuando arrancaba por entre casas y patios ajenos y sentí esos balazos que hasta hoy resuenan en mi cabeza, cuando nada más supe de él por más que busqué y busqué.

Esta tarde lo he acompañado un rato largo. El médico dice que mis visitas le hacen bien, o que por lo menos lo estimulan de alguna manera y, al parecer, eso excita sus instintos de experimentación. Estoy convencido de que los problemas que tiene el señor Catrileo para hablar no son exclusivamente orgánicos, me dijo el otro día. O sea, agregó, tratando de explicarme en sencillo, como si me

hubiera visto cara de subnormal, creo que si no habla es en parte porque no quiere, o porque tiene una especie de bloqueo psicológico o algo así. Me dio permiso para que entre todos los días, quedándome el tiempo que quiera; menos cuando hacen la ronda, pero eso es apenas una o dos veces al día. Hoy me arranqué muy temprano de la pega y partí al hospital. La micro que me llevó desde el centro concentraba entre sus fierros todo el calor que rebotaba del cemento, de los vidrios de los edificios, del metal brillante lleno de reflejos hirientes de los otros vehículos. El alquitrán de la calle estaba húmedo, blando, transpiraba como la piel de don Julio, al igual que los pasajeros que habíamos perdido toda protección antisudoral desde hacía rato. La micro iba bastante desocupada, y el trayecto se me hizo corto (ésa es otra sorpresa con que te encontrarías si estuvieras acá: en esta ciudad ahora no es tan raro ver micros casi vacías, en las que es muy fácil encontrar asientos libres).

Le expliqué lo de mi descubrimiento; de cómo había recorrido de nuevo todas las calles Sta. Clara, buscando el N° 82, que efectivamente existen sólo tres casas con esa numeración y que fui de una en una, preguntando si alguien lo conocía. Pero no hablé sólo con los dueños de casa, como hizo la asistente, sino que pedí conversar también con las empleadas que hubiera, hasta que tras la segunda puerta que llamé encontré más de lo que esperaba: a la propia hija mayor de don Seferino, Estela, quien, según me enteré en esos momentos, hace años que trabaja en Santiago. Por supuesto no me reconoció, pero cuando le aclaré por qué la buscaba su cara se llenó de una alegría nerviosa y anhelante, que la hacía tiritar hasta la punta de las orejas. Es que desde antes de Pascua esperaba cada día más muerta de angustia la anunciada llegada de su padre. Se volvió medio loca mandando cartas al sur y

tratando de averiguar por él en dónde pudo; también fue a los carabineros, a las radio y diarios, pero nada. En este tiempo de Navidad el correo anda muy mal, le dijeron, espera un poco y ya te llegará respuesta, verás que todo se va a aclarar. Pero no recibió nada.

Cuando la encontré, ya había pedido permiso a los patrones para volver a su casa, porque el lunes pasado le llegó un telegrama de su hermano preguntando por el padre y que cómo había llegado, reclamando porque no han escrito ni una línea. Fue la confirmación de sus sospechas de que algo había pasado entre la partida desde Temuco y su arribo esperado inútilmente... algo grave, sin duda. Era evidente que su familia allá estaba muy preocupada, porque él no andaba muy bien de salud y este viaje para hacerse unos exámenes, demasiadas veces postergados, era toda una aventura; sobre todo al cabo de tantos años sin atreverse a ir a Santiago, desde esa vez que tuvieron que volverse de un día para otro, después del accidente en donde lo balearon, y se la pasaron un largo tiempo fondeados para el lado de la cordillera, yendo de pueblo en pueblo y alojándose en casas de antiguos parientes que supieron acogerlos sin hacer preguntas.

Le llevé una foto tuya, esa que me mandaste en la Pascua del 78, cuando aún tenías el pelo largo. Apareces sola en una plaza de Bruselas (según dice al reverso), cagándote de frío, pero con cara de contenta de la vida. La puse frente a sus ojos y él mismo la tomó con fuerza. Fue eterno. No se cansaba de mirarla. Mientras tanto yo le hablaba: le conté que estás bien, que a la fuerza aprendiste unos idiomas extrañísimos, que has estudiado mucho y trabajas en un diario, que siempre preguntas por él, que apenas te permitan volver dejarás todo lo de allá botado y te vendrás al día siguiente, que sin querer te has acostumbrado a cosas muy diferentes, que te casaste con un

noruego con cara de boxer que mide como tres metros. No le dije nada de lo malo, del sufrimiento de la distancia, de que vives pendiente de acá, de que has hecho las maletas miles de veces, de que muchas mañanas has despertado creyendo que te asomará por la ventana para ver tu calle, de la maldita nostalgia que te ha usurpado un tiempo irrecuperable. No le dije nada de eso, pero igual se puso a llorar, no con hipos ni sollozos, claro, sino que de pronto bajó la mano con la que sostenía tu foto y giró su cabeza hacia el techo, hasta que dejó escapar un lagrimón huacho y enorme que resbaló lento hasta manchar la almohada. No se preocupe más, le dije, mañana que es día de visita su hija lo va a venir a sacar de aquí, y en unos días lo llevaremos de vuelta con su gente.

No te diré que conversamos mucho rato, porque yo era el único que hablaba; pero no me fui hasta verlo dormirse, cuando hacía ya rato que era de noche. ¡Se puso mariconazo el mapuche ahora!, me dijo don Julio riendo, al pasar por su lado. No, le respondí, lo que sucede es que el indio ese no está tan cagado como usted. Al fin me saqué las ganas, y ahí lo dejé, con la boca abierta y no entendiéndolo nada. Después, volví rajado en un taxi. Quise llegar pronto para poder escribirte.

INDICE

PROLOGO	7
PRESENTACION	11
HECTOR, UN "GUERRERO" DEL PASEO AHUMADA	15
EL SUICIDIO DE LA REINA DEL TOPLESS	45
LA VERGÜENZA DE LA SEÑORA ANA	73
INFORME DE UNA BARRICADA	101
SEFERINO CATRILEO, CIUDADANO	143
INDICE	185